



*El fiordo de
la Quimera*

ANTONIO SANZ OLIVA



SELECCIÓN

Suspense

El fiordo de la quimera

Antonio Sanz Oliva

1.^a edición: mayo, 2017

© 2017 by Antonio Sanz Oliva

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-744-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Blanca Osaba,
una mujer valiente que dejó todo por amor.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Agradecimientos

Promoción

INTRODUCCIÓN

Cuando cayó entre mis manos *El fiordo de la Quimera*, lo primero que me vino a la mente fue la mágica palabra Quimera: *Dícese de un sueño o ilusión que es producto de la imaginación y que se anhela o se persigue pese a ser muy improbable que se realice. O como segunda acepción: Monstruo fabuloso que se representa con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón.*

Ambas interpretaciones definen la historia y a la protagonista de la obra. Aurora Giménez, de forma casi trepidante, se verá envuelta en menos de un año en una transformación vital y emocional que pondrá del revés su equilibrada vida de confort que hasta entonces ha disfrutado y todo ello gracias a una Quimera.

Antonio Sanz Oliva, autor de la novela, sitúa la trama entre dos de los lugares que más adora: su pequeño Teruel, por cercanía emocional y su amada Italia, por pasión existencial y académica. Aunque tortosino de nacimiento y setabense de crianza, para el autor, su Arcadia feliz o paraíso terrenal, se encontraría entre algún rincón de la Toscana, el Piamonte o la Campania. Enamorado de esas tierras desde que inició sus estudios de historiador, allá por los años ochenta, Sanz profundiza de forma obsesiva y recurrente en Italia, escapándose y descubriendo nuevos rincones en sucesivos viajes y aprendiendo su lengua o los mejores platos de su variada gastronomía.

Como en su anterior obra *Papel de Armenia*, donde su protagonista, Simona, se movía por tierras piamontesas, también aquí nuestra protagonista, Aurora, nos descubrirá la maravillosa costa italiana de Amalfi, uno de los rincones más bellos del sur de Italia, con fama de ser la mejor del mundo.

Tremore, pueblo donde se desarrolla la trama principal, se nos antoja un lugar de ensueño, en el que cualquiera desearía abandonarse. Sus callejuelas empedradas, sus pintorescas casas colgadas de acantilados y sus gentes pausadas en disposición constante de que el tiempo se detenga, transporta al lector a desear traspasar las páginas y encontrarse tomando un *limoncello* en la soberbia cafetería de La Manticora, o pasear por los adoquines en trepidante ascensión que te traslada a *Via San Michele*.

Siguiendo la estela de las mejores novelas románticas y de intriga, el autor se mete en el personaje de una mujer deseosa de amar y de ser amada. Quizá por ello queda atrapada por *la Quimera de la confusión*. Confusión de sentimientos, de emociones y de acercamiento a los protagonistas equivocados. Aurora, algo naif y confiada en que la suerte es su compañera, se verá envuelta en la mayor aventura de su vida al casarse, sin apenas referencias, con Andrea Martini o Nicola Greco, ya que ni siquiera su identidad corresponde con la realidad que ella cree haber vivido. No será la única vez que se confunda en sus sentimientos.

Con los protagonistas masculinos, el autor amplía matices, al presentarlos con perfiles más terrenales y pragmáticos. Son personajes un tanto pusilánimes con el poder, a la vez que ambiciosos con las pasiones y que no dudarán en arriesgar sus vidas para llegar a alcanzar sus sueños, traicionando a su sangre si es necesario. La eterna necesidad de salir del pueblo y alcanzar el éxito también se nos plantea en la novela como una constante entre los hombres de Tremore. Tanto Nicola, como Francesco codiciarán escapar hacia una vida mejor, libre y lejos del perfecto Tremore. La figura estereotipada del omnipresente, orondo y atemporal Orazio Palatucci, nos recordará una vez más que estamos en Italia, en el sur, en un pequeño pueblo que Palatucci se empeñará en que no progrese, siendo él el amo absoluto, el cacique, el mecenas, el cicerone y el máximo exponente de todo lo que allí suceda. Será el dueño de los silencios y el guardián de las palabras tremorenses.

Tremore, un discreto pueblo, que, como tantos pueblos pequeños de cualquier localidad del sur, permanecerá callado ante hechos inexplicables, un pueblo que no se hará preguntas, en el que el miedo latente y el silencio a gritos harán cortar el viento, y se perpetuará impasible mientras todo siga en la fingida calma chicha en la que aparentemente nunca pase nada.

Antonio Sanz se afianza con esta tercera obra en su peculiar visión sobre la novela romántica y de suspense. Aborda en todas ellas características que lo identifican y lo definen como uno de los escritores a tener en cuenta en futuras entregas. Su perfecta caracterización en primera persona de sus personajes femeninos o el dominio de datos históricos que salpican todas sus obras, así como el arte religioso o la obsesión por la ambientación italiana en toda su escenografía, marcan su literatura de principio a fin y lo definen e identifican dotándolo de entidad propia.

Es halagador contemplar que sus mujeres tienen carácter y se comportan como lo haría un hombre carente de prejuicios en multitud de secuencias sin remordimiento alguno. Huye de perfiles mojigatos y se adentra en hembras con garra. La sensibilidad y la fácil disponibilidad hacia escenas íntimas y sexuales de sus protagonistas, transporta al lector a sentirse partícipe e implícito en los momentos más profundos y personales de los personajes. A los hombres los aborda con mayor variedad de trazo, desarrollando un abanico más plural del espectro masculino. Desde el mundo homosexual muy presente en su segunda novela *La cizaña en el trigo*, hasta los heterosexuales estereotipados de hombres machistas, petulantes, o incluso sensibles, protagonistas de sus novelas.

El fiordo de la Quimera es en definitiva una historia de amores y desengaños, de ambiciones y esperanzas hacia una vida mejor de sus protagonistas que acabarán atrapados en sus propias inseguridades y trampas del destino. La química entre autor y lector, mantendrá en vilo la trama hasta el penúltimo capítulo, donde la historia dará un giro dramático que ayudará a entender el porqué de muchos hechos inexplicables hasta ese momento. La suerte, siempre la suerte en que Aurora tanto confía, transferirá un final imprevisible y certero que atraparé al lector hasta las últimas líneas con el deseo de no dejar nunca de creer en Quimeras y desear volver al paraíso terrenal de Tremore.

Luisa Berbel Torrente

CAPÍTULO 1

El sol dispensaba sus últimos rayos, transformándolos en multitud de teselas doradas que bailaban al son de las suaves olas que se acercaban a Tremore y el penetrante aroma a salitre se iba haciendo cada vez más intenso a medida que la barca se acercaba a la costa. Desde la proa, la brisa recorrió la piel de Aurora, levantando el fino chal que llevaba sobre los hombros, haciéndola estremecer como si una mano helada la abrazara por la espalda. Se giró instintivamente, pero solo vio, a unos metros, la cara curtida y sonriente del barquero.

Cuando puso pie en tierra, un nudo se instaló en su estómago. Había llegado al destino sin dejar de pensar qué hacía allí, sola, obligada por las circunstancias. El barquero le ayudó a bajar su voluminosa maleta mientras le indicaba las empinadas escaleras esculpidas sobre el agreste acantilado que llevaban hacia el caserío, asomado con desafío sobre un mar que iba oscureciéndose desde las entrañas. No dio tiempo a más. Al tomar el equipaje, la barca ya se alejaba del pequeño puerto, acompañada por el rítmico palpitar de su motor. Cuando dejó de oírlo se sintió desamparada, miró en el interior del bolso para localizar el manojito de llaves de la casa que había alquilado y enfiló con determinación el camino hacia el pueblo como si fuera un calvario.

Apenas sin resuello, con la resignación del que cumple un deber, alcanzó las primeras calles, iluminadas tan levemente que apenas dejaban entrever algún elemento para orientarse. El traqueteo de la maleta, arrastrándose sobre los adoquines, iba anunciado su llegada, pero no encontró a nadie lo suficientemente curioso a quien preguntar. Empezó su ascensión doblando las esquinas cada vez con mayor dificultad, hasta que al fin encontró una figura encorvada sentada en una pequeña silla de enea en la puerta de su casa. La punta encendida de su cigarrillo le indicó que no se trataba de una sombra.

—Disculpe, caballero, acabo de llegar y... y necesito encontrar la *Via di San Michele* —dijo en su nunca bien contrastado italiano.

El hombre se tomó su tiempo para contestar, mientras la miraba fijamente como si tuviera que reconocerla.

—No se preocupe, yo mismo la acompañaré —dijo con desgana.

Aquel hombre de aspecto enjuto se puso a caminar por delante de Aurora, que intentó seguirle arrastrando el maletón mientras no dejaba de pensar que debía haberse topado con el más ceñudo de todo Tremore.

Por fin llegaron hasta una casa, blanca como el resto, pero que, a la luz del crepúsculo, se difuminaba sobre un cielo entintado de violeta. Aurora revolvió en su bolso hasta dar con el mazo de llaves atadas con unas cintas de raso azul que hacía las veces de llavero. Al abrir la puerta, se volvió hacia su acompañante para agradecerle que la hubiera traído hasta allí y le pareció que era un buen momento para presentarse.

—Ha sido muy amable... Por cierto, mi nombre es Aurora —le dijo tendiéndole la mano.

El viejo se la estrechó al mismo tiempo que mascullaba algo que a ella le supo a saludo. Sin pararse en mayores muestras de cordialidad, volvió a encender la punta de su cigarrillo, dando por terminada la conversación. Aurora aguardó, antes de entrar en casa, hasta ver cómo desfilaba calle abajo desdibujándose entre las sombras.

Cuando metió la llave en la cerradura, no sabía con lo que iba a encontrarse, pero al menos aquella noche tendría que pasarla allí. Hubiera querido encontrar un hotel, pero en la agencia de Nápoles solo pudieron ofrecerle aquella casa. Tanteó, intentando buscar el interruptor aprovechando la escasa luz de la calle, hasta que por fin dio con la llave y pudo observar el amplio salón que se abría ante ella. Cerró la puerta y arrastró la maleta hasta el centro. Allí, sin moverse, recorrió el espacio con la mirada intentando ubicarse; se sentía extraña. Los muebles no eran gran cosa, pero no parecían sucios ni desvencijados. Abrió las ventanas para airear la casa y pronto una brisa fresca se coló en la estancia. No pudo ver gran cosa, pero intuía que el mar, allá enfrente, formaba parte indisoluble de la decoración del salón.

Sintió una fuerte sed que le reseca la garganta y buscó en la cocina algo de beber. Todo estaba en su sitio, como si acabaran de dejar la casa en impecable estado de revista. Abrió el frigorífico y halló una botella de vino sin abrir. Dudó en hacerlo pero, ¡qué caray! había pagado un buen precio por el mes que había decidido pasar allí.

Con una copa en la mano se sintió más aliviada y mientras le daba pequeños sorbos, comenzó a recorrer la casa en la que empezaba a sentirse más cómoda. Subió unas pequeñas escaleras hasta llegar a las habitaciones y

entró en la que le pareció la principal. La cama parecía hecha y levantó la colcha para cerciorarse de que las sábanas estaban limpias. Todo parecía perfecto y respiró aliviada. De pronto, descubrió lo que le pareció un balcón y recorrió las cortinas para asomarse. Una amplia terraza se abría ante ella, con la promesa de unas vistas que la harían despertar con ilusión al día siguiente. Corrió hasta la barandilla y se agarró fuerte para no sentir el vértigo del vacío. Oyó el batir de las olas bajo sus pies y levantó la cabeza para abarcar el cielo que la cubría con su techo estrellado, esperando que alguna de ellas le hiciera un guiño insinuándole que todo iría bien.

Aurora, a pesar de su determinación, no dejaba de ser una muchacha confiada y algo naíf que aún creía en la suerte; en que alguien, en algún sitio que no lograba ubicar, todavía velaba por ella. Cuando murió Andrea, no pudo evitar pensar que su espíritu se escondía detrás de alguna nube, en la misma línea del horizonte, quizá en la estrella más brillante y que más fácilmente podía localizar en el firmamento. Se llevó la copa a los labios e hizo ademán de brindar por su protector, imaginando que le devolvía el gesto.

Ahora estaba cansada, terriblemente exhausta y no solo por haber arrastrado su equipaje por las empinadas calles de Tremore. Sintió frío y se arropó entre las sábanas de la cama. Quería abandonarse al sueño, pero su cabeza bullía con un sinfín de preguntas y recuerdos, entre ellos el de aquella mañana en la que su vida cambió para siempre.

CAPÍTULO 2

—Por favor, Aurora, ¿puedes venir a mi despacho?

Cuando la directora se asomó por la puerta reclamando su presencia, enseguida supo que algo malo sucedía. Rápidamente la hizo pasar a su despacho, dejándola sola con el teléfono descolgado. Solo tuvo tiempo de sentarse antes de oír la impactante noticia. Pronto un sollozo recorrió el pasillo, llevando a todos los rincones del colegio un aterrador presentimiento.

El resto de maestros no esperó a que sonara el timbre del descanso y los lamentos de Aurora se ahogaron con el estruendo de los niños correteando hacia el patio. Ni siquiera se percató de la taza de tila que alguien puso en su mano mientras sus compañeros la rodeaban intentando consolarla, hasta que se levantó como una autómatas para dirigirse a la calle.

—¿A dónde vas? —preguntó alguien.

—Tengo que ir al... al... —balbuceó.

Algo le había sucedido a su marido y la policía la había citado en el hospital. No se encontraba bien; no hubiera podido llegar muy lejos en ese estado, así que Laura, su mejor amiga, le puso el abrigo y la montó en su coche rumbo al hospital de San José. Sabía que si lo habían llevado allí solo podía significar una cosa: que había muerto y debía reconocer su cadáver.

Cuando llegaron, un coche patrulla estaba aparcado en la puerta. No tuvieron que preguntar, pronto las hicieron pasar por la puerta trasera, justo la que llevaba a la morgue. En aquella ciudad, el hospital de San José, un sanatorio para enfermos terminales, era utilizado para practicar las autopsias.

Laura mantenía sujeta a Aurora por la cintura, temiendo que fuera a desplomarse, cuando esta le pidió un poco de agua antes de entrar en la sala. Esperaron fuera unos minutos, en los que Aurora dio un suspiro tan hondo como si fuera a ahogarse y pareció salir del trance en el que estaba sumida. Bebió un trago de la botella de agua y pasó sus manos por la cara para intentar enjuagar el rastro de lágrimas que habían hecho un surco en su discreto maquillaje.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Laura.

—Sí, creo que sí... —dijo lanzando un nuevo suspiro.

—¿Tienes ánimos para entrar?

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre de mediana edad y aspecto pulcro que se acercó sin prisa hacia ellas.

—Mi nombre es Adolfo Quiroga. Soy el inspector encargado del caso —dijo a modo de presentación—. ¿Es usted la esposa del señor Martini? —preguntó a la que parecía más afectada.

—Sí, soy yo. —contestó Aurora con voz apagada.

—¿Está preparada?... Tómese su tiempo.

No pudo contestar. Tenía un nudo en la garganta y a duras penas pudo ponerse en pie para seguirle. El policía hizo esperar fuera a Laura y tomó del brazo a Aurora. Cuando abrió las puertas abatibles del depósito de cadáveres, un fuerte olor a productos químicos hizo que ella despertara como si alguien le hubiera golpeado la cara. Enseguida vio un cuerpo tapado sobre la mesa de autopsias y el corazón empezó a darle latigazos como si quisiera salirse del pecho. Se acercaron despacio hasta tocar con la cintura el mostrador frío de acero y el inspector, sin mayor preámbulo, retiró suavemente la sábana dejando la cara del cadáver al descubierto.

Aurora se quedó muda, pero sus ojos hablaron por ella llenándose de lágrimas. No había ninguna duda, era Andrea. Todavía no había perdido el color y en sus labios aún quedaba un imperceptible calor cuando puso los suyos en ellos para despedirse.

—Es él, Andrea, mi marido... —dijo antes de que el inspector llegara a preguntarle.

Aurora quiso, sin éxito, destapar el resto de la sábana, en un intento de saber las causas de su muerte, pero el agente la retiró a tiempo para llevársela de allí. Habían tenido la delicadeza de esperar a que su mujer lo reconociera en las mejores condiciones antes de empezar la búsqueda de respuestas. Tan pronto salieron por la puerta, el forense y su ayudante se hicieron cargo del cadáver.

—¿Quiere un café? —preguntó el policía.

—Sí —dijo Aurora sin convicción.

—Necesitaría hacerle unas cuantas preguntas.

—Yo... Ahora no creo que pueda.

—Lo comprendo, pero es necesario que nos cuente lo que sepa. Tal vez eso nos ayude. El tiempo corre en contra y...

—Está bien, ¿qué quiere saber?

El inspector la hizo pasar a una pequeña sala de espera con un escueto mobiliario y la frialdad de sus paredes desnudas. Se sentaron en sendos sillones, el uno frente al otro, y el policía la estuvo observando unos segundos mientras ella mantenía la vista clavada en el suelo. Aurora pensó que sacaría un cuaderno de notas o algo similar, pero el policía se encendió un cigarrillo, a pesar de estar prohibido.

—¿Le importa?

Aurora asintió con la cabeza, indicándole que le daba igual. Hubiera querido tener aquel vicio, por ver si aquello aplacaba los nervios como aseguraban los fumadores.

—Según la documentación que llevaba encima, su marido era italiano... ¿Sabe si tenía enemigos?

—Que yo sepa, no —dijo intentando tragarse un suspiro—. De hecho, creo que ni siquiera tenía amigos. Al menos jamás me presentó a ninguno desde que nos conocimos.

—¿Le habló de su familia?

—Me dijo que sus padres habían muerto y que era hijo único. Sé que tenía parientes: primos y tíos, pero no pudieron asistir a la boda, así que jamás los llegué a conocer.

—¿A qué se dedicaba? ¿Tenía un trabajo estable?

—Le parecerá de locos, pero no lo sé exactamente...

—Disculpe, ¿estaban casados y no lo sabe?

—Tenía inversiones: acciones y cosas por el estilo. Su padre le dejó una cuantiosa suma de dinero que tenía bien invertida, al menos eso me dijo. Se pasaba todo el día consultando la bolsa y algunos periódicos financieros en inglés... Eso era en lo que ocupaba todo el tiempo que no me dedicaba a mí.

—Entiendo... Se llamaba Andrea, Andrea Martini y era de...

—Era de Milán. En casa tengo todos sus papeles.

—No se preocupe, lo comprobaremos... ¿Cuándo se casaron?

—Hace ocho meses. Ni siquiera hemos llegado a celebrar nuestro primer aniversario.

Entonces se paró en seco llevándose las manos a los ojos. Adolfo dejó de interrogarla para acercarle un pañuelo. Se sentó en uno de los brazos de su sillón e intentó consolarla pasando una mano por su espalda. No se atrevió a decirle nada más y esperó a que Aurora se calmara.

—Está bien, no le haré más preguntas. Ahora puede irse a su casa. La mantendremos informada cuando sepamos algo más. Si quiere, voy a llamar a su amiga.

Cuando el inspector hizo pasar a Laura, Aurora estaba hundida en el sillón. Parecía poca cosa, como si se hubiera consumido por el dolor, y a duras penas pudo levantarse sin tambalearse.

Juntas se marcharon abrazadas mientras el inspector las miraba desde el extremo del pasillo. Estaba habituado a esos momentos, por eso no pudo dejar de fijarse en Aurora y especialmente en su trasero. Aun transida de dolor quitaba el hipo. Sabía que aquellos pensamientos no estaban bien, pero a pesar de ello no dejaba de envidiar al pobre italiano que, a estas horas, estaba siendo «desollado» por el forense. Movi6 la cabeza y regresó a la sala de autopsias.

CAPÍTULO 3

No era el despertar que había imaginado cuando, a las nueve de la mañana, comenzaron a aporrear la puerta. En un primer momento, Aurora no supo dónde se encontraba hasta que, sobresaltada, recordó que había llegado a Tremore la tarde anterior.

Todavía estaba vestida y bajó descalza. A cada escalón se hacía innumerables preguntas, deseando conocer quién era el que con tanta insistencia había advertido su presencia. Tal vez fuera el anciano que la había acompañado hasta allí. Era su único conocido en el pueblo y esperó que fuera su cara la que volviera a ver.

El susto fue morrocotudo cuando, al abrir la puerta, una joven, que en aquel momento le pareció presa de un ataque de locura, comenzó a gritarle en un lenguaje que a duras penas pudo distinguir. Intentó calmarla, pero sus palabras solo parecían alterarla cada vez más. Cuando intentó agredirla con sus puños cerrados, presa de una rabia que no entendía, logró contenerla y así permaneció durante unos eternos minutos sosteniendo sus brazos, hasta que apareció una mujer más mayor que parecía conocerla perfectamente: su madre.

Gritó su nombre, «¡Regina, Regina!», hasta que ella se calmó y desistió en el empeño. La rodeó con sus brazos y le susurró unas palabras al oído mientras le besaba la frente, apretándola contra su pecho. Luego, como por obra de magia, le indicó el camino de vuelta y la pobre Regina obedeció sin rechistar. Aurora tuvo que agarrarse al quicio de la puerta para no caer del susto.

—Siento mucho lo que ha pasado... —dijo la mujer—. Es mi hija Regina, la pobre... —dijo llevándose la mano a la sien para indicar la obvedad de su estado.

—No pasa nada... ¿Si puedo hacer algo? —dijo Aurora.

No le contestó. Solo obtuvo por respuesta una mirada penetrante, como si estuviera escrutándola, intentando ponerle un nombre.

—Me llamo Aurora —prosiguió para romper con aquel incómodo silencio—. Llegué ayer por la tarde... ¿Quiere tomar un café? —preguntó como

prueba de buena voluntad.

—Solo quería evitar que mi hija pudiera hacerle daño a alguien... Lo siento, pero tengo muchas cosas que hacer.

Aurora se quedó en la calle hasta verlas desaparecer en la siguiente esquina. No entendía nada y temía que el comportamiento del resto de vecinos fuera a resultar igual de incómodo. Se encogió de hombros, cerró la puerta y se dirigió a la cocina para hacerse un café bien cargado. Su aroma la congració con el mundo y decidió degustarlo en la terraza.

La vista era como la había imaginado: una inabarcable lámina azul confundiéndose en el horizonte con un cielo igual de intenso y aquella le pareció la imagen más maravillosa del mundo. El rumor de las olas lamiendo el acantilado le susurraba los buenos días que nadie le había deseado y el exultante color fucsia de las buganvillas la arropó a ambos lados de aquel balcón, haciendo que se sintiera flotando sobre el mar. Tomó un sillón y se sentó para absorber el fresco aroma que le golpeaba la cara a bocanadas, mezclándose con el aromático café. Aquel sitio no parecía tan malo después de todo y se convenció de que el pequeño incidente que acababa de protagonizar con Regina solo sería un malentendido, un episodio de mala suerte. A fin de cuentas, si Andrea había nacido allí, no todo el mundo podía ser tan desagradable como parecía.

Si quería averiguar lo que le había traído hasta allí, debía ponerse manos al asunto y comenzar por conocer el pueblo y, si tenía la ocasión, también a su gente. Lo primero era tomar una ducha y cambiarse de ropa para dar una buena impresión; debía mostrar lo mejor de sí misma. Quizá fuera día de mercado y no se le ocurrió forma más rápida de entablar relación con la gente que salir a hacer la compra.

Se dispuso a marchar parapetada tras un voluminoso cesto de paja. No necesitaba nada concreto, quizá algunas cosas para prepararse una buena ensalada. Comenzó a vagar por las empinadas calles sin saber a dónde se dirigía. Aquel no era un pueblo convencional, sus casas se desperdigaban por el acantilado en un difícil equilibrio y dudaba si existiría algo parecido a una plaza. Cuando vio un grupo de gente se lanzó a preguntar a bocajarro sin temor a soportar nuevas miradas inquisitivas; era cuestión de supervivencia. Para su sorpresa, no pareció despertar en ellos el menor interés, en cambio le indicaron amablemente el camino del mercado, a los pies de la Iglesia de San

Genaro, el verdadero corazón de Tremore.

Contenta, se abrió paso, segura de que su primer día no iba a defraudarla. Le pareció un callejero intrincado y difícil, donde la roca se confundía con las casas bajo una impoluta capa de cal que fue recorriendo con sus manos. Cada pocos metros un santo o una virgen, protectores desde sus pequeños altares, donde nunca faltaban flores o alguna vela consumida, vigilantes del trasiego de la gente; alguna ventana entreabierta que dejaba escapar aromas de vida saliendo de ollas humeantes y gritos de alegría mitigados por recodos que no dejaban mostrar el final del camino. Aquello le fascinaba igual que un laberinto, imaginando a Andrea paseando por aquellas calles.

Cuando accedió a la plaza, después de pasar un arco, le pareció imposible que pudiera existir un espacio tan ancho como para albergar un mercado tan respetable. Recorrió tranquilamente todos los puestos, dejándose inundar por su color y por aquel aroma a fruta que lo invadía todo. Después de dar dos vueltas sin decidirse a llenar el cesto, se sentó en la terraza de la única cafetería que se abría sobre el mirador, *La Manticora*.

Se dedicó a observar a la gente, que parecía discurrir a cámara lenta como en una película costumbrista. En un sitio tan pequeño, pensó, tener prisa equivalía a salirse prácticamente del pueblo. Se tomaban su tiempo para mirar, comprar y también criticar. Pudo constatar cómo, a intervalos regulares, formaban pequeños corros donde más que hablar, gesticulaban. Todo el italiano aprendido gracias a Andrea no le sirvió de nada, allí parecía que todo el mundo hacía servir aquel galimatías napolitano de tosca pronunciación.

Estaba tan absorta mientras apuraba su cerveza, que se asustó cuando un desconocido vino a sacarla de su mundo.

—Buenos días... —le susurró casi al oído un tipo uniformado con una voz muy masculina.

Aurora se giró sobresaltada y cuando lo tuvo a la vista, por poco le da un síncope, como si hubiera visto un fantasma. Aquel hombre era el vivo retrato de Andrea, o al menos así se lo pareció. Se quedó sin habla, ¿qué podía decir?

—Siento si la he asustado... —dijo al verla desencajada.

—Yo... Me llamo Aurora —contestó—. Acabo de alquilar una casa en el pueblo y...

—Lo sé. Bienvenida a Tremore. Este es un pueblo pequeño, donde nos conocemos todos, y una cara nueva llama poderosamente la atención... Ayer

mismo nos comunicó la agencia de alquiler que iba a llegar.

—Vaya, todo el mundo parece saber quién soy, en cambio, yo no sé quién es usted, a pesar de su uniforme —dijo con un mohín de desdén.

—Disculpe si le he podido parecer grosero. Soy el capitán Greco, de los carabineros de Tremore, y estoy para lo que pueda necesitar.

Aurora se quedó pensativa cuando escuchó su apellido; era el mismo que el de su marido y su parecido solo podía significar una cosa, que eran familia. Se veía incapaz de revelar las verdaderas intenciones que la habían traído hasta allí, pero pensó que tener un aliado de ese calibre le ayudaría a averiguar cualquier cosa a cerca de la misteriosa muerte de Andrea. Tendría que acentuar su perfil de turista con intención de pasar un agradable mes de retiro en Tremore para, por ejemplo, escribir. Sí, esa podría ser una buena excusa para haber recalado en un pueblo tan poco turístico como aquel.

—Le agradezco su ofrecimiento, capitán. Mi intención es pasar un mes en su tranquilo pueblo para escribir. No obstante, no conozco nada de aquí y estaría encantada si pudiera enseñarme los rincones más bellos de Tremore, quizá me sirvan de inspiración.

—Será un placer... ¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Como guste.

—Por el acento, deduzco que es usted... española, ¿no es así?

—Correcto.

—Y bien, ¿qué le ha parecido el pueblo hasta ahora?

El capitán, sin esperar respuesta, pidió otra ronda. Aquello suponía que estaría un buen rato y ella no desaprovechó la oportunidad.

—La verdad es que mi primer día en Tremore ha sido un poco accidentado. Esta mañana casi me agrede en mi propia casa una tal Regina.

—¿Regina? Curioso.

—¿Curioso? ¿Solo se le ocurre decir eso? A mí me ha parecido algo peor. Si no llega a ser por su madre, no sé qué hubiera sido de mí. Estaba realmente furiosa.

—Regina es solo una *pazza*... Una «loca», como diría usted en español.

—¿En serio? —exclamó sorprendida.

—Regina comenzó a dar muestras de sufrir algún tipo de trastorno nervioso desde jovencita, que se fue acentuando cuando rompió con un antiguo

amor, ya sabe...

—Es cierto, hay amores capaces de hacer enloquecer a cualquiera, sobre todo si ese amor no es correspondido... Y dígame, ¿quién fue el despiadado que la sumió en tal estado?

—Fue un joven apuesto que llevaba de calle a todas las jovencitas de Tremore. Se llamaba Nicola.

Aurora sintió que su corazón se le salía por la boca cuando oyó pronunciar ese nombre. Tal vez fuera una coincidencia pero, a pesar de ello, intentó que no se le notara la desazón cuando se revolvió en su silla.

—Sin duda sería un donjuán de los que abundan por estas tierras... —dijo con retintín.

—No todos somos iguales, a pesar de la fama que tenemos los italianos. No me gustaría que se llevara una imagen equivocada. Además, ese donjuán, como usted dice, era mi primo y le prometo que jamás se comportó de una manera inadecuada con ella.

—Lo siento, capitán.

—Me imagino que no habrá resultado fácil el encuentro con esa mujer. No sé si sabía que la casa que ha alquilado pertenecía a mi primo y Regina suele acercarse por allí, como si golpeando la puerta pudiese devolverle el daño que cree que le hizo. Además, ni siquiera sabe que murió.

Aurora sintió desfallecer cuando el capitán Greco le recordó aquella muerte. Hubiera querido aprovechar el momento para preguntarle todo lo que sabía, pero prefirió no demostrar ninguna curiosidad hasta estar segura de que podía confiar en él. Se tragó sus sentimientos que sabían a hiel y exhalando un profundo suspiro, intentó sonreír como si aquello no fuera con ella.

—Ya entiendo. Me deja más tranquila, por un momento pensé que era así como recibían a los extranjeros en Tremore.

—Nada más lejos de la realidad. No obstante, si tiene cualquier problema, no dude en llamarme. La comisaría se encuentra en esta misma plaza, al lado de la iglesia. Ahora, si me disculpa, tengo que irme.

—Muchas gracias, capitán, ha sido usted muy amable. Solo espero que, cuando tenga tiempo, me enseñe los lugares más interesantes de su pueblo. Cuento con usted.

—Será un placer.

Mientras el capitán se alejaba, Aurora aprovechó para recuperarse de tantas sorpresas. Las respuestas que ella había venido a buscar estaban más cerca de lo que creía, aunque no se extrañó de aquellas coincidencias. En un pueblo tan pequeño, era lógico que quien no fuera de la familia tuviera algún tipo de relación más o menos íntima. Aun así tenía que ser precavida y no mostrar sus cartas si no era estrictamente necesario.

CAPÍTULO 4

Habían pasado dos días desde la terrible muerte de su marido y ni siquiera se sabía el cómo ni el porqué. La casa de Aurora era un trasiego de gente que intentaba consolarla y que no hacía sino incrementar su desazón. Solo la presencia de Laura conseguía calmarla; parecía saber qué hacer en todo momento.

En vano intentó llamar varias veces a la comisaría, obteniendo siempre la misma respuesta: «El inspector Quiroga no está en estos momentos. La llamará en breve...» Así que, a iniciativa de su amiga, intentó recopilar cuantos documentos había en casa para ofrecérselos a la policía en cuanto se los pidiera. En ese momento se dio cuenta de lo poco que sabía de Andrea. No había fotos, ni recuerdos, ni nada que lo atara a un pasado, más allá de los escasos papeles que tuvo que pedir al Consulado para poder casarse.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando sonó el timbre de casa. Era el inspector Quiroga y Laura lo hizo pasar sin dilación hasta el salón, donde Aurora permanecía sentada con la vista extraviada.

—Buenas tardes, señoras...

—¿Cuándo van a devolvérmelo? —dijo Aurora a bocajarro, como si hubiera vuelto de regreso de algún extraño viaje astral—. Lo único que me interesa es poder enterrar a mi marido. Quiero terminar con todo esto...

—No se preocupe, esta misma tarde podrá hacerse cargo de él. He querido venir en persona para decírselo y...

—Si no os importa, yo tengo que salir... —terció Laura, que creyó más oportuno que lo que tenía que decir el inspector quedará en la intimidad—. Se ha terminado la leche y voy a acercarme a la tienda, así podréis hablar con más tranquilidad.

Cuando se cerró la puerta, el inspector se acomodó cerca de Aurora y continuó con lo que había venido a decir.

—Ya tenemos las conclusiones del informe de la autopsia... Fueron unos disparos, tres en concreto. Uno de ellos le dio de lleno en el corazón.

Aurora no sintió nada. Sabía perfectamente que la muerte de Andrea había

sido violenta y, en el fondo de su ser, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo, intuía que su marido ocultaba algo; algo oscuro.

—Pero no es de eso de lo que quisiera hablar con usted —dijo el inspector, temeroso de lo que iba a decir.

—No se ande con rodeos —dijo Aurora—. Estoy preparada para conocer todo lo que tenga que decirme.

—Hemos comprobado los datos de su marido en el Consulado General de Italia y...

—¿Y?

—Que lo que sabíamos de él no se corresponde con la realidad.

—¿Cómo?... ¿Qué me quiere decir?

—Que su marido no se llamaba Andrea Martini. Hemos contrastado sus huellas dactilares y las autoridades italianas nos han confirmado que no era quien decía ser. Ni siquiera era milanés.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Aurora, intentando permanecer serena ante la avalancha de datos.

—Ha sido dificultoso, pero al final hemos podido establecer su verdadera filiación: se trata de Nicola Greco, natural de Tremore, un pequeño pueblo de la región de Campania... Por lo visto, alguien falsificó sus datos.

Aquello sonó como un mazazo en el corazón de Aurora. Su marido la había engañado. Era como si se hubieran derrumbado de golpe los últimos meses que había pasado a su lado. Pero él la quería, de eso estaba segura. No había sido fruto de su delirio las atenciones que había recibido por su parte y por muy fuertes que fueran aquellas revelaciones, no invalidaban lo que ella sentía por él. ¿Qué podía decir ahora? ¿Hacerse la mojigata o intentar averiguar lo que había pasado? Se armó de valor y siguió preguntando, aunque aquello fuera a traerle nuevas decepciones.

—¿Es eso cierto? —preguntó Aurora.

—Así nos lo han asegurado. No obstante, me gustaría echar un vistazo a sus papeles, ordenador, teléfono... Quizá haya algo que desmienta lo que atestiguan las evidencias.

Aurora le alargó los documentos que se amontonaban sobre la mesa y se fue hasta la habitación para traerle el portátil, aunque supiera que aquello no serviría sino para generarle más dudas.

—Creo que es todo por hoy... —dijo el inspector—. Pero, antes de irme, me gustaría satisfacer una «pequeña» curiosidad a la que no tiene que responder si no quiere... ¿Cómo lo conoció?

Aurora pareció sonreír con una leve mueca. A pesar de todo, todavía le gustaba recordar cómo fue. Quizá al inspector le parecieran datos triviales, pero para ella suponía aferrarse a un recuerdo que se estaba desvaneciendo por momentos.

—Le parecerá curioso, pero ese aspecto lo tengo tan fresco como si hubiera sido ayer mismo... —dijo Aurora.

Y sin que insistiera demasiado, sus palabras fueron fluyendo de su boca como si hubiera estado esperando a que alguien se lo preguntara.

*

Solía tomarse algo con sus compañeras al final de la jornada. Hacía un par de años que trabajaba en aquel colegio del Ensanche; su primer trabajo. Era la más joven de entre los maestros y tal vez por ello no acababa de ubicarse en la rutina de una ciudad pequeña y tranquila como Teruel, donde nunca pasaba nada. En aquella cafetería, entre risas y pequeños chismes, se dio cuenta de que, desde una banqueta de la barra, alguien la observaba mostrando una amplia sonrisa. Al principio intentó convencerse de que no era ella la diana de aquellas miradas, pero pronto sus amigas lo confirmaron. Ninguna supo darle referencias acerca de aquel tipo desvergonzado sobre el que se cruzaron infinidad de conjeturas.

No era de naturaleza alocada, y nunca se dejó llevar por una estúpida apuesta pero, envalentonada por la cerveza, Aurora se levantó, cruzó la cafetería hasta llegar a su altura y se le quedó mirando con el mismo descaro, pensando que aquel lance le reportaría fama de atrevida y con ello se ganaría una reputación que su corta edad le negaba.

—Hola, me llamo Aurora. —se presentó.

—Encantado, Aurora... —le dijo mientras sus ojos chisporroteaban de alegría.

—¿No me vas a decir cómo te llamas? —le preguntó ella.

Él se llevó a los labios la mano de Aurora en cuanto se la tendió para saludarlo y sonrió sin llegar a rozarla.

—Me llamo Andrea, Andrea Martini.

—Bien, ahora que ya nos hemos presentado, ¿me dirás por qué me mirabas con tanta insistencia?

—Es obvio, eres la chica más bonita de la cafetería, pero eso no se lo digas a tus amigas... Seguramente se pondrían celosas.

Aurora se limitó a sonreír y se sentó encantada en la banqueta que quedaba libre a su lado cuando Andrea le indicó, con un movimiento de mano, que lo hiciera. Aquel jueguito de seducción le encantaba, aunque pensaba que no tendría mayor recorrido y que una vez roto el misterio, acabaría por regresar con sus compañeras.

Por su acento supo enseguida que era extranjero; su dificultad en pronunciar las eses finales le delató. Aquel italiano no dejó escapar la oportunidad y la envolvió con su verbo halagador, como solo ellos saben hacerlo. Cuando sus amigas se despidieron entre sonrisas y pellizcos de aprobación, ella todavía permanecía pegada al asiento, frente aquel hombre de penetrantes ojos azules y alborotada melena rubia.

Sus casi dos metros de altura le obligaron a mirarlo con la cabeza levantada, lo que, después de una hora de conversación y un par de cervezas más, le provocó un fuerte dolor de cuello. Intentó masajearse el pescuezo varias veces con la mano, pero la conversación no daba para estar aguantando las sandeces de un *gigoló* del tres al cuarto, por muy bueno que estuviera. Aquello le sonaba a ya visto y decidió cortar por lo sano poniéndose en pie.

—¿Es que ya te vas? —preguntó Andrea, extrañado.

—Sí. Se me hace tarde y tengo cosas que hacer.

Andrea se ofreció a acompañarla hasta la misma puerta de su casa y Aurora se dejó querer. No le temblaban las piernas ni bailaban mariposas en su estómago, pero le pareció que era lo más excitante que le había pasado desde que llegó a la ciudad, así que continuó dándole carrete a aquel compendio andante de florituras. A pesar de ello, tuvo la precaución de no mirarlo a los ojos y prefirió contar los adoquines del suelo. Pensó que, si lo hacía, su incipiente tortícolis acabaría en una lesión de cervicales.

No era de naturaleza desconfiada, pero no quiso tentar a la suerte

descubriendo su domicilio y bajo los soportales de la céntrica Plaza Mayor se despidió de él, intercambiando teléfonos ante la insistencia de Andrea. Le pareció un mal menor, a fin de cuentas, pensó, los italianos eran como las abejas y quién sabe si mañana estaría libando en otra flor más perfumada.

De tanta cháchara para encandilar ingenuas, solo le quedaron claras dos cosas: que procedía de Milán y a lo que se dedicaba. Lo primero era obvio por su atuendo y lo segundo, siempre un misterio. Tal vez estuviera de paso y maldijo no haber sido más curiosa. Odiaba las cosas absurdas que se hablan en las barras de los bares y, más que eso, tener tan poco que contar cuando, al día siguiente, le preguntaran sus amigas.

Cuando apagó la luz de su alcoba, confió en la fama de insistentes de los italianos y en su capacidad para haber excitado la curiosidad de aquel tipo. Al menos le serviría de entretenimiento si decidía alargar su estancia en la ciudad.

*

—Vaya... Es una historia muy bonita —dijo el inspector—. Pero me parece que no nos ayuda en nada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Aurora.

—No se preocupe, señora, seguiremos investigando. Ahora, si me disculpa...

En el momento de abrir la puerta, Laura subía los últimos escalones cargada con una bolsa de la compra.

—¿Ya se marcha, inspector? —dijo Laura.

—Sí. Ya he terminado por hoy. Volveremos a vernos; todavía tengo algunas preguntas que hacerles, pero no quiero cansarlas. Hablaremos después del funeral.

CAPÍTULO 5

Aurora tenía lo necesario para sobrevivir sin tener que salir y un miedo atroz a enfrentarse a las sospechas que comenzaban a asaltarla. Aquella casa la estaba absorbiendo sin que se diera cuenta. Andrea o Nicola, todavía no tenía claro cómo referirse a él, allí lo sentía más cerca, como si su esencia se hubiera quedado impregnada entre aquellas cuatro paredes. El amor que todavía sentía le parecía razón suficiente para no indagar y acabar descubriendo que todo se había basado en una mentira, pero no dejaba de pensar en el compromiso que la había traído hasta allí. Recostada en aquel balcón, donde se divisaba la inmensidad de la mar, estuvo atenta como un augur al rumor de las olas luchando contra el acantilado, al vuelo de las gaviotas y a la brisa que acariciaba su cara, pero no halló respuestas, solo una inmensa paz.

Una llamada a su puerta vino a sacarla de sus pensamientos. Quizá fuera la loca de Regina desahogando su pena pero, cuando la abrió sin demasiada convicción, le costó reconocer a quien tenía enfrente. Sin uniforme, el capitán Greco le pareció el mismísimo Andrea que venía a saludarla desde el más allá.

—Por su cara, veo que no esperaba visita... —dijo el capitán.

—Tiene razón, estaba...

—¿Escribiendo?

—Sí, pero con las maravillosas vistas que se ven desde la terraza me ha sido imposible.

—Eso es lo que tiene Tremore. Es tan bonito que sobran las palabras para describirlo. He estado muchas veces en esta casa y sé de lo que habla.

—Pero, por favor, pase... ¿Le apetece tomar algo? Acabo de hacer café y aún estará caliente

—Se lo agradezco.

Aurora le invitó a pasar. En la cocina todavía se respiraba el aroma a hogar que salía de la cafetera.

—Parece que nada hubiera cambiado aquí, todavía recuerdo cuando...

—Disculpe, capitán, no le he preguntado por el motivo de su visita... —le interrumpió, temiendo que fuera a recordar a su primo.

—Oh, sí, claro... casi lo olvido. Como verá, hoy no visto de uniforme y, además, suelo ser fiel a mis promesas. Hace un día precioso y he pensado que quizá le gustaría dar una vuelta por los alrededores.

—Yo... No tenía previsto salir, pero me visto en un minuto.

Aurora no esperaba que aquella promesa se materializara tan pronto y no se había preparado su papel para sonsacar la información que precisaba, no obstante, había que aprovechar el momento y subió los escalones de dos en dos. Bajó hecha un primor, con un sencillo vestido rosa estampado con unas diminutas florecillas blancas que le daban un aire primaveral.

Luca le ofreció galante su brazo para salir y al llegar al coche, aparcado unos metros más allá de su casa, abrió la portezuela y aguardó a que Aurora se sentara. Suavemente empezó a recorrer las empinadas calles de Tremore hasta llegar prácticamente a la cima del acantilado, desde donde salía una estrecha carretera flanqueada de pinos y cipreses que unía, sin solución de continuidad, toda la *Costiera* amalfitana.

No habían hecho ni un par de kilómetros, cuando atravesaron un puente que salvaba la garganta de lo que parecía un barranco abierto al mar.

—¿Qué es eso, capitán?

—El fiordo de Tremore.

—¿Un fiordo? ¿Aquí?... ¿Por qué no para? Me gustaría verlo.

Luca tuvo que detener el vehículo cerca de un saliente que hacía las veces de mirador.

—Le advierto que no es nada del otro mundo. Se trata de un simple barranco, en cuya garganta se introduce un estrecho brazo de mar y que aquí llamamos pomposamente «el fiordo».

Aurora se asomó desde la barandilla del puente y descubrió un enclave lleno de fascinantes tonalidades que iban desde los grises y rosados de la piedra que caía a plomo hasta el suelo y pasaban por toda la gama de verdes que incluía el amarillento de los pinos, el gris de los olivos y el intenso color oscuro de los cipreses. Todo se rendía a unas aguas cristalinas que se entregaban complacidas en una estrecha playa de guijarros. A lo lejos, muy cerca de donde el fiordo se hacía barranco, un pequeño grupo de casas viejas,

casi derruidas, parecían amontonarse en un abrigo de la roca, pegándose a sus paredes como lapas.

—¿Qué son aquellas construcciones?

—Nada, un antiguo molino y casas deshabitadas de pescadores.

—Pues a mí me parecen fantásticas. Nunca hubiera imaginado algo así. ¿Hay alguna manera de bajar hasta allí?

—Me temo que solamente se puede acceder por mar.

—Lástima, me hubiera gustado tanto verlas...

—¿Tal vez para ambientar alguna de sus novelas?

—Puede ser... En fin, otra vez será.

Mientras se dirigían al coche, Luca notó la cara de decepción de Aurora y decidió compensarla de alguna manera.

—Voy a llevarla a un sitio que le gustará. No es tan pintoresco como el fiordo, pero hacen unos ravioli para chuparse los dedos.

Ella asintió con la cabeza. No tenía mejor plan y el resto del paisaje no difería demasiado de lo que se podía observar desde la misma Tremore sin necesidad de coger un vehículo. Volvieron a ponerse en camino hasta llegar, a un par de kilómetros más, a la entrada del pueblo vecino, Conca di Smeraldo, donde dejaron el coche en un pequeño aparcamiento y tomaron unas estrechas escaleras que salvaban el imposible desnivel que llevaba hasta la *Locanda di Salvatore*, un restaurante literalmente colgado del acantilado, cuyo salón interior estaba enclavado en una gruta natural de la montaña.

—Esta es una de las pequeñas maravillas de la zona. La suerte que tenemos es que no aparece en ninguna guía gastronómica. Así, solamente lo disfrutamos nosotros... ¿Qué le parece?

—Singular. Si la comida es tan buena como bonito es el lugar, sin duda me encantará.

Luca buscó acomodo en una mesa de la terraza, al borde mismo del balcón que los separaba del abismo. Mientras se oía el batir de las olas y la brisa mesaba los cabellos de Aurora, él pidió una botella de un fresco y dorado vino blanco, que le sirvieron en una champanera rebosante de hielo. Intentó hacer los honores, como un improvisado camarero, dejando las copas a medio llenar para brindar por aquel encuentro.

—Por nosotros. —dijo Luca.

—Por Tremore... —contestó Aurora mientras chocaban las copas.

—Bueno, Aurora, dígame, ¿qué clase de libros escribe? ¿Quizá de misterio? Mi autora favorita siempre ha sido Agatha Christie... Me temo que por razones obvias.

—Siento decepcionarle, capitán, pero mis gustos van más por lo romántico.

—No importa. Seguro que sus novelas me resultarían igual de interesantes.

—Gracias por el cumplido, aunque todavía no ha leído nada mío. Quizá cuando termine la novela que estoy escribiendo...

—¿Podría saber su argumento?

—Tengo una serie de ideas, pero tal vez las cambie. Me ha resultado muy interesante la historia de Regina y de su primo.

—¿En serio? No creo que eso dé para un libro.

—No subestime un buen argumento. El resto depende de que sepa sacarle sustancia a la historia. Y ahora que le tengo delante, no me vendría mal que pudiera ilustrarme. Además, usted me dijo que la casa que tengo alquilada era la de su primo. Me gustaría saber más de él.

—Está bien, si insiste... Verá, Tremore es un pueblo pequeño donde todos nos conocemos. Es muy difícil poder escapar del destino cuando las cosas vienen mal dadas desde pequeño.

—¿A qué se refiere?

—Nicola era huérfano, sus padres murieron siendo solo un niño y mi tío abuelo Antonio se hizo cargo de él, aunque quizá no supo hacerlo demasiado bien. Era soltero, un pescador cascarrabias y solitario, al que le vino grande la crianza del crío.

—¿Todavía vive?

—Sí. Ya no pesca, aunque parece que el tiempo no pase por él. Vive cerca del puerto.

—¿Y cómo se las apañó con el chico?

—Al principio intentó ser duro, pensaba que así le ayudaba pero, por su trabajo, no pudo estar pendiente de él demasiado tiempo y al final optó por dejarle hacer.

—Y se convirtió en un gamberro...

—No he querido decir eso. Era un poco inquieto, eso sí, pero carecía de

maldad. Pronto se transformó en una especie de líder para los demás jovencitos de Tremore, con los que rivalizaba por protagonizar las acciones más arriesgadas. Es lógico que las chicas se volvieran locas por él.

—Pero usted también formaría parte de esa pandilla de muchachos, ¿no?

—Sí, claro. Aunque yo era más moderado, mi madre se encargó de ello; menudas palizas me llevé. Todo apuntaba a que se convertiría en el garbanzo negro de la familia, pero un buen día cambió.

—¿Qué sucedió?

—Don Orazio Palatucci le dio una oportunidad y desde entonces se hizo un hombre de bien y responsable.

—¿Orazio Palatucci?

—Es toda una institución en Tremore y en toda esta zona de la *Costiera*. Quizá sea el hombre más rico de la región.

—Vaya, una especie de «cacique», ¿no?

—No se equivoque, don Orazio ha ayudado mucho a las buenas gentes de aquí. No es fácil sobrevivir en un sitio tan inhóspito como este. Hubo un tiempo en el que la miseria campaba por sus calles y el señor Palatucci y antes que él su padre y su abuelo, consiguieron que Tremore no se convirtiera en un pueblo fantasma. Dio estudios a quien no podía permitírselo, arregló la iglesia cuando se caía a trozos ante la desidia de las autoridades o hacía esa llamada oportuna a sus muchos contactos de Nápoles para allanar el camino de algún litigio.

—Interesante ese don Orazio, me gustaría conocerlo. Pero, prosiga, ¿cómo ayudó a su primo Nicola?

—Primero hizo que terminara sus estudios, para luego ofrecerle trabajo como su hombre de confianza, una especie de secretario para todo.

—¿Y qué estudió?

—No sé exactamente, pero era algo relacionado con la empresa: contabilidades, balances... ese tipo de cosas. Don Orazio no tenía hijos varones y siempre pensó en él como la persona idónea para hacerse cargo de sus negocios.

—¿Qué clase de negocios eran esos?

—Es usted muy curiosa, querida Aurora... Ya le he dicho que la familia Palatucci siempre ha sido la más pudiente de la región. Su fortuna se remonta a

los tiempos de lo que aquí llamamos *Risorgimento* y, por lo que parece, supieron invertir muy bien su dinero.

Aurora sabía que estaba agotando su crédito y que no debía parecer interesada en exceso para no levantar suspicacias, así que se centró en el estupendo plato de pasta que había llenado la mesa con el inconfundible aroma de la salsa de tomate con albahaca, que luchaba por reclamar su atención. Para rematar tan exquisita comida, Luca se permitió invitarla a una copita de *limoncello* casero, que Aurora agradeció.

—Creo que va siendo hora de regresar —dijo el capitán cuando terminó su segundo *limoncello*.

—Quiero que sepa que he pasado un día estupendo. Le agradezco que me haya traído aquí y si no es demasiada molestia, me encantaría repetirlo. Sospecho que todavía quedan muchísimos sitios por conocer. —dijo Aurora satisfecha.

—Cuenta con ello.

Era mucho lo que había averiguado de la vida de Nicola, pero todavía no había dado con el punto de inflexión de su historia. La impaciencia la corroía por dentro y una vez más, a riesgo de dar al traste con su coartada, le preguntó al capitán.

—Por cierto, Luca, ¿cómo murió su primo?

El capitán demoró la respuesta, atento a las curvas cerradas que serpenteaban por el acantilado. Estaban a punto de entrar en el pueblo y ya no habría mejor ocasión.

—Veo que su historia ha despertado un gran interés en usted.

—Reconozco que soy algo curiosa. Me temo que es un defecto que acompaña a toda escritora...

—Siento desilusionarla, querida Aurora, pero no hay nada de especial en su muerte. Falleció de un accidente de tráfico.

«¡Menudo embustero!», pensó. ¿Cómo había podido mentirle en una cosa así?, aunque tal vez lo hubiera hecho para zanjar el tema ante la insistencia de una extraña. Aquello le sirvió para saber cuál era su límite con el capitán y no volvió a abrir la boca hasta que llegaron a la puerta de su casa.

—Bueno, Aurora, la devuelvo sana y salva. Espero que lo haya pasado bien y tenga suficiente material para su nuevo trabajo... Tal vez le pueda

servir de inspiración en otra ocasión.

—Estaré encantada de repetir la experiencia con usted.

Cuando cerró la puerta, enseguida supo que el juego había empezado y debía mover ficha. El capitán le había servido en bandeja la historia y ella solo tenía que ir tirando del ovillo. Su faceta como literata debería bastar como excusa para vencer miedos y reticencias.

CAPÍTULO 6

Aurora, aconsejada por sus amigos, no demoró más su vuelta al trabajo. Intentó desembarazarse como pudo de la atosigante presencia de su madre, que no paraba de tratarla como si fuera una niña, dispensándole mimos y cuidados. Quería volver cuanto antes a la normalidad, aunque el recuerdo de su marido no dejaba de sobrevolar como un pájaro de mal agüero.

Después del entierro, tuvo que hacerse cargo de los temas legales, incluida la herencia, pero aquello resultó más embarazoso que la misma noticia de su muerte. ¿Cómo explicar que su marido no era quien decía ser? No se acostumbraba a llamarlo de otro modo; nada coincidía después de desvelarse su verdadera identidad. Intentó asesorarse pero, a cada puerta que llamaba, la esperanza de aclarar su situación se hacía más cuesta arriba.

Estaba determinada a conocer todo lo concerniente a la persona con la que compartió casa y lecho durante los últimos meses y, para ello, su único recurso fue ponerse en manos del inspector Quiroga; la única persona que, como ella, estaba dispuesta a esclarecer la verdad. No esperó a que se presentara de nuevo en su casa para someterla a nuevas preguntas y decidió pasarse por su despacho en cuanto terminó la jornada en el colegio.

La comisaría bullía de frenética actividad. Nadie parecía estar en su sitio y los teléfonos no paraban de sonar. La hicieron pasar a un despacho oscuro, casi lúgubre, donde cientos de expedientes luchaban por hacerse un hueco sobre la mesa y aguardó paciente hasta que Adolfo Quiroga apareció por la puerta.

—¿Aurora?... Me han dicho que quería verme.

—Así es. Sabía que tarde o temprano me mandaría llamar y he decidido venir a verle, por si tenía más datos sobre el caso.

—Pero, por favor, siéntese. ¿Le apetece un café?

—No, gracias.

—Está bien, le diré lo que sabemos. Gracias a los datos que usted nos aportó y la colaboración de las autoridades italianas, sabemos que su mar... que Nicola llegó a España poco tiempo antes de que ustedes se conocieran.

Por lo visto, decidió establecerse en esta ciudad pensando que aquí sería más difícil ser localizado si es que en realidad estaba huyendo de algo. Por los interrogatorios, sabemos que, excepto usted y su círculo más allegado, nadie lo conocía, ni tenía negocios que lo vincularan a esta ciudad. También sabemos que utilizó un pasaporte falso que, posiblemente, le fue suministrado en Nápoles, al igual que los papeles necesarios para su boda: certificados de nacimiento, residencia... No obstante, los documentos eran verdaderos, tanto, que las autoridades italianas piensan que alguien de los juzgados napolitanos pudo hacer ese «trabajo».

—Pero eso es ilegal... —dijo Aurora.

—No se sorprenda. Por lo visto, en Nápoles, hay gente, ¿cómo diría?... infiltrada en todos los estamentos que, por un buen puñado de euros, es capaz de hacerlo.

—Entonces, eso quiere decir que...

Se hizo un pequeño silencio que resultó revelador. El inspector Quiroga no pudo aguantarle la vista a Aurora mientras daba respuesta a su pregunta.

—Lo siento, pero su matrimonio no tiene validez. Fue nulo de origen y eso no le da derecho a ningún tipo de pensión, herencia... Ya me entiende.

—O sea, que todo fue una mentira... No hubo nada. —La congoja interrumpió las palabras de Aurora.

—No he querido decir eso —matizó el inspector, intentando quitar hierro al asunto—. Imagino que lo que sentían el uno por el otro no tiene nada que ver con los aspectos legales.

—¿Y ahora?... ¿Qué hay de sus negocios? La casa donde vivíamos... Todo lo compró él.

—Lamentablemente, el juez procederá a su embargo hasta que dictamine qué hacer con ello. No obstante, he hablado con él y creo que no habrá problemas para que usted siga viviendo en su domicilio. En cambio, las cuentas han sido bloqueadas.

—¿Cuánto dinero había?

—Sorprendentemente muy poco, apenas unos miles de euros. Si es como sospechamos, Nicola Greco tuvo que poner la mayor parte de su fortuna a buen recaudo.

A Aurora se le humedecieron los ojos, no tanto por ir descubriendo el

engaño, si no por escuchar aquel nombre extraño que en su cabeza todavía no podía relacionar con el que había sido su marido.

El inspector Quiroga esperó a que estuviera más calmada y salió en busca de un café bien cargado. Tenía algo importante que decirle y quería saber si tendría fuerzas suficientes para aguantarle. Cuando Aurora tomó un par de sorbos, Quiroga se sentó enfrente, inclinando su espalda para estar mucho más cerca de ella.

—No sé si se habrá dado cuenta de la gravedad de cuanto le he dicho... Esto no se trata de una simple ilegalidad jurídica. Tenemos motivos para sospechar que Nicola Greco estaba metido en algo mucho más turbio; algo que le llevó a la muerte y que, quienes lo hicieron, no se hayan quedado satisfechos con eso. Aurora, su vida corre peligro, al menos hasta que averigüemos de qué va todo esto. Hemos revisado sus cuentas y gracias a su ordenador sabemos que manejaba muchísimo dinero. Por lo visto era un halcón de las finanzas y, desde que llegó a España, prácticamente dobló el capital inicial. No sabemos la procedencia de ese dinero y a pesar de que usted no va a poder hacerse cargo de él, quizá los asesinos de Andrea no tengan tan claro ese extremo.

—¿Quiere decir que ellos piensan que ahora puedo tenerlo yo?

—No lo sabemos a ciencia cierta, pero es plausible... He ordenado que se la vigile constantemente desde que tuvimos conciencia del alcance de los hechos.

—Pero yo trabajo con niños. El colegio también podría estar en peligro. ¿Qué voy a hacer? No podría perdonarme si les pasara algo.

—Lo hemos tenido en cuenta y el colegio también tendrá una vigilancia especial. Mire, Aurora, comprendo que ahora no se encuentre bien como para valorar lo que voy a proponerle, pero...

—¿Qué intenta decirme? No le entiendo, inspector.

Quiroga hizo una pausa hasta estar seguro de que Aurora fuera a entender sus palabras.

—Por su seguridad, lo mejor sería cambiar de ciudad. Nosotros nos encargáramos de todo. No nos será difícil reubicarla en un lugar donde se le pierda la pista, al menos hasta que hayamos concluido nuestras pesquisas pero, tratándose de una investigación internacional, me temo que esto se demore bastante tiempo.

Aurora se quedó pensativa. No era una perspectiva demasiado halagüeña esconderse en algún lugar remoto con la sensación de tener a alguien observándola desde la lejanía.

—De todas maneras, no quiero que se preocupe innecesariamente — prosiguió el inspector, intentando mitigar la evidente preocupación de Aurora —. Estará protegida constantemente y no es necesario que me dé una respuesta ahora. Si quiere, termine el curso aquí y cuando lleguen las vacaciones escolares procederemos sin levantar sospechas.

Aurora saltó del asiento como si hubiera chinches en su silla. Se encontraba realmente incómoda y las palabras de Quiroga habían aumentado su desasosiego. ¿Qué sería de ella a partir de ahora? No se encontraba bien para pensar con claridad.

El inspector no hizo nada por retenerla pero, al despedirse, quiso puntualizarle algo importante.

—Antes de que se marche, me gustaría decirle algo. Es importante que no hable de esto con nadie, ni siquiera con sus amigos. Si no nos equivocamos, quien lo hizo todavía podría contar con gente aquí y no descartamos a nadie.

Aquello no la ayudaba precisamente. Cuando salió de la comisaría, Aurora tuvo la sensación de que todo el mundo la observaba, que nadie parecía ser quien era, y se sintió más sola de lo que estaba cuando entró en comisaría.

CAPÍTULO 7

Aquella mañana se acicaló convenientemente para acercarse al pequeño puerto de Tremore. Desde que habló con el capitán, la curiosidad por conocer el fiordo había hecho mella en ella y estaba determinada a ir allí.

En el embarcadero se desperdigaban tres personas: una sobre su bote y las otras dos reparando sendos artes de pesca. No sabía por dónde empezar, pero no quiso molestar a los que con tanta dedicación permanecían encorvados sobre sus redes. Se acercó a la orilla y se agachó para poder hablar con un viejo que, colilla en boca, tenía la vista perdida en el horizonte.

—Disculpe, caballero...

De cuando en cuando, se descolgaba por Tremore algún turista despistado y el hombre la miró fijamente, como si no se sorprendiera de que aquella forastera se acercara a preguntarle.

—¿Quiere que la lleve a dar un paseo? —dijo el marinero.

—En realidad quería preguntarle si no tendría inconveniente en acercarme al fiordo. Me han dicho que la única manera de llegar allí es por mar.

—Hay sitios mucho más bonitos... Si quiere puedo llevarla hasta Amalfi.

—Me interesa más el fiordo. Quizá vaya otro día a Amalfi.

—Lo siento, pero la barca no está en muy buenas condiciones y hoy el mar está un poco revuelto. Resulta un tanto peligroso acercarse a la boca del fiordo con este oleaje.

Aurora echó un vistazo al mar y vio que estaba calmado como un espejo. Estaba visto que era una tontería insistir, pero antes de marcharse cruzó su mirada con aquel hombre intentando adivinar, entre los surcos de su rostro ajado, el porqué de su negativa. Sabía que no hallaría respuesta y que también sería inútil insistir a los otros marineros que remendaban sus redes. Intentó no desanimarse; ya buscaría la manera de llegar hasta el fiordo por sus propios medios, aunque tuviera que hacerlo a nado.

Miró hacia el pueblo, le quedaba un largo vía crucis hasta subir a su casa y decidió hacerlo dando un paseo. Iba contando adoquines mientras las gaviotas sobrevolaban su cabeza cuando, al doblar una calle, recordó las ramas

retorcidas de un pino que intentaba luchar contra el viento y enseguida ubicó el lugar; era el sitio donde aquel hombre adusto la ayudó a encontrar su casa el día que llegó a Tremore. Vio la puerta de su casa entreabierta y decidió hacer un parón en el camino para saludarlo. Desde el escalón de la puerta, sin atreverse a cruzar el umbral, gritó un «¡Buenos Días!» para que la oyesen desde el interior. Aguardó un momento, pero nadie pareció darse por aludido y decidió reemprender la marcha.

—¿Quería algo? —dijo una voz a su espalda.

Aurora se giró y vio al viejo asomando su cabeza con la misma cara de pocos amigos que la primera vez.

—Disculpe, pasaba por aquí y... Y me decidí a saludarlo —dijo Aurora—. Fue tan amable el día que llegué, que quería agradecerse, pero si le he importunado, discúlpeme.

El viejo la seguía mirando, como si le costara reconocerla, así que Aurora se atrevió a añadir algo más por ver si la recordaba.

—Soy Aurora, la que tiene alquilada la casa en *Via San Michelle*...

—Sí, ya me acuerdo —dijo por fin el viejo—. ¿Quiere tomar un café? Es lo único que puedo ofrecerle.

Aurora no se hizo rogar y antes de que pudiera arrepentirse, lo siguió hasta el interior de la casa por un estrecho pasillo que llevaba directamente hasta un patio cerrado por la misma roca que sustentaba el pueblo. Era un sitio acogedor, lleno de plantas, que ofrecían color y frescor a partes iguales. El viejo le indicó con un leve movimiento que se sentara debajo de una enredadera donde había un par de sillones de mimbre. Le ofreció café recién hecho, que aceptó de buen grado, y cuando el viejo depositó sobre la mesa los vasos, las cucharillas y el azúcar, sin demasiada delicadeza, se sentó a su lado.

—Tendrá que disculparme, pero no estoy acostumbrado a las visitas.

Aurora no sabía cómo iniciar la conversación, ni siquiera sabía cómo se llamaba y decidió empezar por ahí.

—Lo siento, pero olvidé su nombre... —dijo Aurora.

—No se lo dije. Mi nombre es Antonio, Antonio Greco.

—Vaya, su apellido parece bastante común en este pueblo. Precisamente he conocido a otra persona con ese apellido, el capitán de carabineros. Me

pareció un tipo encantador.

—Sí, es mi sobrino. Una persona atenta, aunque un poco cursi; los galones se le subieron demasiado pronto a la cabeza... Y dígame, ¿cómo es que ha elegido Tremore para pasar sus vacaciones? Como verá, no es un sitio especialmente turístico, como el resto de la *Costiera*.

«Menuda casualidad», pensó. Se sintió extrañada de que aquel hombre se mostrara ahora tan locuaz, pero al mismo tiempo afortunada por aquella coincidencia que el destino había puesto en su camino. Aquel tipo era la persona que había criado a Nicola y ahora estaba en su casa; no debía desaprovechar la oportunidad. Sorprendentemente, parecía tener cierto gusto por la conversación y a pesar de lo ajado de su rostro, estaba muy lejos de ser el patán que había imaginado, así que lanzó el anzuelo.

—Soy escritora. Necesitaba un sitio tranquilo donde poder hacer mi trabajo y casualmente me indicaron en una agencia de Nápoles que aquí se alquilaba una casita y no me lo pensé dos veces.

—Es extraño. Usted es española, ¿no? ¿Cómo supo de este pueblo? Ni siquiera viene en los mapas. Los hay mejores, incluso para una escritora que busca tranquilidad. ¿Y ha encontrado ya la inspiración?

—En eso estamos. Creo que he descubierto el argumento perfecto para mi nueva novela.

—¿Sobre qué escribe?

—Novela romántica. No es un género muy valorado, pero tiene su público. ¿Y a usted? ¿Qué lecturas le interesan?

—Siento decepcionarla. Cuando era joven devoraba libros de aventuras y cosas por el estilo, pero pronto me di cuenta de que era una pérdida de tiempo; llenan la cabeza de pájaros, haciéndote creer que existen otras realidades. Lamentablemente, la vida es otra cosa y yo he tenido que trabajar muy duro para sobrevivir.

El tiempo se le escapaba en aquella conversación intrascendente e intentó obviar la cortesía para ir al grano.

—El capitán me habló de su primo Nicola. Casualmente ocupó la que fue su casa y... —dijo Aurora.

—Es... Era mi sobrino, aunque para mí fue más que un hijo. ¿Por qué me pregunta por él?

—Verá, el otro día tuve un encontronazo con una mujer llamada Regina. Vino a mi casa y por poco me descalabra. Cuando le pregunté al capitán por ella, me puso en antecedentes sobre Nicola y me pareció una historia interesante para mi novela. También me hablo de un tal Orazio Palatucci...

Antonio se levantó enfadado, haciendo aspavientos y lanzando maldiciones en aquel terrible dialecto napolitano. Aurora se asustó, pero fue incapaz de moverse de su asiento, escuchando la incansable verborrea del viejo que, lejos de calmarse, continuó.

—¿A qué ha venido usted? —le espetó la única frase que Aurora entendió.

—Perdóneme si le he ofendido. Ya le dije que solo pretendía ser amable.

—Luca le dijo que yo era el tío de Nicola y ha venido a sonsacarme, ¿no es así? ¡Menudo imbécil!

—No, él no me dijo quién era usted, acabo de enterarme ahora mismo. Le prometo que ha sido todo fruto de la casualidad. Pero sí, me interesa esta historia, aunque si le he importunado, le ruego que me disculpe.

—Son temas familiares y no me apetece que se hable de mis cosas. Ahora, si me perdona, tengo muchas cosas que hacer...

No tuvo que decir más. Aurora se levantó mientras Antonio la observaba desde un rincón del patio.

—Adiós y gracias por el café... —dijo, mientras agachaba la cabeza dirigiéndose hacia la salida.

Aceleró el paso y no giró la vista hasta que hubo torcido en la siguiente cuesta. Aurora sabía que había puesto el dedo en la llaga, quizá más pronto de lo que debiera, pero estaba claro que solamente Antonio podía ofrecerle las respuestas que ella había venido a buscar. Sin duda le dolía demasiado lo que le había sucedido a Nicola y así se lo había hecho saber.

Cuando entró en casa, intentó ponerse cómoda. Llenó una copa de vino y subió a la terraza. Estaba rabiosa; había sido imprudente e impulsiva echando a perder la única opción que tenía por el momento, pero todavía podía enmendar la plana si sabía jugar bien las cartas. Como en el póker, era fundamental no mostrar más de lo necesario y, sobre todo, saber ir de farol cuando venían mal dadas.

Dio un nuevo trago al vino y cogió su teléfono. Desde que llegó no había cruzado información con el inspector Quiroga y tenía la sensación de que

empezaba a ser inútil su estancia allí, se había quedado sin ideas y necesitaba que alguien la animara a continuar.

—¡Aurora! —dijo con énfasis al descolgar—. Me preguntaba cómo le iría en Tremore. ¿Ha descubierto algo?

—Hola, inspector. La verdad es que no ha habido ningún avance, aunque he conocido a varios de los familiares de Nicola, pero tan solo me han dado datos irrelevantes sobre su juventud. Nada que nos ayude a esclarecer las causas de su muerte.

—¿Solo eso?

—Bueno, su primo, el capitán de los carabinieri de Tremore, me mintió cuando le pregunté sobre las causas de su muerte. Me dijo que había muerto en un accidente de tráfico.

—Interesante...

—¿Por qué cree que mentiría en algo así?

—No lo sé, pero no perdemos nada haciendo averiguaciones sobre él. Lo pondré en conocimiento de las autoridades italianas.

—También me habló de un tal Orazio Palatucci. Por lo visto es una especie de cacique local. Contó que le pagó los estudios a Nicola y que terminó trabajando para él como una especie de secretario; era su mano derecha.

—Eso es importante, ¿por qué no lo mencionó antes?

—No me pareció relevante. Además, no lo conozco.

—Tiene que hacer un esfuerzo para llegar hasta él. Intente averiguar lo que pueda, mientras, recabaré información por mi cuenta. Me da en la nariz que ese señor pueda ser una pieza clave en la investigación.

—Está bien, lo intentaré, aunque me parece que en este pueblo son excesivamente herméticos. No sé si confiarán en mí.

—Por cierto, no me ha dicho qué excusa ha utilizado para desenvolverse en Tremore.

—Ah... Simplemente les dije que era escritora.

—¿Escritora?

—Sí, de novelas románticas. Me pareció perfecto para justificar mi estancia aquí y para que mi curiosidad se confundiera con el pretexto de encontrar una buena historia.

—Perfecto, pero tenga cuidado. Quizá, a partir de ahora, se complique todo.

—Lo tendré, inspector.

Aurora pegó un bufido al colgar, como si quisiera deshincharse. Nada le iba a devolver a Andrea y ya no sabía si lo que averiguara le iba a satisfacer, pero allí estaba, embarcada en una turbia investigación de la que apenas había dado los primeros pasos.

Lo más difícil sería llamar la atención de don Orazio para que quisiera ponerse en contacto con ella, pero descartaba aparecer de repente en su casa sin ser invitada. Había que soltar el cebo y no se le ocurrió mejor manera de hacerlo que preguntar por él, aquí y allí, hasta que el rumor llegara a sus oídos. No tardaría en mandar recado para satisfacer su curiosidad, al menos eso esperaba ella.

Se retocó un poco antes de salir hacia la plaza de Tremore y, una vez allí, comenzó a desplegar su plan. Sentada en la terraza de *La Manticora*, trazó una ruta que comenzaba desde el bar y terminaba en la comisaría, pasando por unas cuantas tiendas abiertas en la misma plaza. A todos les preguntó lo mismo y ante todos se presentó como escritora para justificarse.

Una vez delante de la caserna de los carabineros, dudó si entrar. Después de la decepcionante respuesta del capitán sobre la muerte de Nicola, sabía que no lograría sonsacarle mucho más, no obstante le convenía estar a buenas. Intuía que le gustaba y tal vez fuera una buena vía para acceder a personas que pudieran ayudarle, así que se decidió a traspasar el umbral y preguntar por él.

La comisaría no era excesivamente grande, más bien modesta, como correspondía a un pueblo pequeño, en cambio rezumaba un aire noble. Sus paredes de piedra cuidada y la sencilla decoración: unas plantas frondosas, impecables litografías en las paredes y unas mesas limpias y recogidas, le conferían un aspecto castrense pero moderno. Detrás de una cristalera se adivinaba la figura del capitán, parapetado tras su mesa, colgado de un viejo teléfono negro de baquelita. Un carabinero la acomodó en una butaca junto a la entrada y comunicó a su superior que tenía visita. Aurora aguardó a que terminara para entrar y en aquel preciso instante sus miradas se cruzaron. El capitán se levantó para abrir la puerta e invitarla a pasar, mostrándole con la mano un asiento frente al suyo.

—Es un placer recibirla en mi despacho, Aurora. —dijo el capitán,

dejando ver una amplia sonrisa llena de dientes blancos.

—Gracias, capitán. Esta mañana tenía que salir de compras y me he decidido a hacerle una visita. Fue usted tan amable... —contestó, arrastrando las palabras en un inequívoco ademán de coqueteo.

—Bueno, bueno, no fue para tanto. ¿Y qué tal le va por Tremore?

—La verdad es que esta mañana estuve en el puerto. Quería acercarme al fiordo y como usted dijo que solo se podía acceder por mar...

—¿Encontró quien la llevara? —preguntó con preocupación.

—La verdad es que no. Por lo visto, resulta más fácil ir en barca a Amalfi que llegar hasta allí. Me siento un poco decepcionada, pero no está en mi mano poder hacer nada. De regreso, pasé por casa de su tío Antonio y me invitó a tomar un café.

—¿Mi tío? Increíble. Seguramente le pillaría en un buen momento. Él no suele ser muy sociable que digamos.

—No solo eso, también estuvimos charlando amigablemente hasta que...

—¿Qué sucedió?

—Hasta que le saqué el tema de Nicola. Le hice unas cuantas preguntas y en ese momento cambió radicalmente, empezando a proferir gritos. Realmente estaba furioso.

—Ya le advertí que era un viejo gruñón. Si le sirve de consuelo, trata igual a todo el mundo. Además, le sacó una historia que todavía no ha superado. Desde que Nicola se marchó, se le agrió todavía más el carácter.

—Y hablando de Nicola, usted me dijo que trabajó aquí en Tremore, para el señor Palatucci. ¿Por qué se marchó si todo le iba tan bien?

—No sé, quizá el pueblo se le quedó pequeño para sus aspiraciones. No dijo nada a nadie, un buen día desapareció y ya no lo volvimos a ver más. Ni una carta, ni una llamada... Como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Entonces, no sabe a dónde fue.

—No hace mucho tuvimos noticias suyas a través de la policía española. Por lo visto recaló en España. Vivía en una pequeña ciudad y, según nos dijeron, también se casó, aunque no hemos podido averiguar quién fue su mujer.

—¿Qué interesante! ¿Cómo no me contó nada de esto el otro día?

—Compréndame, no me pareció adecuado airear todos estos detalles.

—Entonces, supongo que también murió allí, ¿no? ¿De un accidente de tráfico como me dijo?

—Sí, así es.

El capitán comenzó a encontrarse incómodo y así se lo hizo notar a Aurora cuando se levantó de la mesa, dando por concluida la conversación. Ella no tuvo que preguntar el motivo y también se levantó dirigiéndose hacia la salida.

—Gracias, capitán. Ha sido muy amable. Espero volver a verle —le dijo intentando mitigar la tensión que se respiraba.

—Será un placer —le contestó con cortesía pero con un tono excesivamente seco—. Que pase un buen día, Aurora.

CAPÍTULO 8

El curso estaba tocando a su fin y con él su huida a no se sabía qué sitio. Cuando dejó caer a sus compañeros que aquel podía ser su último curso en el colegio, casi nadie hizo preguntas. Todos daban por hecho que los acontecimientos de su vida la obligaban a poner tierra de por medio y se resignaron; todos menos ella. Aurora no se conformaba con tener que esconderse y, más que eso, a desistir de conocer la verdad. Probablemente, donde fuera que la trasladasen, recibiría alguna nota oficial con los resultados de la investigación. Se daría carpetazo a la misma y ella se quedaría sin saber el cómo ni el porqué.

Últimamente se iban espaciando los contactos con el inspector Quiroga con la excusa de la falta de diligencia de las autoridades italianas y ella se había convertido en una okupa en su propia casa, de la que no podía disponer. No es que ambicionara las propiedades o el dinero de Nicola, pero ni siquiera le dejaron tocar un solo céntimo para pagar el entierro, que tuvo que costear de su propio bolsillo.

Durante los primeros meses, lo peor fueron las noches. A pesar de los medicamentos para dormir, era frecuente despertarse en plena noche empapada en sudor y angustiada por los sueños, donde su marido, Andrea o Nicola, al que ni siquiera podía fijar un nombre para su recuerdo, aparecía cosido a tiros. Dudó sobre cómo debía ser recordado y al final hizo poner el nombre de Andrea en su lápida. Para ella esa era su verdadera identidad y se encargó de que nadie más supiera la verdad. Excepto con el inspector, con nadie más usó el nombre de Nicola para referirse a él.

La última semana de mayo, justo antes de que finalizaran las clases, Adolfo Quiroga la llamó para que se vieran en la comisaría. Aurora ya conocía el motivo y una angustia la recorrió de arriba abajo. Hacía tiempo que estaba mascullando una idea que cada vez iba cobrando más fuerza en su cabeza y estaba dispuesta a explicársela al inspector por muy descabellada que fuera. Era eso o tener que esconderse, quién sabe si de por vida, en algún remoto pueblo donde solo la acompañaría su angustia y el amargo sabor de la cobardía.

A pesar de su juventud y de ser casi verano, Aurora apareció vestida de negro en la comisaría. El inspector, impresionado por el atuendo y su extrema delgadez, la hizo acomodarse rápidamente en una silla y retiró de la mesa un centenar de expedientes que habían tomado posesión de aquella superficie.

—¿Desea tomar alguna cosa? —preguntó Quiroga.

—No, gracias. Supongo que me ha hecho venir porque ya sabrá dónde tengo que ocultarme, ¿no?

—Siento decir que así es —dijo mientras se acomodaba en su sillón frente a ella—. Lamentablemente, no hemos podido averiguar nada del caso Greco y...

—El caso Greco... ¿Así es cómo lo llaman? No le culpo, supongo que identificaran cada caso con un nombre, aunque yo todavía no me hago a la idea de que mi... de que ese sea el apellido de Andrea. Bueno ¿y dónde está ese sitio tan maravilloso al que tendré que ir?

—Se trata de un pueblecito cerca de Ponferrada, en la comarca de El Bierzo.

—Así que me mandan a León. ¿No había un sitio más lejano? ¿O quizá es lo suficientemente pequeño para que no me encuentren ni los pájaros?

—Le aseguro que se trata de un lugar pintoresco. Los del ministerio no estaban muy de acuerdo con saltarse las normas y nos ha costado un gran esfuerzo conseguirle esa plaza. En España no está arraigado el sistema de protección de víctimas y tropezamos constantemente con un sinfín de burocracia. Créame, es lo mejor que hemos podido encontrarle. Además, hemos conseguido también una nueva identidad para usted, que evitará que la relacionen con el que fue su marido.

—¿Qué? ¿Insinúa usted que voy a tener que cambiarme por otra persona?

—Quiero que comprenda lo difícil que resultan estas cosas: documentos, carnets, seguridad social... Únicamente nos mueve su protección y si no fuera estrictamente necesario, no la haríamos pasar por esto.

—No, no. Seguramente habrá otra solución. Usted en ningún momento dijo que tendría que cambiar de identidad y yo no estoy dispuesta a...

—¡Insisto! —dijo rotundo el inspector—. Creemos que es lo mejor para usted. Al tratarse de un crimen con ramificaciones internacionales, todo hace sospechar que estamos detrás de algo gordo. Por el momento y hasta que no

averigüemos de qué se trata, tendrá que hacerlo. Ya hemos hablado con el juez y lo tenemos dispuesto para dentro de tres semanas. Es la última palabra.

—Vaya, parece que no han dejado mucho margen a mi decisión.

—Lo siento —dijo Quiroga apenado.

—¿Y si yo le hiciera otra proposición?

—¿Una proposición?... Mire, Aurora, creo que no ha entendido la situación tan comprometida en la que se encuentra.

—Por eso mismo. Es mi vida la que va a tirar por la borda y tampoco estoy dispuesta a que, quien mató a Andrea, también se me lleve a mí por delante. Al menos permítame luchar para conseguirlo.

—¿Y qué propone usted?

—Según veo, la investigación va más lenta de lo esperado...

—No se lo voy a negar. Es muy difícil poder coordinarse a distancia con las autoridades italianas, máxime cuando vamos a ciegas en este asunto. Parece que no hay rastro de actividades delictivas y, salvo el crimen de Nicola, nada hace sospechar del origen ilícito de su dinero.

—Vamos, que están como al principio.

—Debo decir que sí.

—Inspector, quiero ofrecerles una solución... Estaría dispuesta a ir hasta Tremore para hacer averiguaciones por mi cuenta.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Cómo sabe que usted podrá averiguar más de lo que ha hecho la policía italiana?

Aurora giró la cabeza y esbozó una sonrisa dando explicación a su pregunta.

—A la vista está que no ha habido avances. Déjeme que lo intente y si no averiguo nada, aceptaré sin más establecerme en ese pueblo de El Bierzo, incluso podrá ponerme el nombre más feo e insulso que se le ocurra. Solo necesito los meses de verano para hacerlo, antes de que empiece el nuevo curso.

—No sé, esto no es habitual... Además, correrá un gran peligro y no podemos exponerla de ese modo.

—Correré el riesgo. Dígame dónde tengo que firmar para exculparles y lo haré. Yo asumo las consecuencias. Se lo ruego, inspector, haga lo imposible para que pueda ir allí. Paralice mientras pueda mi traslado y hable con quien

tenga que hacerlo para que permitan que investigue por mi cuenta.

Quiroga se rascó la cabeza. Aquello desbarataba todos sus planes y los esfuerzos de los últimos meses, pero valía la pena intentarlo. Sabía que si alguien se desplazaba a Tremore, conseguiría más que todo lo que ellos habían hecho durante aquellos meses, pero no las tenía todas consigo de que esa persona fuera Aurora. ¿Qué sabía ella de realizar una investigación? ¿Y si a las primeras de turno la descubrían? Pero, por otra parte, comprendía sus razones. Ni por un momento podía imaginarse lo que podía ser para alguien perder su identidad; tener que girarse cada vez que escuchara un nombre diferente al suyo... En definitiva, vivir una mentira.

—Está bien. No le prometo nada, pero lo intentaré.

—Es muy importante para mí... Gracias, inspector.

—No me las dé. No queda mucho tiempo y tengo que hacer muchas gestiones. En unos días la haré llamar para aclararle su futuro. Ni que decir tiene que no debe hablar de esto con nadie.

—Seré una tumba.

Cuando Aurora dejó la comisaría se sintió orgullosa de sí misma. Sabía que iba a cometer una locura para la que no sabía si estaba preparada, pero era eso o abandonarse en un remoto pueblo de León, por muy pintoresco que fuera. Un impulso la llevó a conocer a Andrea y ahora necesitaba de ese mismo acto irreflexivo para saber el porqué de su muerte. No se iba a dar por vencida mientras tuviera un atisbo de poder conservar su vida.

CAPÍTULO 9

No era de limpiezas a fondo, como le recordaba su madre cada vez que la visitaba, pero allí no había mucho que hacer salvo regodearse con las vistas, que devoraba con fruición todas las mañanas o dar algún paseo por las empinadas cuestas del pueblo. Aurora, plumero en ristre, se decidió a quitar algunas telarañas que empezaban a descolgarse desde los rincones de la escalera, cuando una llamada le vino de perlas para abandonar el trabajo. Se había vuelto una costumbre que su casa comenzara a ser una de las más visitadas del pueblo.

Intentó acicalarse antes de abrir pero, después de unos segundos desde la llamada, no había nadie en la entrada, así que asomó la cabeza y vio a un joven de buena planta apoyado en un coche.

—Disculpe, ¿ha llamado usted? —preguntó Aurora.

—Sí. Pensé que no había nadie y decidí esperar —contestó mientras se acercaba a la casa—. Buscaba a Doña Aurora...

—Sí, mi nombre es Aurora Giménez. ¿Y usted es?

—Disculpe que no me haya presentado. Me llamo Francesco, me envía el señor Palatucci. Él estaría interesado en hablar con usted.

Aurora estaba encantada, aunque no lo dejó entrever. Su plan había funcionado y por fin tendría su ansiada entrevista con el que parecía ser el centro de la vida en Tremore.

—Está bien, dígale a su jefe que yo también tengo interés en conocerlo... Por cierto, ¿dónde quiere que nos veamos?

—Si lo desea, puedo llevarla a su casa ahora mismo.

—¿Ahora?

Francesco asintió con la cabeza mientras abría la portezuela trasera del coche invitándola a entrar. Estaba claro que tenía prisa y ella no tenía nada mejor que hacer.

—Si me disculpa un momento, subo a cambiarme. En un periquete estoy lista.

Se atusó el pelo mientras elegía un vestido beige y se cambiaba de

zapatos. Se dio un leve toque de carmín y se perfumó por detrás de las orejas. Bajó como una exhalación y se acomodó en el asiento de atrás. El joven no abrió la boca mientras intentaba doblar con dificultad las estrechas calles hasta salir del pueblo. Le pareció un hombre atractivo y aquello le infundió tranquilidad.

—¿A dónde me lleva? —preguntó alarmada cuando dejaban atrás la última casa.

—No se preocupe, la villa de don Orazio no está lejos.

Tras abandonar la carretera principal, pasaron por un camino bordeado de altos y aromáticos cipreses, dispuestos como si de un arco de triunfo se tratara. Al final se adivinaba una verja abierta decorada con extrañas volutas rematadas por la silueta de una especie de león que se recortaba sobre un diáfano cielo azul.

Francesco aparcó delante de la misma puerta y salió del coche para ayudarla a descender. La mansión era impresionante y le recordaba a las villas toscanas de tonos terrosos, rodeadas de macetones de tiesto viejo con geranios de un exultante color rojo. En un lateral, pegado a la montaña, una fuente dejaba caer a borbotones un hilo de agua que se recogía en una alberca atestada de calas blancas, que sorteaban una miríada de minúsculas carpas de colores. El olor del mar, que se intuía detrás de un seto de boj, se mezclaba con el intenso aroma de los limoneros que salpicaban el jardín.

Aurora miró a Francesco, como si tuviera que darle permiso para acceder a la casa. Él se sonrió, indicándole con la mano que podía subir los tres escalones que la separaban de la entrada. Una vez dentro, se paró en el vestíbulo y miró en todas direcciones. Todo parecía perfectamente colocado en su sitio: grandes plantas ocupando los rincones y en la pared cuadros de una bella factura. Se miró en el suelo, limpio como una patena, y se vio reflejada, quieta como una estatua de mármol y sin saber qué hacer. Al fin, una voz estridente, casi de falsete, le habló antes de materializarse.

—No se quede ahí. Pase, pase... —dijo alguien estirando las sílabas.

Era Orazio Palatucci, un hombre orondo, maduro pero atemporal, que lucía una calva perfectamente delimitada por un grueso pelo negro teñido y un gracioso bigote que masculinizaba su terrible voz de pito. Alargó los brazos con ademán de agarrarla y ella se quedó petrificada, esperando su zarpazo.

—Vaya, vaya. Así que es usted la famosa escritora que ha honrado nuestro

pueblo. Pero, por favor, acompáñeme a mi despacho... ¿Desea tomar algo?

Aurora no dijo nada mientras Palatucci la acompañaba hasta una sala contigua, acomodándola en un mullido sillón mientras él se sentaba a su lado. Sin mediar palabra, como en una función ensayada, apareció una sirvienta vestida a la antigua usanza con un servicio de té y un tentempié que aceptó a cosa hecha.

Aurora no se atrevía a dar el primer paso para no parecer impaciente y sobre todo inoportuna. Suspiró e intentó mantener la espalda recta para no hundirse en el sillón mientras sostenía firme la taza que le ofreció la criada antes de retirarse.

—¿Le gusta Tremore? —preguntó Palatucci mientras removía el azúcar en su té.

—Mucho. Es un pueblo encantador... —dijo sin demasiada convicción.

—Antes de nada, me gustaría disculparme con usted por la actitud de Regina. He sabido que tuvo un encontronazo con ella.

—No se preocupe, no tuvo importancia. Sin duda se debió a un mal entendido, pero no veo porqué tiene que disculparse, a no ser que...

—Sí, como supone, ella es mi hija. Sufre de fuertes depresiones y a pesar de que normalmente tiene un carácter apacible, a veces se vuelve incontrolable.

—Ya me lo dijo su esposa.

—Esa mujer no es mi esposa. Regina es fruto de una relación anterior. Mi verdadera mujer murió sin darme descendencia... Pero no es ese el motivo de haberla hecho venir.

—Usted dirá.

—Ha llegado a mis oídos que está realizando preguntas sobre mí y sobre Nicola Greco. Presupongo que se ha decidido a escribir sobre nosotros y me he permitido invitarla a mi casa para que pueda conocerme, resolviendo de paso cualquier duda al respecto. Si ha decidido que yo sea un personaje de sus novelas, espero que al menos refleje la realidad con exactitud.

—Veo que es muy directo y lo aplaudo. Si según parece, no tiene inconveniente en que escriba sobre Tremore, estoy dispuesta a escuchar todo lo que tenga que decirme... No se preocupe, sus verdaderas identidades quedarán a salvo.

—Celebro oír eso. No es que me desagrade ser el protagonista de un libro, pero mi ego ya ha tenido suficiente recompensa y no necesito añadir una guinda como esa. Imagine que su trabajo es un *best-seller* y Tremore se convierte en una especie de lugar de peregrinación, no creo que eso beneficiara al pueblo y, en cambio, podría perder su tranquilidad.

—No se preocupe, antes de publicarlo le haría llegar el manuscrito para que le diera el visto bueno.

—Bien, Aurora... Antes de empezar nuestra charla, me gustaría saber algo más de usted. De dónde viene, sus gustos, algún detalle que haga menos fría la conversación.

—Está bien, señor Palatucci. Como habrá observado por mi acento, soy española, aunque siempre me ha fascinado su lengua, que aprendí de joven. Vivo en una pequeña ciudad y ejercí como maestra durante algún tiempo, hasta que comencé en este mundillo literario. Participé en varios concursos con mayor o menor fortuna, hasta que una editorial me propuso escribir sobre temas románticos. Podría parecer algo cursi, pero tiene su público y, por lo que dicen, soy bastante buena en esto. Siempre quise venir a Italia; quería encontrar algo diferente para ambientar mis trabajos y, si mi intuición no me falla, creo que lo he encontrado.

—¿Por qué Tremore? ¿Qué la hizo decidirse por nuestro pueblo?

—Es una zona con un encanto especial y el hecho de llegar hasta aquí fue puramente fortuito. Me ofrecieron una casa que...

—Que casualmente perteneció a Nicola.

—Ya que ha abierto el melón, me gustaría que me hablara de él. Desde que lo mencionó el capitán, me pareció un personaje interesante.

—Me imagino que el capitán Greco ya la habrá puesto en antecedentes. Luca es muy atento, pero la contención no está entre sus virtudes. Para ser carabinero, es excesivamente locuaz... Como sabrá, no tengo hijos varones. Mi única descendencia es Regina y usted misma comprobó lo delicado de su salud. Desde pequeño, Nicola demostró ser todo un líder, un muchacho con genio, despierto y con gran futuro, que se hubiera malogrado bajo la tutela de su tío. Antonio no es mala persona, pero carecía de tiempo para ocuparse de él. Yo, en cambio, disponía del tiempo y el dinero suficiente para hacer de Nicola un hombre de provecho. Reconozco que, egoístamente, lo hice para atraerme su cariño y él supo corresponderme. Cuando estuvo preparado,

comenzó a trabajar para mí, ocupándose de mis negocios.

—Si no es indiscreción, ¿de qué negocios se trata?

—Nada delictivo, si ha pensado eso. Reconozco que para una buena historia, esto supone un plus de suspense pero, lamentablemente, solo tenía que ocuparse de la fortuna familiar.

—Ya me dijeron que provenía de una familia de posibles.

—¿Posibles?... Quien la informó se quedó corto, aunque no quiero apabullarla. Dicho así suena excesivamente fatuo, pero es la verdad. Todo lo que soy se lo debo a mi bisabuelo, que supo jugar con ventaja durante el *Risorgimento*. Fue un tiempo convulso, donde la fortuna cambiaba de bando con extrema facilidad. Ahora solo se trata de administrar esos bienes que, la mayoría de las veces, revierten en el mismo pueblo.

—Entonces, es usted una especie de filántropo.

—Podríamos llamarlo así, aunque preferiría que me recordaran como a un mecenas. Fue una especie muy abundante durante otros tiempos aunque, lamentablemente, Italia se parece poco a lo que fue durante el Renacimiento.

—Fascinante, pero me interesa mucho más lo concerniente a Nicola.

—Claro, claro... Como le decía, se convirtió en mi mano derecha. Tenía una visión muy aguda para los negocios y no carecía de encanto personal, cosa que le abría puertas donde no llegaba el dinero.

—Tengo entendido que tuvo una relación con su hija.

—Ah, sí, aunque no fue más que un amorío de juventud, cosas de chiquillo. Me hubiera gustado que se convirtiera en hijo mío, pero comprendí que habría sido una faena obligarle a cargar con Regina. Así que no le forcé cuando lo dejaron estar, en el momento en que ella comenzó con sus primeros desvaríos. No obstante, Nicola siempre me demostró una lealtad personal a prueba de bomba.

—¿Cuándo se torció esa relación?

—Verá, todas las familias tienen altibajos. A veces se atraviesa por momentos difíciles y surgen discrepancias. Él pensó que había llegado el momento de tomar su camino, y a pesar de que intenté convencerle de lo contrario, un buen día desapareció.

—¿Así, sin más?

—Reconozco que tuvimos una última bronca de la que no me siento

especialmente orgulloso. Ahora quizá no hubiera actuado de la misma manera.

—Me está hablando de él como si fueran realmente de la familia. ¿Qué hay de su tío Antonio? Él era su tutor.

—Lo fue hasta que adquirió la mayoría de edad. Ya le dije que Nicola era muy inquieto. ¿Qué quería? ¿Qué se hubiera pasado toda su vida pescando? No, él picaba muy alto. Quizá fue su ambición la que le obligó a marcharse.

—¿Ambicioso? —preguntó Aurora.

—¿Le extraña?... Parece como si lo conociera.

Aurora casi se delata e intentó desviar el tema por lo literario.

—Francamente, lo había imaginado mucho más bohemio, como un alma libre. Quizá sea así como lo refleje si es que me decido a escribir sobre él... Y hablando de todo un poco, el otro día estuve en el puerto. Quería encontrar un transporte para llegar al fiordo. Me pareció un lugar lleno de encanto, pero me dijo el capitán que era imposible acceder a él si no era por mar. Creo que sería el sitio perfecto para ubicar la historia pero, por lo visto, tendré que conformarme con imaginarlo. Nadie quiso llevarme hasta allí.

—Créame que lo siento, pero la verdad es que se ha ido a encaprichar del único sitio de todo Tremore al que sus habitantes le tienen un respeto cerval; casi es un tema tabú. No me extraña que le hayan dado largas y no creo que nadie se atreva a llevarla. En cambio, yo estaría encantado de hacer de guía para usted.

—Se lo agradezco, señor Palatucci. No sabe lo importante que es para mí, más sabiendo el temor que rodea al lugar.

—Siendo escritora, sé que ahora mismo se estará muriendo de ganas de saber el origen de tanto misterio, pero me reservo para mejor ocasión, cuando la lleve a visitar el fiordo.

Aurora se quedó mirándolo fijamente a los ojos mientras ambos esbozaban unas tímidas sonrisas. Ella había conseguido su objetivo: podía proseguir con sus pesquisas, pero no supo adivinar el porqué de la complacencia de su anfitrión. Supo que, si continuaba un minuto más en su presencia, acabaría por averiguar sus verdaderas intenciones. Se sentía transparente, como si, a través de sus ojos, hubiera penetrado en el interior de su alma y decidió dar por terminada la entrevista levantándose como si ardiera el mullido asiento de su sillón.

—Muchas gracias, señor Palatucci, ha sido muy amable recibíendome y contándome tantas cosas. Seguro que me serán de gran provecho. Ahora, si me disculpa, tengo que regresar a casa.

—Claro, Aurora. No quiero robarle más tiempo, pero antes de que se marche, me gustaría hacerle un regalo.

—¿Un regalo? No tiene por qué hacerlo. Soy yo la que está en deuda con usted y...

—Insisto. Creo que le será de mucha utilidad. Si es tan amable de acompañarme a la biblioteca.

Aurora lo siguió intrigada, mientras don Orazio caminaba casi de puntillas, dando brinquitos, por el largo pasillo que atravesaba un par de estancias separadas por cortinajes de terciopelo, recogidos con gruesas borlas de pasamanería dorada. Cuando llegaron a la biblioteca, ella se situó en mitad de la sala para admirar las altas estanterías de caoba que llegaban hasta el techo. Palatucci se aupó para abordar uno de los estantes, de donde cogió un pequeño volumen forrado en piel con filigranas de oro, que depositó en las manos de Aurora. *El bestiario medieval*, rezaba su título.

—¿Y esto? ¿Qué significado tiene?

—Simplemente quería, ya que se ha decidido a averiguarlo todo, que tuviera más información sobre el tema al que se enfrenta. Verá como lo encuentra interesante.

—¿No creerá de verdad que existen esos seres mitológicos?

—Siempre hay algo de verdad en las leyendas...

—Está bien, gracias, señor Palatucci. Le prometo que lo leeré con interés.

—Así lo espero. En breve mandaré recado para que podamos visitar juntos el fiordo.

Aurora salió al jardín sin volver la vista atrás. Allí estaba Francesco, junto a la puerta del coche, que le abrió puntualmente sin que hiciera falta darle una orden. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, lo había hecho cientos de veces, como también sabía que se le pagaba por su discreción, así que no hizo ninguna pregunta cuando enfiló la cuesta hacia Tremore. Aurora miró pensativa con la vista perdida fuera del coche, intentando aclarar sus ideas. Por fin se habían repartido las cartas, pero ella aún desconocía a qué juego estaban jugando. Antes de dar un paso, debía saber qué era lo que estaba

en disputa y si valía la pena arriesgarse. Francesco la miró desde el retrovisor y rompiendo su silencio, se atrevió a sacarla de su ensimismamiento.

—¿Problemas?

—¿Qué? —preguntó distraída—. No, no... Solo había dejado volar mi imaginación.

Aurora dejó escapar una velada sonrisa que la apartó por un momento de sus pensamientos. Al llegar a su casa, Francesco volvió a abrirla la puerta del coche y ella se apeó dándole la mano al bajar.

—Muchas gracias, Francesco.

—No las merece, es mi trabajo.

—Aun así... Me parece que es una de las personas más amables que me he cruzado en este pueblo desde que llegué.

—Le agradezco el cumplido, señora.

—Tal vez volvamos a vernos, ¿no?

—Es muy posible, el pueblo es pequeño y...

—¿No tendrá por casualidad una barca? —le espetó Aurora en un alarde de irrefrenable espontaneidad, como para probar su discreción.

Él no contestó, se limitó a sonreírle de nuevo mientras volvía a subirse a su coche. Aurora esperó a que se marchara antes de entrar en su casa para ponerse cómoda.

Subió a la terraza, le encantaba sentir el viento impetuoso sobre su piel mientras se deleitaba con una copa de vino. A esa hora, el mar, surcado por algunos veleros, bullía de actividad a sus pies. Su color turquesa le recordaba la tonalidad de una joya, cristalina, brillante, apetecible, pero al punto reparó en el libro que le había regalado Palatucci. Era una mujer eminentemente práctica y odiaba los acertijos, aun así cogió aquel pequeño volumen y se sentó en un sillón para descubrir qué había querido decirle con aquello. Descubrió unas ilustraciones de animales imposibles, casi monstruosos, pero de una siniestra y bella factura. Algunos los reconoció por su parecido con las gárgolas que adornan las catedrales, pero la mayoría eran desconocidos para ella. Se sorprendió de la crudeza de sus descripciones y los hechos atroces que se relataban. Seres demoníacos, cuyo único afán era devorar a incautos humanos que tenían la desgracia de cruzarse en su camino y entonces empezó a comprender. ¿Sería ella una de esas incautas? Y de ser así, ¿cuál de aquellas

bestias le habría tocado en suerte? Repasó una a una las ilustraciones intentando adivinar, hasta que relacionó una de ellas con el motivo: la Quimera, ¿qué si no? A fin de cuentas, era el nombre que los lugareños le daban al barranco sobre el que se asentaba el fiordo de Tremore.

Se paró sobre el dibujo pero, lejos de aterrarla, descubrió un ser noble, de porte regio. Sobre un cuerpo indefinido de estilizada figura, tres cabezas: la principal de león, majestuosa y fiera; sobre el lomo, la cabeza de un macho cabrío coronada por unos poderosos cuernos negros y por último, en la cola, un llameante dragón que también prestaba sus diabólicas alas a la bestia.

Fascinada, intentó seguir leyendo para descubrir más sobre aquel fantástico animal. La leyenda contaba que la Quimera podía comunicarse mediante el lenguaje mágico de los dragones, aunque no se paraba a hablar con criaturas de naturaleza inferior. Normalmente se alimentaba de la carne de los animales que cazaba, aunque podía, en época de escasez, alimentarse de las hierbas de los prados gracias a su cabeza de carnero. Peligrosa en el combate, la Quimera utilizaba sus poderosas zarpas de león para desgarrar a cualquier hombre de un solo barrido. También utilizaba los cuernos de cabra para herir y golpear, pero la más temida era la cabeza de dragón, capaz de abrasar a cualquiera con su aliento de fuego. Dependiendo del ser dominante, vivía sola o en manadas, con las que fraguaba sus terribles ataques.

Lo que más le sorprendió fue la descripción de la principal de sus manías: acumular tesoros. Aprovechaba las monedas y joyas arrebatadas a sus víctimas, sin otro fin que formar montañas doradas con ellas.

Aurora cerró el libro. Ahora más que nunca debía volver a hablar con Antonio. Necesitaba respuestas y él era el único capaz de proporcionárselas, o al menos eso pensaba. Esta vez no iría tan a ciegas; su entrevista con Palatucci y aquella lectura tan reveladora le permitirían ser más certera en sus preguntas. Solo necesitaba ser algo más insistente para que, de una vez por todas, le desvelara el secreto que se cernía sobre el que todavía consideraba su marido.

CAPÍTULO 10

Durante el tiempo que transcurrió hasta la llamada del inspector Quiroga, todo fue una locura: exámenes finales, reuniones del claustro, evaluaciones, charlas con los padres... Y noches interminables en las que las elucubraciones se abrían paso sin permitirse un descanso. Aurora estaba desquiciada, sin saber si daría con sus huesos en un pueblo remoto de El Bierzo o, por el contrario, acabaría yendo a Italia, en una delirante búsqueda de algo que ni siquiera tenía claro.

Los fantasmas empezaron a revolotear en su cabeza y el del que fue su marido no era el menor de todos ellos. Su recuerdo comenzó a desdibujarse y empezaron a cobrar sentido pequeños detalles que pasó por alto por irrelevantes, o eso pensó cuando, ilusionada, solo tenía puestos los sentidos en disfrutar de aquella relación o de cómo sería el vestido de novia después de haberle pedido que se casara con él.

Aurora repasó uno a uno los momentos vividos, reconociéndose irreflexiva y algo inconsciente. ¿En qué momento había perdido el norte cuando aceptó unirse a él? se repetía constantemente. No, no fue un acto de locura, aunque debió de haber hecho ciertas preguntas antes de dar el sí quiero. Ahora ya daba igual, pero tenía que buscar alguna excusa para seguir adelante, para que, hiciera lo que hiciera, todo tuviera sentido.

Andrea, ella seguía llamándole así, era insistente y a pesar de su prudencia, no pudo resistirse a que cada tarde, al salir del colegio, la estuviera esperando con un ramo de flores o alguna fruslería que, por repetitiva, no dejaba de entusiasmarla. Lo hubiera negado, pero aquellos detalles se convirtieron en droga blanda para ella; simplemente los necesitaba.

Siempre había alguna sorpresa, como aquel viaje relámpago a Madrid un viernes por la tarde. No le dio tiempo ni a cambiarse, la montó en el coche y no paró hasta dejarla en la misma Plaza Mayor, para invitarla a cenar en uno de sus típicos restaurantes. Luego, a buscar un establecimiento en la Gran Vía para comprar con prisas alguna muda antes de ir al hotel. Todo era así, sin planificar, a golpe de tarjeta y eso de no tener que depender del dinero lo hacía mucho más fácil. Con él conoció facetas de la vida que quizá hubiera

tardado más en descubrir o que, simplemente, nunca se hubieran presentado: la ópera en el Real, montar a caballo en un picadero de Segovia y luego comer un cochinitillo de esos que se parten con el plato en el Mesón de Cándido y, sobre todo, aquel viaje a París, donde le entregó un anillo en lo más alto de la Torre Eiffel. Era el pedrusco más grande y vulgar que había visto en la vida, pero que no se quitó jamás a pesar de engancharse con todos sus jerséis de punto.

Afortunadamente, las ocupaciones de Andrea no interferían en su trabajo y siempre estaba a su disposición cuando lo requería. ¿Quién no hubiera firmado esas condiciones? Solamente durante los fines de semana parecía estar ausente. Leía con fruición las páginas salmón de los periódicos y alguna gaceta de negocios en inglés, para luego enfrascarse en su ordenador y controlar sus inversiones. Aquel era un mundo ajeno para Aurora al que, simplemente, no quiso asomarse. Detestaba los índices bursátiles y aborrecía los mercados de futuros; le parecían un juego más próximo al Bingo que un medio para ganarse la vida, pero el dinero fluía, y no poco. Sentía curiosidad por saber el monto de su fortuna, pero consideraba de mala educación preguntar, incluso después de haberse comprometido. Quizá nunca las tuvo del todo consigo y sospechaba, aunque fuera de forma inconsciente, que aquello no era dinero ganado de forma honrada. El dinero fácil se va más fácil aún, le repetía su padre de pequeña, pero obvió el comentario antes de que Andrea le anticipara una respuesta que, en el fondo, no deseaba saber.

Todo se desbocó a la vuelta de París. Un buen día apareció Andrea más contento de lo normal. Parecía como si le hubiera tocado la lotería o hubiera cerrado el negocio de su vida pero, como siempre, evitó comentar el origen de su entusiasmo. Invitó a champán a todos sus compañeros y cuando Aurora le preguntó el motivo, él simplemente deslizó un sobre en sus manos. Otro regalo, pensó, pero de la envoltura cayó un manojito de llaves. Aquella fue la primera y última bronca que tuvieron. Andrea había comprado un piso en la céntrica calle de San Juan, el verdadero corazón de la ciudad y no era una zona barata. Pretendía ser su futuro hogar, como así fue, pero a ella le molestó que no le hubiera consultado, apabullándola de esa manera delante de sus amigos. Cualquiera hubiera querido cambiarle el sitio, pero su dignidad le impedía aceptar aquello como una simple sumisión.

Después de dos semanas sin hablarse y la intercesión de Laura, su mejor

amiga, acabó aceptando aquel lugar como su próximo destino. Era un apartamento grande y luminoso al que no le faltaba el mínimo detalle. Andrea, seguro de que al final Aurora acabaría aceptándolo, lo había dotado de lo último en domótica pero, como compensación, tuvo el detalle de esperar a que ella eligiera los muebles en alguna de las tiendas más exclusivas de la ciudad; no reparó en gastos. ¿Cómo resistirse? Visto lo visto, ya solo quedaba fijar la fecha de la boda.

Pese a ser un clásico, el tema de los esponsales le aterraba un poco. Dejó hacer a Aurora, aunque no insistió en fijar una fecha. Él hubiera preferido que se hubieran ido a vivir allí sin más, pero comprendía las inquietudes de una chica joven, ilusionada con vivir su gran día. Tan solo le pidió que esperara a tener los papeles para el enlace; debía hacer innumerables trámites en Italia antes de poder formalizar la boda y quería estar seguro de que todo iría bien. Ella aceptó y esperó paciente hasta que le confirmó que ya podía seguir con los planes. Luego vino la lista de invitados y la decepción porque no se presentara nadie de su familia. Aurora se hartó de insistir, pero no obtuvo más respuesta que la imposibilidad de que asistiera su tío, ya anciano, y un primo que, por lo visto, tenía más obligaciones que el Papa. Al final tuvo que hacerle de testigo un compañero de Aurora y con los miembros de su propia familia se suplieron las ausencias italianas. Fue el día más maravilloso de su vida. Aurora estaba radiante y Andrea tan guapo que por poco le da un síncope al verlo esperando en el altar. ¿Qué más podía pedir a la vida? Todo le había salido a pedir de boca y ella era la novia más dichosa.

Después de una loca luna de miel en Las Vegas, llegó la tan ansiada vida de casada, que ella no notó como extraña. Siguieron las mismas rutinas de antes: flores, regalos, escapadas y sorpresas a doquier, tantas que alguna vez deseó tener algo menos de posibles para saber lo que se sentía cuando, haciendo una vida en común, había que planificar las prioridades como lo hacían el resto de sus amigas. En realidad no tuvo ni un momento para plantearse que aquello no era más que una fantasía hecha realidad, un sueño del que debería despertar en algún momento, como así fue.

Solo la muerte de Andrea la devolvió a la realidad; la cruel realidad en la que se vio como una ilusa, una inconsciente que ahora se culpaba por ello, por no haber sido capaz de preguntar, de rechazar aquel tren de vida que ella no podía llevar y que él se empeñaba en enmascarar entre sorpresa y sorpresa.

Ahora, aquel espejismo se diluía como azúcar en agua y ya no estaba segura de dónde quedaba el amor que sentía por Andrea. ¿Realmente lo quiso o tal vez fue el oropel en el que envolvió ese amor lo que pesaba más en esa relación? Daba igual, cuando Nicola ocupó el lugar de Andrea, todo se desvaneció como la bruma al calor del sol. No quedó nada, solo los recuerdos que, de tan huidizos, necesitaban de las escasas fotos que se hicieron para que no se evaporaran.

Todo aquello, más que dolor, le causaba vergüenza, como la que siente el «pringado» de un timo. Por eso necesitaba probarse antes de aceptar la conmiseración de sus amigos. Necesitaba como el comer la llamada del inspector y, cuando esta llegó, no pudo por menos que alegrarse al comprobar que no tendría que salir, por el momento, con el rabo entre las piernas hacia un remoto lugar de León.

—Buenos días, Aurora —dijo el inspector Quiroga al descolgar.

—¿Sabe algo? —preguntó expectante Aurora.

—Ha sido dificultoso, pero he podido conseguirle lo que quería. Todo queda paralizado hasta que vuelva de Italia con algún tipo de respuesta.

—Muchas gracias, inspector.

—No me las de. Lo que va a intentar es una locura y no hay ninguna garantía de que vaya a funcionar. Solo tiene esta oportunidad, luego deberá regresar para incorporarse a la escuela de ese pueblo de El Bierzo.

—Creo que será más que suficiente.

—Ya veremos... De momento viajará a Tremore. La policía italiana, mediante una agencia de alquiler de Nápoles, ha podido conseguirle una casa en el mismo pueblo, así no levantará sospechas. Deberá hacerse pasar por una turista de vacaciones. Su identidad o cualquier excusa que necesite es mejor que la idea usted misma para que no se encuentre cohibida. Una vez allí, estará sola. No intente recurrir a las autoridades a las mínimas de cambio, eso alertaría a la gente que pretendemos investigar, hágalo solamente si ve peligrar su vida. Deberá mantenerme informado constantemente; yo haré de enlace con los italianos y recuerde lo peligroso de la operación. Ya sé que está decidida, pero permítame que insista sobre la locura que está dispuesta a cometer. No intente hacerse la valiente, usted no es ningún agente secreto ni nada que se le parezca, ¿entendido?

—Procuraré no olvidarlo... ¿Cuándo debo marchar?

—En una semana. No se preocupe, antes de que lo haga tendremos una entrevista en la que repasaremos todos los detalles.

—Gracias, inspector. Creo que podré hacer algo útil, por el caso y por mí misma.

Cuando aquella noche se retiró a dormir, algo en su interior había cambiado. Ya no sentía tanto dolor y todos sus sinsabores habían dado paso a una pequeña ilusión que la reconfortaba, que la hacía congraciarse consigo misma.

CAPÍTULO 11

Aurora estuvo toda la mañana nerviosa, subiendo y bajando la escalera como si fuera a encontrar la inspiración en algún rincón de aquella casa. Sabía perfectamente que debía hablar con Antonio, pero la última visita al viejo cascarrabias le hacía dudar de la conveniencia de volver a encontrarse e intentó buscar alguna excusa convincente para abordarle sin que la echara a patadas. Escribir una novela sobre su sobrino no parecía la mejor carta de presentación y aquel tipo era del todo contrario a cualquier afán de notoriedad. Averiguar con preguntas, siempre incómodas, algo sobre el cacique local solo empeoraría su perpetuo enfado con la vida, así que, sin pensarlo más, cogió las llaves de casa y dando un portazo, enfiló la calle abajo. Si le daba más vueltas al asunto iba a volverse loca y si no lo intentaba, todo habría sido en vano.

Cuando se plantificó en la puerta de Antonio, sintió un gran vacío en el estómago, que no había vuelto a experimentar desde la última vez que subió a una noria. Respiró profundamente un par de veces y llamó enérgicamente a la puerta con los nudillos. Esperó paciente a que abriera y ni siquiera la demora hizo que se moviese del sitio. Cuando Antonio asomó la cabeza, ella lo clavó con los ojos. Estuvieron aguantándose la mirada durante unos segundos hasta que él se atrevió a preguntar.

—¿Qué quiere?

—Por favor, Antonio, necesito hablar con usted —le dijo con recato, intentando desarmar su coraza.

—Ya hablamos lo suficiente el otro día. No tengo nada más que decir.

Aurora, dándolo todo por perdido, hizo un último intento antes de que Antonio le cerrara la puerta en las narices.

—Antonio, tengo algo importante que decirle...

—¿El qué? —dijo mientras dejaba un resquicio antes de dar el portazo—. No hay nada que me interese.

—Yo era la mujer de Nicola...

Antonio fue abriendo la puerta despacio, en silencio, como si aquella

revelación hubiera dado respuesta a alguna de sus plegarias. Sus pequeños ojos verdes, hundidos en las órbitas, comenzaron a humedecerse sin dejar caer una sola lágrima. Su mirada ya no era de desagrado y se volvió indefensa como la de un niño. Se giró dejando la puerta franca y Aurora lo siguió hasta el patio.

Sentado en uno de los sillones de mimbre, con la cabeza gacha, esperó hasta tener delante a Aurora para balbucear una sencilla pregunta que le confirmase lo que había oído.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

—Me mintió... ¿Por qué ha venido aquí?

—Tuve que hacerlo. Necesitaba averiguar por qué lo mataron.

Antonio dejó caer una lágrima que descendió entre los surcos de su cara ajada. Todavía no había asimilado la muerte del que consideraba como a su propio hijo y, tragándose la pena, continuó hablando.

—Jamás llegamos a saber quién fue su mujer, ni cómo se llamaba...

—Supongo que Andrea quiso protegerme.

—¿Andrea?

—Así decía llamarse. En realidad yo me casé con Andrea, no con Nicola. Solo conocí su verdadero nombre después de...

—Ha dicho que Nicola... Bueno, Andrea, quería protegerla. ¿Por qué?

—La policía piensa que quien lo hizo todavía puede tomar represalias conmigo y al final no tuve más remedio que ofrecerme para hacer este paripé. Pensé que me sería más fácil, pero reconozco que me está costando demasiado. Usted es el único que puede echar algo de luz en este turbio asunto. Solo espero que no me delate. Si llegara a saberse, tal vez corra la misma suerte que su sobrino.

—No se preocupe, no diré nada. Pero ahora soy yo el que necesita saber qué pasó. Por qué no supe nada de Nicola hasta que llamó la policía para darnos la noticia de su muerte.

—Yo poco más puedo decirle. Ejercía como maestra en una pequeña ciudad cuando lo conocí y me enamoré perdidamente de él. Tenía un encanto especial que hizo que me olvidara de todo lo demás. No necesité preguntar por su pasado ni la clase de familia a la que pertenecía. Era tan autosuficiente que

acabó por llenarme de tal manera que me sentí completa por primera vez en mi vida.

—Sí. Nicola era así como lo ha descrito; un encantador de serpientes.

—Para cuando me di cuenta ya estaba casada. Aparentemente se dedicaba a administrar la cuantiosa fortuna que le habían dejado sus padres y sus inversiones nunca despertaron en mí ninguna sospecha.

—Él nunca fue rico. Ni sus padres ni yo tuvimos un céntimo.

—Ahora lo sé, pero tengo que reconocer que su generosidad llegó a obnubilarme y permanecí ciega mientras satisfacía hasta el último de mis caprichos. Cuando murió, cayó la venda de mis ojos mientras la policía me desgranaba los motivos aparentes de su muerte. De repente me di cuenta de que mi matrimonio no tenía validez, que él no era quien decía ser y que el dinero que manejaba tal vez tuviera un origen turbio.

—¿Lo quería?

—No lo sé. Ahora no lo sé con certeza... Mi mundo se ha dado la vuelta, pero si echo la vista atrás, posiblemente volviera a hacer lo que hice. Andrea o Nicola, me casaría otra vez con él. Sí, creo que sería capaz de perdonarle una mentira tan grande como esta.

—Sé muy bien de lo que habla, Aurora. Yo también le perdoné cuando se dejó seducir por los cantos de sirena de don Orazio Palatucci, pero en aquel momento supe cómo acabaría todo. En su descargo diré que no dejaba de ser un hombre y, como tal, cayó víctima de la ambición.

—Dígame, Antonio. ¿Cuál es el enigma que parece rodear este pueblo? Tal vez, si lograra comprender lo que pasa, obtenga la respuesta que he venido a buscar.

Antonio se levantó para preparar un café, como en un intento de ganar tiempo para pensar cómo debía revelarles el secreto que todo Tremore había guardado desde tiempo inmemorial. No dejaba de ser una extraña, pero se sentía en deuda con ella. Sabía que estaba en peligro, lanzándose a tumba abierta al sincerarse, pero el secreto de Tremore era más importante que cualquier vida y todos allí harían lo imposible para que la vida siguiera como siempre.

Mientras tomaban café, Aurora le relató su visita a Palatucci y la entrevista que había mantenido con él. Antonio permanecía atento,

observándola entre una mezcla de incredulidad y pena, al constatar que ya estaba metida hasta el cuello en una aventura de la que difícilmente podría salir indemne, al menos emocionalmente. El hechizo que poseyó a Nicola también había hecho mella en ella y ya nada sería igual.

—Y al final —dijo Aurora—, me regaló un libro, un bestiario medieval. Deduje que sería una especie de acertijo que tenía algo que ver con el dichoso fiordo al cual nadie está dispuesto a llevarme. Disculpe que insista, pero es muy importante para mí. Debo saber lo que se cierne sobre ese lugar. Qué hay allí que nadie desea que vea ni conozca.

—Está bien, está bien, le diré lo que sé... Cuentan que, cuando Garibaldi entró en Nápoles, tras derrocar al último rey de las Dos Sicilias, sus tropas se dedicaron al saqueo. Se llevaron todo el oro del Banco de Nápoles que, a la sazón, era uno de los más ricos de Europa. Cuando el pillaje amenazaba con sumir al país en la anarquía, tuvieron que echar mano de la Camorra, improvisando una especie de policía para salvaguardar el orden. Fíjese, ¡la Camorra haciendo de policía! ¡Menudo disparate! Lo que no se pudo llevar Garibaldi para engrosar las arcas de ese cerdo piemontés, lo hicieron los propios napolitanos. Dicen que las joyas de la Corona, depositadas en el Banco, amén de otros tesoros rapiñados del Palacio Real, acabaron en manos de esa banda de forajidos, que escondió el botín en algún lugar de esta costa. Para cuando se estableció el nuevo reino de Italia, la historia ya se había convertido en leyenda.

—¿Cree que eso guarda relación con el fiordo?

—Aquí todo el mundo lo cree así. De hecho, en tiempos de mi abuelo, estuvieron buscando ese tesoro por toda la región, aunque siempre se sospechó que se había ocultado en una cueva de la garganta de la Quimera, lo que hoy se conoce como el fiordo... Las casas que hay allí son muy posteriores. Se construyeron aprovechando las cavidades para transformarlas en viviendas, excepto un viejo molino del que hoy solo quedan ruinas. De ello se encargó la familia Palatucci, la única con acceso a ese sitio. El resto siempre tuvimos vedada la entrada, salvo si trabajabas directamente para ellos. De todos modos, la gente mantuvo la boca cerrada. A cambio, los Palatucci siempre fueron generosos con los habitantes de Tremore. Se convirtieron en una especie de mecenas sin los que era difícil hacer nada. Fue un silencio comprado.

—¿Cree que la fortuna que manejaba Nicola pudo salir de ese sitio?

—No lo sé, pero le puedo asegurar que ni sus padres ni yo éramos ricos.

—¿Usted me acompañaría al fiordo?

—¡Ni hablar! ¿Ha perdido el juicio? Eso es terreno prohibido. Don Orazio nunca lo permitiría. Si llegara a enterarse...

—Él me ofreció llevarme, pero no me fío. Sé que intentará escamotearme información sobre lo que allí se oculta.

—Lo siento, Aurora, pero no puedo granjearme su enemistad. Él considera que ese sitio le pertenece y no tolerará que nadie ajeno meta sus narices en lo suyo.

—Le comprendo y no voy a pedirle que se ponga en una situación incómoda. Ya me las apañaré sola.

Antonio se encogió de hombros, aliviado porque Aurora había dejado de insistirle. Podía comprender su afán, pero sabía que aquello no acabaría bien y no tenía forma de pararla. Si hubiera tenido unos cuantos años menos y la energía suficiente para comenzar de nuevo, habría hecho lo mismo que su sobrino, a fin de cuentas solo se vive una vez y valía la pena alcanzar un sueño.

—Aurora, quizá debería olvidarse de todo y regresar a España. Nada de lo que haga podrá devolvernos a Nicola.

—No. Ahora que estoy tan cerca de averiguar lo que realmente le sucedió, no voy a rendirme.

—Que tenga suerte, hija; la va a necesitar. Es muy posible que, a estas alturas, Palatucci haya averiguado quién es realmente. Yo de usted me andaría con mucho cuidado.

Aurora se marchó, al menos con ciertas respuestas. ¿Serían ciertas las historias de esos fabulosos tesoros? ¿Fue capaz Nicola de poner su vida en riesgo por alcanzar un sueño? En ese momento se dio cuenta de que la cabeza le iba a estallar. Eran demasiados interrogantes los que se abrían con cada dato que iba averiguando, tantos que no se dio cuenta de que había llegado a su casa sin notar la fatiga del ascenso. Ya empezaba a acostumbrarse a las interminables cuestas de Tremore y decidió alargarse hasta la plaza del pueblo. No tenía fuerzas para volver a encerrarse en su casa con sus pensamientos, ociosa y sin saber qué hacer.

Cuando se sentó en la terraza de *La Manticora* no había demasiada gente, pero ella lo prefería así, necesitaba aire para respirar y cualquier atisbo de aglomeración la hubiera ahogado. Echó un vistazo por encima de la barbacana que la separaba del abismo y volvió a contemplar el mar, ese mar que, confundido con el intenso cielo, parecía lo único puro que había allí. Necesitaba alguna señal y escrutó, como solía, las escasas nubes que daban pinceladas de blanco a un cielo despejado. En ese momento, una voz la sacó nuevamente de su ensimismamiento, pero esta vez la reconoció de inmediato.

—¿Soy inoportuno? —preguntó el chofer de don Orazio.

—Francesco... Qué alegría verlo de nuevo —dijo de forma espontánea—. Por favor, siéntese conmigo. ¿Tiene el día libre?

—Algo así, aunque en cualquier momento mi jefe puede darlo por finalizado —dijo mostrándole un teléfono.

—Ya veo. Por lo visto es un trabajador *full time*.

Aurora apoyó su barbilla sobre la mano y se le quedó mirando. Por su aspecto, era de una edad similar a ella y, además, terriblemente guapo. Moreno, con el pelo perfectamente arreglado, quizá como le gustaba a su jefe. Su cara angulosa terminaba en un mentón con un gracioso hoyuelo que se movía cuando sonreía. En aquel momento sintió vergüenza de aquellos pensamientos y desechó esas ideas. A él no pareció importarle que Aurora lo mirara en silencio y siguió hablando como si aquello no fuera con él.

—Dígame, ¿ha venido aquí de vacaciones?

—¿No le ha contado nada su jefe?

—No. No suele compartir sus asuntos con los empleados.

—Soy escritora. He venido en busca de inspiración y supongo que, cuando haya dado algunas pinceladas a mi nueva novela, volveré a España. Pero, de momento, pienso quedarme todo el verano.

—Por favor, ¿por qué no nos tuteamos? —sugirió Francesco.

—Estupendo, lo prefiero... Bueno, Francesco, dime, ¿a qué te dedicas cuando no estás trabajando para el señor Palatucci? Supongo que tendrás alguna afición.

—Mi trabajo es demasiado absorbente, pero algún día me gustaría dedicarme exclusivamente a la pintura. Cuando pueda, pienso marcharme a Nápoles o tal vez más lejos, a Roma o Milán. Quiero retomar mis estudios de

arte.

—Así que eres pintor, qué interesante.

—Sí, pero es muy difícil poder vivir de esto, sobre todo empezar. Quiero reunir dinero suficiente para alquilar un estudio y sobrevivir hasta que pueda hacerme un hueco en este mundillo.

—Es un bello sueño. Merece la pena intentarlo. ¡Quién sabe! Quizá estoy sentada delante de un futuro Picasso...

—Ya querría, aunque prefiero el paisajismo, quizá porque estoy rodeado por uno de los horizontes más bellos.

—¿Son tuyos los cuadros que había en casa del señor Palatucci?

—Sí. Él me ha ayudado mucho. Le encantan mis pinturas, o eso dice. Me pagó una buena suma de dinero por ellos.

—Dime, ¿tienes un estudio donde pintas?

—Sí y no está lejos de aquí. ¿Te apetece venir? Podría enseñarte lo que tengo pintado.

—Está bien, quizá resulte divertido.

Ambos enfilaron una calle arriba de la plaza. Allí, al estrecharse el paso, comenzaron una serie de escaleras que parecían colocadas sin ton ni son, salvando los accidentes del terreno y, en cada quiebro, una minúscula placita repleta de macetas con frondosas plantas salpicadas de flores, que resaltaban sobre las frescas casas encaladas. Sillas de enea sin dueño hacían guardia en algunas puertas, mientras un bullicio sordo se oía procedente de los recoletos patios. Todo sonaba a vida, olía a vida. Aurora perdió la cuenta de aquellos descansillos entre escalones blanqueados, cuando Francesco se paró en una de las casas. No parecía gran cosa, pero ya sabía que engañaban por fuera y subió paciente una empinada escalera hasta llegar a un espacio diáfano, regado con una luz tan intensa que era imposible de tamizar por la cortina que comenzó a ondear cuando Francesco abrió la ventana para que el fuerte olor de los pigmentos no la molestara.

—Este es mi reino... —dijo él mientras le mostraba el estudio con los brazos extendidos.

Un cuadro de gran formato descansaba sobre el caballete. Sin duda era en el que estaba trabajando y tan solo mostraba trazas abocetadas de un posible paisaje. En el suelo, apoyados en las paredes, distintos lienzos se

amontonaban esperando la vez para colgar de una pared. Una mesa grande de madera cobijaba cientos de cubiletes de pinturas, algunas ya reseca, y botes repletos de toda clase de pinceles listos para romper la virginidad de las telas.

Aurora recorrió la estancia sin reparar en aquella especie de caos. A pesar del desorden, todo parecía en perfecta armonía y se dejó embelesar por el penetrante aroma de los acrílicos y disolventes. Francesco dejó que Aurora se acercara al montón de cuadros apilados con una mezcla de curiosidad y emoción.

—¿Puedo? —preguntó pidiendo permiso para curiosear.

—Claro, lo estás deseando... Mientras los ves, ¿te apetece una copa de vino?

—Sería estupendo.

Francesco se dirigió al pequeño frigorífico camuflado entre utensilios de pintura y sirvió dos copas, mientras Aurora escarbaba entre los lienzos. Los paisajes no le gustaban demasiado, quizá porque prefería verlos al natural y, a pesar de que eran realmente buenos, los fue pasando como el que mira un catálogo. Al fin se paró en uno y tomándolo entre sus manos, lo colocó sobre un caballete vacío para observarlo mejor. Representaba a una mujer joven posando de espaldas, con una sábana que apenas la cubría. Una larga melena oscura caía como un chal sobre sus hombros, dándole la sensualidad que la ausencia de sus pechos le negaba.

—Es maravilloso —soltó emocionada—. No entiendo mucho de pintura, pero me parece un retrato magnífico. Me recuerda a un cuadro de Velázquez... ¿Quién es la modelo?

—¿De verdad te gusta? Pienso que no es de mis mejores obras y no, no es nadie especial, si es lo que estás pensando. Es mi hermana, que posó a regañadientes para mí. Me costó convencerla y tuve que sobornarla con un fin de semana en Nápoles, desde entonces no he vuelto a hacer otro; me salió muy caro.

Aurora se sonrió sin dejar de mirar el cuadro, al mismo tiempo que intentaba beber un sorbo de la copa que Francesco le puso en la mano.

—¿En qué piensas? —preguntó el pintor—. A lo mejor te gustaría ser mi modelo.

—¿Desnuda?

—¿Te importaría?

—Nunca he posado, desnuda quiero decir. Lo hice para un amigo aficionado a la fotografía. Me gustó verme en su exposición, aunque si tuviera que hacerlo ligera de ropa no te saldría nada barato.

—¿Y cuánto piensas cobrarme? Soy un pintor pobre...

—¿Quién ha hablado de dinero?

—¿Qué quieres entonces?

Se hizo un breve silencio. Aurora se percató de la situación. No debía deslizarse por aquella pendiente demasiado fácil y devolvió el cuadro a su sitio para indicar, inconscientemente, que aquello no estaba bien.

—Dejémoslo así. Creo que será mejor que sigas con tus paisajes; se te dan muy bien.

—Entonces, ¿ya no vas a servirme de modelo?

—Dejaré que medites de qué manera puedes convencerme. Ahora debo regresar a casa, tengo muchas cosas que hacer —dijo Aurora, dando por terminada la visita.

—Como quieras. Te acompañaré.

Desanduvieron en silencio el camino hasta llegar a casa y Aurora se giró antes de abrir, apoyando su espalda en la puerta.

—He pasado un rato muy agradable. Me ha encantado tu estudio —dijo.

—Podemos volver a repetirlo cuando quieras.

Francesco descansó el brazo sobre la pared, dejando vencer su cuerpo muy cerca de la cara de Aurora, como si tuviera intención de besarla, pero se contuvo. Ella sonrió complacida y se giró para meter la llave. Sabía que había iniciado un juego peligroso, pero le gustaba aquel coqueteo sin malicia. Cuando cerró la puerta, se quedó inmóvil. Sabía que él, al otro lado, tampoco se había movido del sitio, como si la puerta fuera a abrirse de un momento a otro.

Cuando oyó arrancar el motor del coche, subió hasta su habitación y se desvistió lentamente dejando volar su imaginación. Por primera vez, después de la muerte de su marido, había vuelto a pensar en un hombre que no era él y a pesar de no desagradarle, sintió que traicionaba su recuerdo. Lo que fuera que la trajo allí se estaba convirtiendo en tarea casi imposible y lo que empezaba a descubrir de su marido no le gustaba demasiado. Esperaría. No

tenía nada mejor que hacer.

CAPITULO 12

El inspector Quiroga se empeñó en acompañarla hasta el aeropuerto. Intentó, hasta el último minuto, que Aurora desistiera de viajar a Italia. No dudaba de su capacidad, pero temía que aquello se les escapara de las manos por no saber a qué se enfrentaban.

Habían sido varios meses de trato directo y el inspector ya no sentía su relación hacia ella como la de un investigador con la víctima. Si en un primer momento le conmovieron las circunstancias, ahora estaba preso de admiración por su arrojo y constancia. Cuando el dolor dejó paso a la serenidad, Aurora le pareció más bella. Una pátina de madurez había exagerado, más si cabe, sus duros rasgos y eso le «ponía» tanto como si ella exhalara un potente rastro de feromonas haciéndole perder la cabeza. Intentó comportarse como se suponía que debía hacerlo un buen profesional y jamás la apeó del trato, aunque se moría de ganas de gritarle lo que sentía.

La recogió en la puerta de su casa y por la cantidad de equipaje que se amontonaba, dedujo que se había tomado en serio su papel de detective *amateur*. El trato solo le permitía permanecer en Italia poco más de dos meses y a principios de septiembre, si no descubría nada consistente, la obligaría a aceptar el programa de protección de víctimas que, con tanto esfuerzo, había pergeñado para su seguridad.

El trayecto, de poco más de una hora, se hizo eterno. Adolfo luchaba consigo mismo para no decir nada inconveniente que alterara una relación estrictamente profesional, mientras Aurora comentaba su viaje como si realmente se fuera de vacaciones. Él no sabía si lo hacía por pura inconsciencia o porque realmente así conjuraba los miedos que inevitablemente debía sentir.

—Inspector, ¿cree que hará excesivo calor en Tremore?

—Jamás he estado allí, pero supongo que hará calor, como en todas partes.

—Lo digo porque no sé si he cogido demasiada ropa... Quizá vuelva sin haber usado la mitad.

—Por suerte no la va a llevar a cuestas hasta Italia, si no se hubiera ido

con lo puesto.

—Muy gracioso, inspector. Solo quiero que todo salga perfecto y una mujer, sin la ropa adecuada, es como si fuera desnuda o peor aún, hecha un adefesio y eso es imperdonable. Los hombres, en cambio, con un par de pantalones y alguna camisa ya van arreglados...

—Le recuerdo, Aurora, que este no es un viaje de placer.

—Con mayor motivo. Si tengo que desplegar mis armas de mujer para poder sonsacar algo, quiero que me tengan en cuenta y no piensen que tienen delante a un mamarracho.

—Mujeres... —musitó el inspector Quiroga para que no la oyera.

Cuando llegaron al aeropuerto, Adolfo la invitó a sentarse en un discreto rincón de la cafetería de la terminal, alrededor de una taza de té. Él estaba inquieto, nervioso, como si supiera que algo saldría mal. Durante la enésima vez que intentó recordarle el plan, Aurora tuvo que interrumpirlo, hastiada y nerviosa a partes iguales.

—Creo que ya es suficiente, inspector. Lo recuerdo todo de pe a pa. De todas maneras, una vez allí, seguramente tendré que improvisar.

—Tiene razón, solo intento que salga todo bien. No podría perdonarme si le pasara algo. Ya sabe que la aprecio y durante estos meses yo...

Aurora se percató de que el inspector Quiroga quería decirle algo e intentó facilitarle que se explicara.

—Dígame, ¿qué le inquieta? Soy yo la que debería estar nerviosa y le veo a usted hecho un flan.

—Aurora, ¿le importaría que nos tuteáramos?

—¿Era eso? Haber empezado por ahí. Tienes razón, Adolfo, han sido muchos meses con esta investigación y creo que nos conocemos lo suficiente para hacerlo.

—Gracias, pero no es eso de lo que quería hablarte.

—¿Y bien? Me tienes en ascuas...

—Sé que este no es el mejor momento para decirte esto, pero tengo miedo de que no tenga mejor ocasión para hacerlo. Yo... —le dijo, mientras le apretaba las manos para que no se desvaneciera como un espectro.

Aurora sabía perfectamente lo que seguía después y quiso evitarle el mal trago al inspector, que ya tenía la cara sonrojada y le corrían por la frente

gruesas gotas de un sudor frío.

—Lo sé y te agradezco tu interés. Sí, tendré cuidado y regresaré sana y salva... ¿Era eso lo que intentabas decirme?

—Eso era... Gracias por entenderme. —dijo Adolfo entre aliviado y contrariado por no atreverse a decir lo que quería.

Cuando Aurora subió al avión, desechó de su mente cualquier cosa que no fuera lo que tenía que hacer. No podía evitar que aquel hombre, que casi se había convertido en uno de sus mejores amigos, tuviera sentimientos hacia ella, pero no podía o no quería tenerlos en cuenta.

A parte de su voluminoso equipaje, se llevó consigo una fotografía de su esposo; quería tenerlo presente, saber que era por él por quien hacía todo esto. Todavía estaba confusa y ni siquiera había aclarado lo que sentía por aquel tándem que ahora formaban Andrea y Nicola, una misma persona y dos personajes tan diferentes al mismo tiempo. De lo que hiciera en Italia dependía que prevaleciera el uno o el otro, pero estaba segura de que no volvería a casa con las manos vacías.

CAPÍTULO 13

El tedio que suponía estar en casa sin poder hacer nada le crispaba los nervios. Esperaba desde hacía días la llamada de don Orazio pero, al parecer, este había decidido administrar los tiempos para sacarla de sus casillas, incluso se atrevió a emborronar unas cuartillas por si alguna vez tenía que demostrar que había venido hasta allí para escribir. Hubiera aceptado cualquier cosa con tal de salir de aquella rutina cuando, un par de días más tarde, Francesco volvió a aparecer por su casa para proponerle hacer una visita a Amalfi. Llevaba muchos días en Tremore, obcecada por descubrir el misterio y no conocía nada de la *Costiera*, olvidándose por completo de que estaba en uno de los rincones más bellos del mundo.

Sin permitirse la duda, se enfundó un vestido blanco con un discreto estampado floral de reminiscencias *pin up*. Él, servicial como siempre, la invitó a subir sin mediar palabra. Cuando salieron del pueblo, Aurora comenzó a sentirse ligeramente incómoda y nerviosa, mientras retorció la cadena de su pequeño bolso de mano al contemplar el paisaje que desafiaba, en cualquier curva, la ley de la gravedad.

—Es impresionante —dijo Aurora con la sensación de vacío instalada en su estómago—. Aunque preferiría que no te acercases tanto al borde del precipicio.

—Tranquila, es natural que aterrorice a los que pasan por primera vez por aquí —dijo Francesco mientras sonreía al ver a Aurora con la vista fijada en el fondo del acantilado—. En los años que llevo haciendo este recorrido nunca ha pasado nada.

—Está bien pero, si no te importa, reduce un poco la velocidad... No tengo prisa.

Cuando llegaron a Amalfi, Aurora sintió la espalda empapada de un sudor que sabía a miedo, pero intentó disimular como pudo aquel mal trago fijando su vista en la impresionante escalinata de la catedral, un tormento que no estaba dispuesta a subir hasta que recuperara las fuerzas.

—Creo que será mejor que nos sentemos en una terraza para tomar algo —sugirió Francesco al verla algo desencajada.

—¿No pensarás que me he mareado? —contestó Aurora contrariada.

—No sé, pero estás un poco pálida y tal vez un té te devuelva el color de las mejillas.

—Pálida no. Di más bien, sofocada y sí, creo que antes de dar un paso más, me tomaré algo... Pero prefiero un *Campari* si no te importa.

Francesco se esforzaba en parecer un buen cicerone mientras intentaba explicar, no sin cierta dificultad, las bondades de la historia de aquella ciudad. Aurora se enfrascó en escrutar qué era lo que realmente pensaba su acompañante, pestañeando frecuentemente y soltando, de cuando en cuando, un «¿De verdad?... ¡Es Increíble!» para que pareciera que le prestaba atención.

Cuando terminaron el aperitivo, Francesco la invitó a hacer un pequeño paseo por las calles, que bullían de gente recorriendo con cierta parsimonia los comercios de souvenirs. Todo aquello le recordó a Aurora las ferias de su pueblo, con aquel griterío que, lejos de molestar, sabía a fiesta. Consiguió, durante un breve instante, olvidarse de qué había venido a hacer allí, justo en el momento en que Francesco intentó pasarle el brazo por su hombro.

—¿Qué haces? —dijo Aurora apartándose aparatadamente en cuanto sintió el roce de su mano.

—Lo siento, yo... —balbuceó Francesco a modo de excusa.

Aurora intentó medir muy bien las palabras, aunque se sentía invadida en su intimidad. Recapacitó en breves instantes, por si ella hubiera dado pie a aquellas confianzas. Tal vez había tomado sus miradas como una invitación para acercarse tanto, pero no pudo articular nada que supiera a recriminación o a todo lo contrario; simplemente se quedó parada, mirándole.

—Te ruego que me disculpes, no debí tomarme tantas confianzas —volvió a decir Francesco.

—No importa... —dijo ella—. No estoy acostumbrada a que nadie me coja del hombro, nadie que no sea...

—¿Tu marido? —dijo Francesco, ayudándola a terminar la frase.

—No, no estoy casada, pero siento haberte confundido, quizá no debimos haber hecho esta visita.

—Bueno, no te preocupes. Lo único que lamento es que no estés disfrutando con la visita y eso es imperdonable.

—Disculpa, tienes razón. Tengo la cabeza en otras cosas y siento como si

estuviera perdiendo el tiempo.

—Ven, voy a enseñarte algo.

Francesco la tomó de la mano, llevándola, escaleras arriba, hasta los pies de la catedral de *Sant'Andrea*, el monumento más emblemático de Amalfi. Aurora no pudo contar los escalones, eran demasiados para un calzado con excesivo tacón, que maldijo nada más llegar arriba. Ni siquiera la dejó pararse para contemplar la magnífica vista sobre el puerto cuando tiró de ella para acercarse al claustro de la catedral.

—No sé si te prometí que te llevaría al Paraíso, pero ahora quiero que disfrutes de él.

Ambos pasearon por aquel claustro que los lugareños habían bautizado con aquel sobrenombre tan rimbombante. Era un espacio fresco, con una exuberante vegetación, que recreaba un pedazo del Edén bajo los arcos entrelazados que descansaban sobre finas columnas. Allí, según le explicó Francesco, reposaban los cuerpos de los amalfitanos más ilustres con la promesa de llegar al otro Paraíso más imperecedero.

—¿Por qué me has traído aquí?

—No sé, pensé que te gustaría. Yo, cuando tengo problemas, suelo acercarme a este sitio. Aquí encuentro paz; me recarga las pilas. Quizá pienses que soy un tonto, pero este es mi sitio especial. Siempre creo que estoy solo, aunque haya cientos de turistas echando fotos... ¡Cielos! ¿Te imaginas en cuántas apareceré sentado aquí, ensimismado en mis pensamientos?

Aurora sonrió mientras cogía la mano de Francesco para estrecharla entre las suyas.

—¿Lo ves? Te he hecho sonreír. Este lugar es mágico —dijo Francesco—. Bien, y ahora dime, ¿en qué piensas?

—Te pareceré un poco fría, pero estaba pensando en mi trabajo... Francesco, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, ¿qué quieres saber?

—Tú, por tu edad, debiste conocer a Nicola Greco. ¿Por qué no me dices cómo era?

—Ya sé que eres escritora y todo eso pero, ¿por qué te interesa tanto ese hombre? No sé, pero parece como si te obsesionara. A lo mejor no te gustaría saber cómo era realmente, quizá te resulte decepcionante.

—Puede que tengas razón, pero necesito conocer ese algo más que nadie me cuenta. Parece como si estuviera rodeado de un halo de misterio.

—Está bien, si insistes... Éramos muy diferentes, Nicola era todo lo que yo no soy. Era algo más mayor, aunque al final todos los niños nos juntáramos para jugar. Le gustaba ser el jefe y casi siempre acabábamos haciendo lo que él decía. Tenía una mente fantástica, imaginando siempre historias de piratas y de tesoros ocultos. Era vehemente y con un encanto especial, gracias a eso siempre se salía de rositas cuando le pillaban haciendo alguna travesura. Ya de mayores, nos fuimos distanciando. Él se juntaba con los más pendencieros de Tremore, a la caza de las chicas, que siempre acababan por sucumbir a sus encantos.

—¿Y tú? ¿No estabas interesado en las chicas?

—Prefería los lápices de colores y ponerme a dibujar. En aquel tiempo eran ellas las que no se interesaban por mí; yo era muy tímido.

—Pues veo que has cambiado... Nunca hubiera dicho que lo fueras.

—Sí, tienes razón, creo que, en eso, si he cambiado algo...

—Sigue, ¿qué más sabes de él?

—Poco más. Cuando pude, me fui a Nápoles para estudiar Bellas Artes y Nicola se quedó en Tremore; parecía que no le hacía falta salir de allí, se le veía muy cómodo. Pronto entró a formar parte del mundo de don Orazio y sus gustos también fueron cambiando.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, juego, mujeres, alcohol... Aunque nunca me pareció el típico macarra que sugiere ese tipo de cosas. Siempre fue fino en sus modales y muy educado, parecía que se controlaba porque esperaba algo mejor de la vida, algo que quizá le llegó gracias al señor Palatucci aunque, por lo visto, no tuvo tiempo de disfrutarlo.

—Parece que lo conocías bien... —insistió Aurora.

—Cuando regresé de Nápoles, tuve que buscarme la vida y Nicola me ofreció trabajar como chófer para el señor Palatucci. La verdad es que coincidimos muy poco tiempo, luego, él se marchó y ya no supimos nada más...

—Es curioso pero, al final tú también has acabado trabajando para ese hombre. Parece que no hay nada que se pueda hacer en Tremore sin que él lo

controle.

—Sí, es cierto, aunque yo no tengo tantas ambiciones como Nicola. Solo espero reunir algo de dinero para poder continuar con mi carrera, no me veo envejeciendo en el pueblo.

—¿Qué se rumoreó cuando Nicola se marchó?

—Aquello sí que fue un escándalo. Algo gordo debió pasar para que don Orazio lo anatemizara, teniendo que salir por piernas de aquí.

—¿A qué te refieres?

—Últimamente estaba obsesionado con una famosa gruta del fiordo, una especie de cueva de Alí Baba de donde decía que la familia de don Orazio había estado sacando no sé qué tesoros desde tiempos inmemoriales. Según decía, había tanto oro y joyas que no se merecía que estuviera en manos de una sola persona.

—¿Tú también creías en eso?

—No sé. Son cosas que forman parte de nuestra historia, leyendas que conforman una mitología propia de cada lugar. Tal vez haya algo de cierto en ellas, aunque lo más seguro es que sean exageraciones. En todo caso, Nicola sí creía en ellas y eso le llevó a...

Francesco se paró al ver a Aurora invadida por la emoción. La apretó contra su pecho para evitar verla llorar y cuando notó que se había calmado, tomó su cabeza entre las manos e intentó enjugar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Tú conocías a Nicola, ¿no es así?

—Sí —dijo entre sollozos—. Era... Bueno, estuvimos casados hasta que...

—Shhh. No sigas —dijo Francesco con voz tierna.

Entonces no pudo reprimir darle un beso que Aurora no rechazó. A ella se le paró el mundo, incapaz de pensar, y se dejó querer; lo necesitaba. Los cálidos labios de Francesco la hicieron estremecer. Sintió una mezcla de deseo irrefrenable con el nerviosismo del que sabe que obra a escondidas, como si estuviera siendo infiel a un recuerdo. Los dedos de él comenzaron a jugar con los cabellos de Aurora, que se abandonó a sus caricias. El tiempo se marchó de puntillas sin hacer ruido, hasta que un leve carraspeo los sacó de aquel feliz estado de amor entregado; era el sacerdote encargado de cerrar el

claustro. Ella se acurrucó bajo su brazo y juntos bajaron las escalinatas de *Sant'Andrea*.

Serían más de la una del mediodía y se dirigieron al puerto para buscar algún sitio donde comer. El sol, implacable, resbalaba por toldos y sombrillas hasta colarse, cegador, entre las mesas de los veladores, pero a cambio dejaba un deslumbrante borboteo de destellos sobre el agua, que bañaba los cientos de barcas que se arremolinaban en los pequeños muelles.

—¿En qué piensas? —le preguntó Francesco.

—Intento no hacerlo. Solo sé que ahora me siento bien, como si me hubiese quitado un lastre de encima y no desearía que este momento pasase. Solo te pido que seas discreto y que no reveles quién soy en realidad.

—Está bien, mi boca quedará sellada como una tumba.

Francesco se sentía satisfecho al ver su impulso correspondido, pero intuía que, en aquel momento, estaba de más lo que pudiera decir y dejó que Aurora se calmase mientras tomaban un *Campari* que ella se bebió casi de golpe.

—Será mejor que me acerque adentro para ver qué hay de comer. No tardo —dijo Francesco.

Aurora se colocó las gafas de sol y se quedó mirando el horizonte que, emborronado por una leve calima, confundía, allá a lo lejos, el cielo y el mar.

—¡Aurora, qué sorpresa! —vino a interrumpirla una voz familiar.

—Capitán Greco... —contestó Aurora desconcertada.

—He venido a visitar a un amigo y precisamente habíamos quedado aquí para comer. ¿Y usted? ¿Ha venido a hacer turismo? Amalfi es el sitio más encantador de la *Costiera*.

—Sí, es un sitio precioso.

En aquel preciso instante salió Francesco y, al acercarse, se quedó sorprendido al ver al capitán hablando con Aurora. Intentó ser amable, pero ella pudo percibir que ambos no se gustaban, cuando vio que a Francesco le había mudado la sonrisa por un rictus que más bien parecía una mueca.

—Capitán... —dijo Francesco a modo de saludo.

El capitán, a pesar de ir de civil, simuló un gesto de saludo llevándose los dedos a la sien y se despidió para dejar a la pareja.

—Bueno, Aurora, veo que está bien acompañada... Ha sido un placer volver a verla —le dijo llevándose su mano a los labios. —Francesco, dele

saludos de mi parte al señor Palatucci.

El capitán se dirigió al interior del establecimiento, erguido como si todavía fuera vestido de uniforme.

—Mira que es cursi ese estúpido capitán... —dijo Francesco con desdén—. Me da recuerdos para mi jefe como si fuera su criado.

—A mí no me parece tan tonto. Para alguien que hay educado en Tremore...

—¿Acaso te parezco un patán?

—No, no es eso. A todo el mundo le repele su corrección, incluso a su propio tío, pero yo no lo veo para tanto. Además, era primo de... de Nicola.

—¿Y eso es garantía de algo? El capitán, que parece tan galante contigo, es el tipo más rastrero de todo Tremore. ¿Cómo crees que llegó a ser lo que es? Luca Greco también le debe mucho a don Orazio.

—¿No estarás celoso?

—¿Celoso yo?... Y mucho menos de Luca.

Aurora intentó desviar convenientemente la conversación por otros derroteros más placenteros y enseguida se olvidaron de aquella interrupción, no obstante, no dejó de rumiar en su cabeza el tipo de relación que el capitán, incluso el propio Francesco mantenían con el que, a todas luces, era su antagonista en esta historia.

Una magnífica lubina, que compartieron junto a una ensalada, vino a sacarlos de aquellos pensamientos que sin duda comenzaban a interferir en aquella incipiente relación. No pararon de mirarse y sus ojos revelaban, más allá de las palabras, que algo más que una amistad se estaba fraguando. No tenían nada en común, salvo un pasado que a Aurora le había sido legado, más como un castigo que como una recompensa. Ella, que intentaba en vano resistirse a los encantos de Francesco, quiso tener presente a su marido para justificar aquella cita, pero la realidad era que se sentía feliz, tan a gusto, que no hubiera querido que llegara la hora de pedir la cuenta.

—Es tarde ya... Deberíamos volver —dijo Francesco cuando, al sacar la cartera, insistió en pagar la comida.

—¿Te espera tu jefe? —preguntó Aurora.

—Lamentablemente sí. Tengo que llevarlo a Nápoles, pero no te preocupes, quizá podamos volver otro día.

En el preciso instante de levantarse, salió el capitán Greco del establecimiento acompañado de su amigo. Aurora, obligada por la educación, se demoró para despedirse de él.

—¿Ya se marchan? —preguntó el capitán.

—Sí, tenemos que volver a Tremore.

—Lástima. Si tiene algo de maravilloso esta ciudad son sus atardeceres.

—Lo siento, pero tengo que regresar. Tal vez otro día.

—Ha sido un placer volver a verla.

Aurora volvió con Francesco, que la esperaba impaciente unos metros más allá. No le preguntó nada, aunque ella advirtió una cierta actitud celosa en su silencio. Durante el regreso, más allá de la conversación intrascendente, Aurora notó que la ilusión que derrochaba Francesco se había esfumado en algún momento del trayecto. Cuando llegaron, él abrió la puerta del coche con desgana.

—Gracias, Francesco... Ha sido un día precioso. Tenemos que repetirlo.

—Claro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Aurora, al notar el mohín de desagrado con el que contestó Francesco—. Te he notado ausente... ¿No será por el capitán Greco?

—Tranquila. Solo estoy cansado, eso es todo, y aún me espera un largo trayecto hasta Nápoles.

—Entonces, ¿por qué parecías tan ausente? ¿Quizá fue por lo que dije de Nicola?

—Nada, cosas mías... Yo soy así. A veces dejo volar mi imaginación y no me doy cuenta de lo que hay a mi alrededor, me pasa mientras conduzco. Siento haberte preocupado.

Aurora dio por buenas las explicaciones con una sonrisa, mientras lo miraba fijamente y él dejaba su cara a unos escasos centímetros con la clara intención de volverla a besarla. Ella esquivó el beso que se dirigía certero al centro de sus labios y, tímidamente, colocó la mano sobre su pecho para intentar despegarse de él.

—Te llamaré —dijo Aurora a modo de compensación tras haberlo rechazado.

Se atusó el pelo mientras intentaba abrir la puerta, no sin antes girarse para

ver cómo se alejaba la persona que estaba consiguiendo hacerle perder la cabeza, alejándola de las verdaderas intenciones que la habían traído hasta aquí. Cuando cerró la puerta, se apoyó en ella y se arrepintió de no haberle besado. Las piernas le temblaban y eso solo podía significar una cosa, que se había enamorado. Ni siquiera pensó en las consecuencias que podría acarrearle haberle revelado su verdadera relación con Nicola.

Nicola, Nicola, siempre Nicola. En aquel momento supo que Andrea se había esfumado para siempre. Comprendió que solo fue un espejismo que se cruzó en su vida, dejando un rastro de sangre como única prueba. No sentía nada por él, solo el cariño por unos bonitos recuerdos que ya quedaban en el pasado. Su inconsciente había soltado lastre y con él toda la precaución de la que la había intentado rodear el inspector Quiroga.

¡Adolfo! Hacía tiempo que no lo había llamado y eso que se lo hizo prometer en repetidas ocasiones. ¿Qué le iba a decir esta vez? Que acababa de revelar su identidad al chófer del principal sospechoso. ¿Qué pensaría de ella? No, ahora era tarde y prefirió dejarlo para otro día en el que estuviera más inspirada para urdir una excusa mejor. La verdad es que no tenía nada, simples sospechas, aunque la urgencia de averiguar algo se iba diluyendo porque alguien inesperado acababa de cruzarse en su camino, Francesco. Él le impedía pensar con claridad y temía que, muy a su pesar, había vuelto a caer en esa cosa que llaman amor. No, no, tenía que desechar ese pensamiento y quizá no fuera mala idea marcharse a aquel pueblecito de León, su exilio particular. Tal vez lo pintoresco no le sentara tan mal.

Se puso una copa de vino y se subió hasta la terraza para disfrutar de la suave brisa del atardecer. Ya no notaba la presencia del que fuera su marido por las paredes de aquella casa y le importaba un bledo si el vuelo de las gaviotas le traía noticias de él. En aquel momento se borraron los últimos esbozos naif de su personalidad, si es que en algún momento los llegó a tener, y se sintió sola, agradablemente sola.

CAPÍTULO 14

Al día siguiente, Aurora todavía seguía dándole vueltas a la forma en que Francesco estaba haciéndole perder el norte y decidió dar rienda suelta a lo que sentía. Ya nada le importaba, salvo saber si su amor era correspondido como a ella le hubiera gustado. Necesitaba oírlo de sus labios y descolgó el teléfono para llamarlo como si le fuera la vida en ello.

—¿Francesco?

—Aurora... No pensaba que me llamarías tan pronto. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no... Solo quería hablar contigo. Ayer me pareció verte un poco triste y pensé que...

—No te preocupes, ya te dije que estaba algo cansado. De hecho, cuando volví de Nápoles, me fui derecho a la cama, pero hoy me encuentro perfectamente.

—Me alegro. Había pensado que...

—¿Que querías volver a verme? ¿Es eso? —dijo Francesco sin dejarla terminar.

—¡Qué presuntuoso eres!... Pero sí, me encantaría.

—¿Qué te parece esta tarde a las siete? Hoy no tengo nada importante que hacer y pensaba pasarme por mi estudio a esa hora... Podríamos cenar y luego...

—Cenar estaría bien... Entonces, a las siete.

Aurora se quedó más tranquila. Desde luego, si el día anterior le había parecido algo taciturno, fuera lo que fuera lo que le preocupara, ya había desaparecido de su mente. Lo notó especialmente lanzado pero, a pesar de ello, no dudó en aceptar aquella cita. Quería salir de dudas sobre lo que realmente sentía por él y de si valía la pena haber tirado la toalla en su investigación. En aquel momento dejó aparcado el destino que le aguardaba a su regreso a España y si el amor que empezaba a sentir por Francesco aguantaría la distancia. Todo eso quedaba muy lejos y ahora solo le apetecía sentir muy fuerte aquella emoción que empezaba a embriagarla. Era como si, de repente, le hubieran dado una descarga con un desfibrilador y su corazón se

hubiera puesto a bombear muy fuerte una sangre que pensaba que se le había coagulado en las venas.

Corrió como una chiquilla al armario para ver qué se ponía. Tomó varias perchas con vestidos y delante del espejo empezó a probárselos uno a uno. Estaba loca, pero aquella sensación le encantaba y comenzó a canturrear una melodía italiana que solía cantarle Nicola, mientras daba rienda suelta a una vanidad que ya no necesitaba contener. Cuando más emocionada estaba, sonó el teléfono. Solo esperaba que no fuera Francesco para anular la cita.

—¿Diga?

—Aurora, soy el inspector Quiroga.

En aquel momento se le cayó el mundo a los pies, como si le hubiera alcanzado de lleno un chaparrón de verano. Oír su voz y poner los pies en la tierra, todo fue uno.

—Inspector... —contestó incrédula Aurora—. Discúlpeme, pero me olvidé de llamarle. Sé que tenía que hacerlo, pero he estado muy ocupada —dijo para disimular.

—No se preocupe... ¿Ha habido algún avance?

Aurora demoró su respuesta. No se había preparado la retahíla de excusas que precisaba para darle largas, pero la verdad es que estaba exhausta de aquella misión que jamás debió emprender. Se sobreestimó, pero lo peor no era eso, si no que había movilizad o a demasiada gente que confiaba en ella y no había conseguido averiguar nada, tan solo conjeturas.

—¿Suced e algo, Aurora? —preguntó extrañado el inspector.

—No, no... Es que no sé cómo decirle esto...

—¿Decirme el qué?

—Verá, creo que me precipité cuando decidí venir aquí. Tenía usted razón, no he conseguido averiguar nada relevante. Entre la gente de este pueblo parece que impera una especie de ley del silencio y no están dispuestos a revelar sus secretos tan fácilmente.

—Ya sabía que no resultaría fácil. Aun así ha hecho algún avance. Gracias a sus pesquisas, estamos investigando a don Orazio Palatucci, pero ya sabe cómo son estas cosas de lentas.

—Precisamente. Se me han agotado los argumentos y también, por qué no decirlo, las ganas.

—Venga, Aurora, no se desanime. Todavía recuerdo su determinación para averiguar lo que le había sucedido a su marido.

Otra vez el silencio y esta vez mucho más revelador. El inspector Quiroga comprendió al instante, quizá por su experiencia, que la falta de palabras de Aurora se debía precisamente a que ella había perdido la fe en el que una vez fue su marido y continuó preguntando. Tenía que sonsacarle a qué se debía aquel repentino cambio de actitud.

—¿Hay algo que no me haya contado?

—No. Ya le he dicho que estoy cansada. Creo que aceptaré mi traslado a León, si todavía está en pie la oferta.

—¿Y ya está? —dijo molesto—. Por favor, necesito que sea sincera conmigo. Le recuerdo que está en peligro y, si no me cuenta lo que pasa, no voy a poder ayudarle.

—Ya me ha ayudado bastante. Tengo mucho que agradecerle, pero me temo que soy yo la que ha fallado en este asunto.

—Aurora... —dijo el inspector intentando retener la conversación.

—No se preocupe, en breve le haré saber cuándo regreso, mientras, vaya iniciando los trámites para mi traslado a principios de septiembre como teníamos acordado.

—Está bien, pero llámeme para lo que sea. Lo único que quiero es que regrese sana y salva.

Aurora estaba furiosa, consigo y con el mundo, por haber tenido que confesar su fracaso, uno nuevo que sumar a su últimamente ya larga lista de decepciones. El único consuelo que le quedaba era saberse una buena maestra, de eso sí que estaba segura. Lo sabía por las caras de sus niños cuando la miraban absortos mientras les descubría los primeros misterios de las letras y aprendían sorprendidos a juntarlas para formar palabras, simples, pero para ellos llenas de significado. *Mami te quiero*, debajo de un dibujo era la máxima expresión de felicidad que ofrecer a unas madres que esperaban orgullosas su salida del colegio; aquellos regalos sencillos, pero llenos de gratitud, que le entregaban las mamás a final de curso para agradecerle sus desvelos. Sabía que allá donde fuera le esperaba la misma satisfacción del trabajo bien hecho y el reconocimiento de su labor, por eso, en aquel momento, no le importaba demasiado tener que esconderse hasta que todo se aclarase, aunque fuera en aquel pueblo del que, por el momento, no quería

acordarse.

Salió a la terraza; tenía que respirar algo de aire. Se había girado un viento irrespetuoso que agitaba las olas, rompiéndolas con furia contra el acantilado y cogió con fuerza la barandilla para mirar fijamente las aguas que estallaban dejando su rastro de espuma. Se imaginó allí debajo, luchando contra aquel vaivén infernal, negándose a dejar las riendas de su vida a merced de los elementos y peleando para asirse a uno de los escollos que asomaban a duras penas de la superficie. ¿Sería Francesco el bajío donde descansar? Debía averiguarlo antes de darlo todo por perdido, aunque no le iba a dar demasiadas oportunidades. Tenía que estar segura de lo que sentía antes de cometer una locura. Solo era consciente de su temblor de piernas cuando lo tenía cerca y del bombeo de su corazón cuando tenía sus labios a escasos centímetros y, a pesar de su poca experiencia, podía percibir esas sensaciones como amor.

Aurora deambuló por la casa como alma en pena, intentando que las horas parecieran minutos. Alguna copa de vino para mitigar el nerviosismo, que pronto desechó para no aparecer ebria a su encuentro, y un desplome sobre la cama para relajarse antes de acicalarse. A las seis ya salía por la puerta rumbo al estudio de Francesco. Se había puesto zapatos de tacón, a pesar de las cuestas adoquinadas que la separaban de la plaza de Tremore, y un vestido que dejara ver lo mínimo insinuando lo máximo. No recordaba bien qué callejuelas atravesó la primera vez, pero se dejó guiar por la intuición. Los rincones encalados, las plazoletas llenas de plantas exuberantes y los pequeños escaloncitos con quiebros imposibles le recordaron que iba por buen camino, hasta tropezarse de bruces con la casa. Golpeó suave la aldaba, pero no obtuvo respuesta; todavía faltaban unos minutos para las siete y decidió sentarse en la banca de la puerta a esperar. Vio pasar a unos niños corriendo calle abajo y a una anciana subir apoyándose en las rugosas paredes enjalbegadas antes de ver aparecer por una esquina a Francesco cargado con unas bolsas.

—Sí que has sido puntual —le dijo sorprendido.

—No tenía nada mejor que hacer.

—Lo tomaré como un cumplido. Eso es señal de que tenías muchas ganas de verme.

—No seas tan arrogante y ayúdame a levantarme.

Francesco tiró de ella y abrió la puerta. Dejó que Aurora subiera la primera para entrar en su amplio estudio que, a esas horas, se había teñido de tonos ocres al filtrarse la luz crepuscular por las cortinas que alzaron el vuelo cuando Francesco abrió las ventanas.

—¿Con qué me vas a sorprender para cenar? —dijo Aurora para abrir fuego.

—¿Es que tienes hambre?

—Todavía no, pero no me importaría tomarme una copita de vino contigo.

—Eso está hecho —dijo Francesco mientras abría el frigorífico para sacar una botella de vino blanco.

Mientras servía, Aurora no dejó de mirarle. Estaba especialmente guapo con aquella camisa de lino blanco desabrochada hasta mitad. Dejaba entrever un poco de vello entre sus pectorales, que descendía sensual por su abdomen perfectamente trabajado. Su aspecto era algo indolente, pero le gustaba más así que con aquel aire excesivamente formal que lucía cuando trabajaba para el señor Palatucci. La camisa suelta no dejaba ver más allá, pero intuía que su trasero guardaría las mismas formas apolíneas del resto del cuerpo. Se sorprendió de estar haciendo aquel indecoroso repaso visual, pero al mismo tiempo le divirtió hacer algo que sin duda también él pondría en práctica y decidió ganarle la mano cuando se paró en sus pies, que llevaba asidos a unas chanclas de cuero. Un pie griego, creyó recordar por las hechuras, pero que le pareció de lo más viril y sensual.

—¿En qué piensas? —preguntó Francesco al verla absorta.

—En nada en concreto, simplemente estoy muy a gusto aquí.

—Me alegro. Todavía es muy pronto para cenar, ¿qué te gustaría hacer mientras esperamos?

—¿Qué sugieres?

—¿Te gustaría posar para mí? Me gustaría pintarte.

—¿Así, sin más?

—Solo sería un boceto. Si quedas satisfecha, puedes decidir si quieres que lo termine.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

Francesco se puso manos a la obra antes de que Aurora pudiera arrepentirse. Tomó un lienzo virgen y lo colocó rápidamente sobre un

caballete. Dispuso unos carboncillos sobre la mesa y apiló unas cajas que cubrió con un paño blanco para que se sentara frente a él.

—Ahora, me gustaría que te quitaras la ropa.

—¿Qué?

—Tranquila, no es necesario que permanezcas desnuda. Solo tendrás que taparte con un albornoz y dejar tus hombros al aire.

Francesco le acercó una bata de raso granate y esperó a que Aurora se cambiara en la habitación de al lado. Cuando apareció, él se quedó mirándola como si fuera la primera vez que la había visto, pero se guardó de hacer ningún comentario para no romper esa atmósfera tan sensual.

—A ver, siéntate sobre esas cajas y ponte de lado, mirando a la ventana.

Estuvo probando diversas posturas, hasta que dio con la que le parecía más sugerente. Aurora, con la mirada extraviada más allá del vano, ofrecía una perspectiva intimista, mientras su larga cabellera descendía por la espalda, dejando como único resquicio sensual unos hombros que se ofrecían desnudos en toda su redondez.

Francesco realizó varios trazos rápidos con el carboncillo, abocetando el cuerpo de Aurora, que lucía como una deliciosa manzana después del primer mordisco. Rápidamente puso en marcha los pinceles, llenando de manchas coloridas los espacios y fue dando volumen a las curvas de aquella materia voluptuosa. Era ducho en el trazo rápido para captar la inmediatez de la luz sobre los volúmenes y no le llevó demasiado tiempo encontrar la esencia de la mujer que tenía delante. Aurora permaneció inmóvil aunque, por el rabillo del ojo, lanzó furtivas miradas a un artista entregado a su obra y se le escapó una sonrisa que Francesco cogió al vuelo para inmortalizarla en su lienzo.

—¿Ya has terminado? —preguntó Aurora al verlo levantarse de la silla.

—Prácticamente, aunque no es más que un esbozo.

—¿Puedo verlo?

—Claro.

Aurora se levantó, recomponiendo su albornoz para taparse los hombros y se acercó para contemplar el cuadro. No eran más que unos trazos, unas pinceladas, pero ya se adivinaba la sensualidad con la que la había retratado. Pudo reconocerse en la mirada perdida, en aquel halo de misterio que transmitía, como si esperara la llegada de algo o de alguien. Francesco colocó

en su mano la copa de vino, que ella cogió sin girarse, entonces la rodeó con sus brazos, notando cómo se estremecía al contacto de su piel y la apretó con fuerza contra su pecho. Aurora ladeó levemente la cabeza invitándole a besarla. Los labios de Francesco fueron recorriendo su cuello, dándole una pátina de humedad cálida hasta descender por sus hombros y espalda. El albornoz cayó como cae la venda de los ojos, como lo hace la vergüenza cuando se entrega el alma, para dejar toda su desnudez vestida de deseo. Un ruido de cristales rotos dejó esparcido por el suelo el vino de la lujuria, mientras Aurora era arrebatada, cual Europa por el toro sagrado, en brazos de su amante, que la dejó sobre la mesa repleta de pinceles. Ahora ella era el lienzo sobre el cual garabatearía caricias de amor, donde esparciría los pigmentos de la pasión desmedida dibujando escorzos de placer.

Cuando terminaron de hacer el amor, Aurora permaneció yacente sobre la mesa. No quería despertar de aquel sueño, ni enfrentarse a las palabras que habría de cruzar con su amante. Amor, era todo lo que sentía. Estaba harta de precauciones y quería gritar a los cuatro vientos que lo quería. Entonces, Francesco tiró de ella suavemente, sacándola de sus cavilaciones y la rodeó nuevamente con sus brazos.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En que, en estos momentos, soy muy feliz... —dijo Aurora.

Francesco reservó sus palabras y trocó el silencio en besos. Juntos tomaron un baño mientras repasaban con la esponja el mapa de sus cuerpos y se prodigaban caricias entre la espuma blanca de un jabón que olía a hogar. Se vistieron solo con unas camisas anchas que dejaban lo suficiente a la imaginación y se pusieron a trastear en la cocina para preparar algo rápido que supiera a cena.

Sentados a la mesa, jugaron con la pasta, enrollando los espaguetis con el tenedor y ofreciéndoselos mutuamente, mientras la salsa se les escapaba por la comisura de los labios. Unas copas de vino después, se liberaron las lenguas para mostrarse, en la más cruda intimidad, sus sentimientos.

—El otro día, en Amalfi, dijiste que estuviste casada con Nicola... —dijo Francesco.

—Sí, y creo que te debo una explicación.

—No me debes nada. Hazlo solo si te apetece.

—Claro, pero creo que me hará bien liberarme de la carga que llevo

dentro... Es verdad, estuve casada con Nicola, aunque jamás supe que ese era su verdadero nombre. Yo me enamoré, como una tonta, de Andrea, Andrea Martini. Trabajaba como maestra en un colegio de una pequeña ciudad cuando él se cruzó en mi camino...

—Entonces, ¿no eres escritora?

—No. Tuve que improvisar algo para poder hacer indagaciones.

—¿Y qué querías averiguar?

—El por qué mataron a Andrea... Bueno, a Nicola.

—¿Lo asesinaron?

—Sí. La policía piensa que tuvo que ver con el dinero que manejaba y me ofrecieron entrar en un programa de protección de víctimas.

—Y tú te negaste...

—Por eso estoy aquí; era mi última oportunidad.

—¿Pensaste que aquí hallarías las respuestas?

—Me equivoqué. Todo son suposiciones, historias que se mezclan con la leyenda, pero nada en concreto... Bueno, lo único que me ha quedado claro, después de hablar con unos y con otros, es que he conocido un poco más la personalidad de Nicola. La persona de la que me enamoré tenía más de soñador inmaduro que de un hombre con los pies en la tierra.

—Entonces, ¿aún le amas?

—Estuve enamorada, no lo niego, pero no nos dio tiempo a más. Ahora me parece como si hubiera pasado una eternidad. Lo pasé bien mientras estuvimos casados, pero creo que Andrea y Nicola han pasado a formar parte del mundo de los recuerdos. Además, aquel matrimonio no fue válido a los ojos de la justicia y ni tan solo me quedan sus pertenencias... Tendré que resignarme.

—¿No te dejó nada?

—No, ni siquiera la casa que compartíamos. El juez la tiene embargada hasta que decida qué hacer con ella.

—¿Y el dinero que decías que manejaba?

—Se esfumó, o al menos lo escondió tan bien, que la policía española es incapaz de seguir su rastro. Supongo que lo hizo para protegerme, pero el caso es que no he podido averiguar de quién.

—Supongo que es triste ver cómo toda esa vida que construiste se te escapa como agua entre los dedos... Si quieres, yo puedo ayudarte.

—¿A qué?... No, ya no quiero nada de él. Lo único que pretendía era no tener que vivir el resto de mi vida escondida y hasta a eso voy a tener que renunciar.

—¿No sospechas de alguien?

—Sí, pero no puedo probar nada. Don Orazio Palatucci parece que tuvo gran influencia sobre Nicola y sé que esconde mucho más de lo que me ha contado. Prometió que me llevaría hasta el fiordo, pero todavía no me ha llamado. Intuyo que en aquel sitio está la clave de todo... ¿Tú qué opinas?

—Yo... Ya sabes que trabajo para él. Es un ser peculiar, pero yo no soy imparcial. A mí me ha ayudado mucho, como a otros del pueblo.

—¿Lo ves? A eso me refería yo. Es como si existiera un muro impenetrable que lo protege. Por eso he decidido regresar a España.

—¿Vas a irte ya?

—Debo hacerlo.

—¿Y qué hay de lo nuestro?

—Me gustas, pero mi vida está en España. ¿Qué haría yo aquí, en Tremore? ¿Trabajar también para el señor Palatucci?

—¿Y si me fuera contigo a España?

—Estoy cansada... ¿Qué tal si nos vamos a la cama?

Aurora no podía pensar, estaba agotada. Eran demasiadas preguntas para las que no tenía respuesta y solo le apetecía disfrutar de aquel instante mágico. Sentía que, en aquel momento, debía abandonarse entre los brazos de Francesco para sentir un poco de paz.

CAPÍTULO 15

Con las primeras luces del alba, Aurora sintió cómo la zarandeaban suavemente, como si la mecieran. Sabía que era Francesco intentando despertarla, por eso, cuando abrió los ojos, le dedicó una agradable sonrisa.

—Buenos días, Francesco —le dijo casi susurrando.

—Levántate, dormilona. Sabes que tengo que ir a trabajar y el señor Palatucci no es un hombre acostumbrado a que le hagan esperar.

—Está bien —dijo remoloneando—. Podrías ir preparando un poco de café...

—Lo tienes listo en la cocina. Date prisa, si no quieres que se enfríe.

Aurora fue buscando su ropa, que se hallaba esparcida por la habitación, aunque allí todo parecía desparramado. Se notaba que hacía falta un poco de orden, pero pensó que así debían ser todos los artistas; una condición *sine qua non* para pertenecer al maravilloso mundo de la bohemia. Cuando consiguió encontrar su sandalia del pie derecho, Francesco ya estaba enfundado en su impecable traje mientras apuraba el último sorbo de café.

—No tengo tiempo, cariño. Lo siento, pero creo que no podré acompañarte a tu casa.

—No importa, me iré dando un paseo. Me apetece andar, además, hace un día espléndido y por las mañanas el aire es más fresco.

—Como quieras.

Francesco se despidió dándole un beso apasionado en los labios y Aurora se sentó en la cocina para disfrutar de su desayuno. Estaba eufórica, tanto que tuvo que reprimirse de canturrear para no alarmar a los vecinos.

Antes de marcharse le echó un último vistazo al estudio y al lienzo con su retrato, que todavía estaba sobre el caballete. Se lo hubiera llevado; le gustaba así, sin terminar. Sabía que allí estaba su impronta y que, si lo retocaba, tal vez perdiera algo de su esencia. Lo acarició levemente con las yemas de los dedos, como para despedirse, y se fue sin hacer apenas ruido, cerrando la puerta con delicadeza.

Mientras deambulaba por los callejones de Tremore, hubiera deseado

tropezarse con una multitud para gritar a los cuatro vientos su felicidad. Decirles a las viejas enlutadas, viudas como ella, que todavía era posible el amor, que ella lo había encontrado; a los niños, que no temieran hacerse mayores, que todavía es divertido jugar cuando se cumplen años; a los hombres, que también existe la pasión entre las cuatro paredes de casa, las del hogar. Bajó zigzagueando mientras saltaba sobre los adoquines con sus zapatos de tacón, haciendo piruetas, hasta que se dio de bruces con su casa.

Alguien la estaba esperando, alguien que, de seguro, no le traería buenas noticias. Era Antonio, más sombrío de lo normal, aunque en él no era extraño.

—Antonio... Qué sorpresa. ¿Quería hablar conmigo?

—Menos mal que la veo. Llevo un buen rato esperando.

—Lo siento, es que fui a dar una vuelta para aprovechar el fresco de la mañana.

—Ahora ya estoy más tranquilo. Temí que le hubiera pasado algo.

—¿Y qué me iba a pasar?... Pero, por favor, no se quede ahí, pase y le prepararé algo.

Aurora le indicó con la mano que tomara asiento en el salón, mientras rebuscó en la nevera algo para agasajar a su invitado. Sacó unos aperitivos y puso un par de cervezas sobre la mesa.

—¿Le apetece?... Si quiere le saco otra cosa.

—No, no, así está bien.

—Bueno, ¿de qué quería hablarme?

—No he dejado de darle vueltas al asunto desde que me dijo que estuvo casada con mi Nicola. Me dijo que el señor Palatucci le había ofrecido llevarla al fiordo, ¿no es así?

—Sí.

—Prométame que no irá. Guárdese de ese tipo.

—Yo...

—En otras circunstancias me habría encantado que se quedara en Tremore, incluso le ofrecería mi propia casa. Me he dado cuenta de que usted es el último vínculo con mi hijo... Pero ahora tengo que pedirle que se marche. Regrese a España, vuelva a su trabajo y a su vida, aquí solo correrá peligro.

—Me habla de peligro... ¿Qué sabe realmente? ¿Alguien ha hablado con usted?

Antonio agachó la cabeza sin saber qué decir. Le costaba mentir y al final optó por contarle la verdad.

—Está bien, ayer me llamó el policía español que lleva el caso de Nicola, un tal... Adolfo Quiroga, creo recordar. Él me pidió que viniera a verla; estaba muy preocupado.

—Antonio, le agradezco que haya venido, pero esto ya lo hablé con él. No se preocupe, lo he meditado mucho y creo que voy a regresar a España... En realidad no he encontrado lo que buscaba pero, en cambio, he podido aclarar mis sentimientos con respecto a Nicola, gracias a usted, a Luca y a Francesco...

—¿Francesco?

—Sí, el chófer de don Orazio.

—Ya sé quién es... ¿Se fía usted de él?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Es una persona encantadora y ha sido muy amable conmigo.

—No sé, pero todo lo que toca ese Palatucci lo corrompe, como hizo con mi sobrino. Le metió todos esos cuentos del tesoro en la cabeza, haciéndole creer que algún día serían suyos, pero no dejó de tratarlo como a un títere, como hace con el resto de la gente. Incluso Luca, mi otro sobrino, se desvive por ese hombre a cambio de una palmadita en la espalda.

—Entonces, ¿esas leyendas son verdaderas?

—Poco importa que lo sean. La única verdad es que Nicola está muerto y todo es por culpa de ese malnacido y de toda su tropa de aduladores... De todas maneras, me alegro de que haya tomado la decisión adecuada.

Antonio se levantó de la mesa con los ojos humedecidos por la emoción. Una emoción que ya pensaba que no iba a sentir nunca más y que Aurora le había devuelto. No podía dejar de verla como a una hija, la madre de unos nietos que jamás iban a corretear por su casa. Ahora que la había conocido, estaba dispuesto a renunciar a ella para que la historia de Nicola no volviera a repetirse.

Aurora no pudo decir nada para retenerlo. El viejo salió cabizbajo de la casa, calle abajo, con paso tembloroso, como lo hacen los marineros sobre tierra firme, acostumbrados al vaivén del agua. Toda la euforia que traía desde casa de Francesco se había esfumado para dejar el runrún de lo que Antonio le

había dicho. ¿Sería cierto que Francesco estaba contaminado por la influencia nefasta de Palatucci como Nicola? No, no podía ser, él no era así. Tenía otras aspiraciones, entre las que no se encontraba el dinero, así se lo había manifestado y ella había podido constatar cómo la pintura constituía su única ambición. La única pega de la relación con su jefe era la de no tener el tiempo suficiente para dedicarle a su pasión, pero no podía obviar que Francesco se había convertido en la mano derecha de don Orazio, un personaje que, a falta de hijos, quizá buscara desesperadamente a alguien que continuara la saga que sus antepasados habían iniciado.

CAPÍTULO 16

Aurora estaba inquieta, Francesco no la había llamado desde que, el día anterior, se habían despedido en la cocina de su casa. No quería que otra vez volvieran los fantasmas que había sembrado Antonio en su pensamiento y se dedicó a realizar labores de la casa, aunque supiera que muy pronto iba a abandonarla. Pretendía mantenerse ocupada sin tener que recurrir a las copas de vino que, con demasiada frecuencia, tomaba para aliviar su tedio o el nerviosismo por no poder hacer nada.

Ya era tarde, después de comer, cuando sonó el timbre de su puerta y deseó con todas sus fuerzas que fuera Francesco quien estuviera esperando al otro lado. Sus temores se desvanecieron cuando lo vio sonriente apoyado en el quicio.

—¿Puede entrar un chófer cansado para poner los pies en alto?

—Pasa, tonto, y relájate donde quieras... ¿Te apetece un vino?

—Solo si tú me acompañas.

—Está bien, aunque no debería... Temo que, si sigo así, me convierta en una alcohólica.

—Siendo «escritora», no parece que eso esté fuera de lugar, ¿no crees?

—No te burles, ya sabes que no me dedico a eso... ¿Qué pensarían de mí los niños si aparezco un poco bebida para dar las clases?

—¿Cuántas cosas más me ocultas?

—¿A qué te refieres? Ya te dije la verdad. ¿Acaso no te fías de mí?

—Me refería a tu vida, la de verdad. Sé tan poco de ti... A pesar de que, ese misterio, te hace más atractiva.

—Tonterías. Mi vida no tiene nada de misteriosa. Lo único excitante que me ha pasado, si puede calificarse así, es lo de Nicola y mi llegada a Tremore.

—No me has contado cómo fue tu vida con él.

—Tampoco he tenido tiempo para hacerlo. Además, qué importa ya, no es más que el pasado y no me gusta removerlo, especialmente siendo tan doloroso.

—En serio, cuéntamelo. Tal vez así le des carpetazo. Hay que liberarse de

los recuerdos y qué mejor manera que contándolo.

—Está bien... Nicola, aparte de guapo, aunque eso ya lo sabes, era un romántico empedernido y generoso hasta límites insospechados. Siempre tenía un ramo de flores apunto para regalarme o, sin venir a cuento, me sorprendía con una viaje. Lamentablemente, no tuvimos tiempo de aburrirnos.

—¿Lamentablemente dices?

—Sí. Considero que, para ser felices, una pareja tiene que saber aburrirse juntos. No todo puede ser vivir de sorpresa en sorpresa, aunque el dinero no fuera un obstáculo.

—Dinero...

—Ya te dije que lo manejaba con prodigalidad, pero eso ya no importa. No me dejó ni un céntimo, pero yo me basto y me sobro para vivir.

—¿Y no tienes sospechas de dónde pudo haberlo escondido?

—Eres demasiado insistente en el tema. Te lo dije ayer y te vuelvo a repetir que no me interesa y punto y final —dijo Aurora contrariada—. Pareces más interesado en ese dinero que yo. A fin de cuentas, es a mí a quien la dejó prácticamente en la calle.

—Lo siento...

—Cambiando de tema, ayer vino a verme Antonio, el tío de Nicola. Estaba preocupado porque hacía días que no me había visto. Por supuesto, no le dije que había estado contigo.

—¿Acaso te avergüenzas?

—No es eso, pero no me pareció correcto siendo el tío de Nicola. No me gustaría que pensara que me había olvidado de él mientras buscaba consuelo en otros brazos.

—¿Y no fue así?

—Estás especialmente impertinente esta tarde. ¿Qué te ocurre?

—¿De qué te hablo ese viejo?

—Podrías hablar de él con más respeto, a fin de cuentas fue mi suegro y solo vino a advertirme de...

—De que no te fiaras del señor Palatucci, ¿no es así?

—Pues sí y de ti también... Dice que todo lo que toca ese hombre acaba por estropearse.

—Ya sabía de la animadversión de ese viejo estúpido. Nunca pudo

soportar que Nicola quisiera más a don Orazio que a él. Siempre lo ha culpado de sus desgracias y su odio alcanza a todos los que trabajamos para Palatucci.

—¡Bueno, basta ya! Por un momento creí que serías, no sé, de otra manera, pero veo que Antonio tenía razón, no dejas de ser una extensión de tu tan «amado» jefe —dijo enfadada mientras se ponía en pie.

—Será mejor que me marche... —replicó Francesco.

—Sí, será lo mejor.

Aurora se puso de espaldas a la puerta mientras Francesco abandonaba la casa sin hacer ruido. Había colmado su paciencia y ni siquiera hizo ademán de despedirse. Ella soltó un bufido de rabia cuando oyó arrancar el coche y se tragó de golpe la copa de vino que aún no había tenido tiempo de beber. ¿Qué había sucedido para llegar a ese punto? Sin duda un mal día, pensó, pero eso no le eximía para comportarse de aquella manera. Había visto su lado oscuro y aun sabiendo que todos lo tenemos, no le gustó. Antonio tenía razón, ese endiablado hombrecito de don Orazio había emponzoñado los corazones de medio pueblo y Francesco no era una excepción,

Anduvo de aquí para allá, como si sus paseos de gato encerrado pudieran mitigar el enfado que sentía. Ahora sí que tenía la excusa perfecta para no demorar más su partida. Tenía obligaciones en España y solo se había permitido fantasear un poco con la excusa de un polvo bien echado. Se lo había pasado bien, pues ya está, a otra cosa mariposa. No sabía si alguna vez había sopesado de verdad empezar una relación con Francesco, pero no había tardado nada en salirle el demonio que llevaba dentro, facilitándole la elección. ¡A la mierda! Al menos Nicola nunca le mostro ese pequeño tirano que anida en los humanos corazones.

Descolgó el teléfono con decisión, no fuera a arrepentirse de su impulso y marcó el teléfono de una agencia de viajes de Nápoles. Unos cuantos datos y los números de la tarjeta de crédito bastaron para reservar un vuelo hacia España, aunque no le fue fácil hacer efectivo su regreso; una inoportuna huelga demoró varios días su partida, pero ya estaba hecho. Ahora no había vuelta atrás y se dejó caer sobre el sofá con otra copa de vino, que consumió en pocos tragos.

Subió a la terraza para lanzar varios suspiros que la tranquilizaron. Estaba anocheciendo y las estrellas comenzaban a tintinear en el cielo para indicar su

presencia. Era una noche hermosa, sin luna y las pocas luces de Tremore apenas eclipsaban la visión del espacio que le pareció infinito. Detrás de alguna de aquellas constelaciones, pensó, estaría Andrea, Nicola o cómo diablos se llamara, riéndose de ella al ver sus peripecias. Qué más daba, el caso es que también se le pintó una sonrisa contemplándose como una melodramática Matahari sin un secreto que llevarse a la boca.

Era hora de irse a la cama. Como el primer día que llegó, se metió entre las sábanas sin desvestirse. Acurrucada y sola, como nunca se había sentido, le llegó el sueño. Hasta la más patética de las criaturas tenía ese derecho.

CAPÍTULO 17

Pasaron un par de días antes de que a Aurora se le pasara el enfado, pero la decisión era firme. En ese momento pensó en el inspector, y lo impertinente que había sido con él. Apenas lo había llamado y eso que movió Roma con Santiago para que ella pudiera ir a Tremore; ni siquiera había atendido a sus consejos, que lo único que pretendían era velar por su seguridad, así que llamó a la comisaría para intentar que, a su regreso, no tuviera que reñirla por su mala cabeza.

—Buenos días, ¿el inspector Quiroga, por favor?... Soy Aurora, Aurora Giménez.

—Lo siento —le dijo un agente—. El inspector Quiroga se ha tenido que ausentar por un asunto y no está en la comisaría.

—¿Podría decirme si tardará mucho?

—Lo siento, no puedo decirle nada.

—Lo entiendo... ¿Le importaría decirle que he llamado?

—Sí, claro. ¿Aurora Giménez, me dijo que se llamaba?

—Sí, muchas gracias.

¡Qué contrariedad! Parecía que nada le iba a salir a derechas desde que llegó a Tremore y ni siquiera había tenido la oportunidad de disculparse con el inspector antes de que llegara a España con el rabo entre las piernas. Resignación, pensó, y abrió una botella de vino para embriagarse antes de volverse loca. Le corroía también la pelea que había tenido con Francesco. Había sido una pelea de lo más tonta, sin venir a cuento, y quizá todo se debiera a un mal entendido. A pesar de todo, no quería marcharse con una discusión y, ya que tenía a mano el teléfono, decidió llamarlo para zanjar el tema de manera amistosa.

—¿Francesco?

—Hola, Aurora... ¿Cómo estás?

—Bien, bien... Te llamaba porque quería hablar contigo.

—La verdad es que me pillas en mal momento. ¿Puedo llamarte más tarde?

—Sí, claro, no hay prisa... Bueno pues, hasta luego.

Otro bufido y otro trago de vino. Estaba claro que aquel no era su día y prefirió ocupar su tiempo preparando la comida para distraer su mente. Los espaguetis pagaron su rabia con el mundo, a pesar del estupendo aliño de *tartufo e funghi*. Todavía no había terminado de comer con desgana, cuando repicaron unos dedos en la puerta. ¿Quién sería a estas horas?

—¿Francesco! —gritó al abrir la puerta—. ¿No estabas ocupado?...

—Y lo estaba. Pasé por mi casa para recoger algo que te dejaste el otro día.

—¿El qué? No he echado nada en falta.

—¿Quizá esto?... —dijo Francesco mostrándole el cuadro que había terminado de pintar.

—Pero si es... Es mi retrato.

—Pensé que te gustaría tenerlo. No me ha costado mucho terminarlo. No quise retocar demasiado las primeras pinceladas; guardaban toda tu esencia.

—No sé qué decir...

—¿Tal vez, gracias?

—Se merece más que eso pero, pasa por favor. No te quedes en la puerta... Estaba terminando de comer. ¿Te apetecen unos espaguetis o te preparo otra cosa?

—No, gracias. He tomado un tentempié y no tengo hambre pero, termina. Yo me tomaré un vino para acompañarte.

Se sentaron a la mesa y Aurora le escanció una copa. Ya se le había olvidado todo y se sintió feliz de tenerlo de nuevo frente a ella.

—Aurora, yo... Me gustaría pedirte perdón por lo del otro día.

—No te preocupes, por mi parte todo eso está enterrado pero...

—¿Ha sucedido algo?

—Verás... Después de la discusión, llamé a la agencia de viajes y reservé un vuelo a España. Dentro de unos días me iré.

—Anúlalo, todavía estás a tiempo. Sé que fui un estúpido...

—No eres tú, soy yo. Me gustas, para qué negarlo, incluso creo que estaba empezando a enamorarme de ti, pero esto no tiene futuro. Si permanezco más tiempo aquí, lo único que conseguiré es complicar más las cosas y lo último que necesito ahora son complicaciones. Cuando regrese a España, tendré que incorporarme a mi nuevo destino y ya no podremos mantener el contacto, al

menos hasta que se aclare todo el tema de Nicola.

—Entonces, ¿esto es la despedida?

—Me temo que sí.

Francesco se bebió el vino de un trago y se levantó.

—¿Te vas? —preguntó Aurora.

—No me gustan las despedidas. Será mejor así... Que te vaya bien, Aurora.

La agarró fuerte para besarla cogiéndola por el talle, hasta dejarla casi sin respiración, luego abrió la puerta y salió sin girarse. El ruido del motor y las ruedas chirriando sobre los adoquines fue el último murmullo de una historia de amor que no pudo ser.

Aurora volvió a coger el cuadro. Allí estaba ella, con esa cara de melancolía, la misma que debía tener en aquel momento, con la mirada perdida, igual de perdida que se sentía ahora. Respiró profundamente, pero no lloró. En el fondo sabía que había tomado la decisión correcta y debía apechugar con su elección. Dejó el cuadro sobre un sillón y tiró el resto de espaguetis a la basura; se le había ido el hambre.

Durante el resto del día, Aurora se vio envuelta en una especie de desazón, mezcla de resignación y tristeza; estaba realmente agotada para sentir rabia. Había concluido una etapa, quizá la más excitante de su vida, pero el resultado no era el esperado, ni siquiera había podido luchar por una nueva relación, que ya sentía más como una losa que como ese vacío lleno de mariposas que pululan en el estómago de los enamorados.

CAPÍTULO 18

No sabía qué hora era, pero aporrear su puerta se había convertido en el deporte nacional de Tremore. ¿Quién diablos sería esta vez? Bajó como una autómatas las escaleras, atusándose el pelo para no parecer una loca. En aquellos momentos hubiera preferido que fuera la pobre Regina la que se divertiera dejándose los nudillos en la entrada.

—Ya va, ya va... —dijo con desgana.

Al abrir casi le da un soponcio al ver ante sí a aquel hombrecito de voz aflautada que respondía al nombre de Orazio Palatucci.

—Don Orazio... Qué sorpresa.

—Veo que no esperaba visita. Tengo que pedirle excusas por no haber podido venir antes.

—Pero, por favor, pase. No se quede ahí... ¿Le apetece tomar algo? ¿Un café?

—Sí, un café estará bien.

—Pero siéntese mientras lo preparo.

—Gracias... —dijo Palatucci mientras se acomodaba en una silla del comedor—. Se preguntará a qué he venido.

—¿No será para llevarme al fiordo? —dijo Aurora mientras ponía la cafetera al fuego.

—Veo que no se ha olvidado de la promesa que le hice.

—La verdad, señor Palatucci, es que ya no tengo ningún interés en visitar ese hermoso paraje. Mañana mismo regreso a España.

—¿Cómo es posible, señorita? Pensé que iba a quedarse todo el verano con nosotros, buscando su inspiración.

—Ya ve. Han surgido unos imponderables y debo regresar con premura.

—¡Cuánto lo siento! Pero, con mayor motivo debería acompañarme. Sería imperdonable que se fuera sin conocer el lugar más hermoso y más lleno de misterio de toda la *Costiera*.

—Lo siento, de verdad, pero tengo muchas cosas que hacer todavía y...

—Tonterías, ya tendrá tiempo de empaquetar su equipaje. Además, ya lo tengo todo preparado: una lancha motora nos espera en el puerto, solos usted y yo. ¿Qué le parece?

—¿Y Francesco? ¿No nos va a acompañar?

—Hoy he tenido que mandarle a un recado, pero no se preocupe, yo me manejo bien con esos aparatos. No tiene nada que temer.

—Siendo así...

—Perfecto, perfecto... Venga, sirva usted ese café que ya empieza a humear. Tenemos que salir pronto si no queremos regresar demasiado tarde.

Mientras Palatucci repetía café, Aurora intentó adecentarse un poco. Se retocó como pudo, se calzó algo cómodo y anudó un pañuelo a la cabeza para no despeinarse durante la travesía.

—Está usted encantadora —le dijo, cuando la vio descender por las escaleras—. Lástima que no tuviera yo unos cuantos años menos, seguro que no la dejaba escapar...

—Es usted un adulador, señor Palatucci... Cuando quiera salimos.

Don Orazio fue dando brinquitos al lado de Aurora para no tropezar con los adoquines. Se notaba que no estaba demasiado habituado a andar, aunque, siendo paticorto, no era de extrañar que tuviera que recurrir a los servicios de un chófer.

Por fin alcanzaron el puerto. No había ni un alma, pero Aurora no se extrañó. No sabía por qué, pero intuía que aquel viaje no iba a tener demasiados testigos. Don Orazio dio un salto para subirse a la lancha y le ofreció su mano a Aurora para que no notara el vaivén de la embarcación. Puso en marcha el motor y suavemente fueron dejando atrás el pequeño espigón del puerto.

A lo lejos, una ciclópea muralla plagada de diminutos caseríos conformaba aquella costa acantilada, cerrando el paso a un mar que se empotraba tozudamente entre las rocas. Conforme se acercaban, se podía oír su rugido mientras el bamboleo del bote se hacía más evidente.

—¿No será peligroso acercarse?

—¡Quiá! Aunque no lo parezca, soy un hombre de mar; aquí todos lo somos. No se preocupe, no le pasará nada. He hecho este recorrido miles de veces.

—¿También con Nicola?

—Sobre todo con él... Es raro, pero no me ha hecho ninguna pregunta al respecto. ¿Quizá ha perdido el interés por su historia?

—Tengo que reconocer que no he podido sacarle todo el jugo que esperaba. Será mejor que escriba sobre otra cosa.

—Tal vez retome su inspiración cuando le enseñe la Garganta de la Quimera, o el fiordo, como lo llamamos de forma grandilocuente.

Camuflada entre los riscos, prácticamente imperceptible hasta no estar en su misma boca, se hizo visible la hendidura que liberaba el espacio a un mar ansioso de penetrar la roca. Poderosas jambas pétreas, de colores asalmonados, guardaban la entrada de aquel espacio casi sacro. Una catedral calcárea con arquivoltas de pinos y cipreses, que se descolgaban desafiando el vacío, multiplicando el eco de los últimos estertores del motor a medio gas.

—¿Qué le parece? ¿No es bonito? —reverberó la voz de flautín de Palatucci, como la de un monaguillo en una escolanía.

—Sin duda, es maravilloso. Nunca había visto un lugar así. No es lo mismo contemplarlo desde el puente que desde aquí abajo. No me extraña que lo guarden como un tesoro.

—Y no es el único, se lo aseguro...

Continuaron avanzando hasta llegar a una playita de guijarros, donde el mar se rendía cautivo a la belleza de la garganta. Allí se detuvo la nave, que Palatucci arrastró como pudo hasta encallarla y ayudó a Aurora a descender.

Un hilillo de agua, en la parte derecha del congosto, desaguaba en aquella playa, mezclándose con las aguas cristalinas del mar hasta confundirse. Aquel manantial parecía discurrir desde las entrañas de la garganta, que se ahondaba, como una profunda cicatriz, en la mole montañosa. Al final, mezclándose entre la maleza vigorosa, unas construcciones daban la impronta humana al lugar.

—¿Qué son aquellas casas? —preguntó Aurora intrigada.

—El del fondo es un viejo molino, creo que de papel. Hace muchísimo tiempo, el papel de la zona fue muy apreciado, pero ahora el edificio no es más que una ruina. Tan solo quedan en pie un par de muros y una noria que ya no funciona. No sabe la de veces que he jugado allí. Ahora, la naturaleza vuelve a hacerse dueña de lo que siempre fue suyo.

—¿Y las otras casas? ¿Se pueden visitar?

—Claro. No están en uso, pero todavía resisten sin caerse.

—¿Quién vivía en ellas?

—Le mentiría si le dijera que eran casas de pescadores, como todo el mundo las conoce. La verdad es que nadie ha vivido aquí, pero son muy pintorescas. Las mandó construir mi bisabuelo para cerrar la entrada de una cueva.

—¿Qué sentido tendría cerrar una cavidad natural?

—Acompáñeme y lo verá usted misma.

Los dos se dirigieron hacia unos escalones que, pegados a la roca, como las mismas casas, daban acceso a los habitáculos, que se solapaban desafiando la verticalidad.

—Algunas de estas casitas solo son almacenes. Sitios donde guardar cosas que, ¿cómo le diría?, no estaba bien visto tenerla expuestas.

—¿Contrabando?

—Sí, pero eso es cosa del pasado. La economía tiene esos vaivenes, ya me comprende. Ahora eso sería impensable. Afortunadamente, el tiempo de los piratas pertenece más a la leyenda que a la realidad.

—Ahora que habla de leyendas, leí con atención el libro que me regaló.

—¿Lo encontró interesante?

—Más bien revelador, diría yo. Creo que ahora voy comprendiendo algunos aspectos que en principio no tenían sentido para mí, como la figura de la Quimera. ¿No era aquel ser terrorífico que se dedicaba a guardar tesoros? ¿Es aquí donde guarda el suyo, señor Palatucci?

Don Orazio dejó escapar una leve risita mientras abría el portón de la última vivienda, la que parecía estar más bien conservada, pintada con un estuco granate que empezaba desconcharse.

—Pase, por favor... Espero que le guste lo que vea.

Una vez atravesaron el dintel de la puerta, la abertura en la roca viva dio paso a una sala que, al iluminarse con unas velas de bujía, que don Orazio encendió al punto de entrar, comenzó a resplandecer como oro llameante.

—Pero si es una capilla... —dijo Aurora con admiración.

—Está dedicada a *Sant'Elmo*. Aquí lo veneran mucho los marineros, aunque ya casi nadie se dedique a ese noble oficio.

—Las paredes, el altar, todo es...

—Sí, todo es de oro. Mi bisabuelo no reparó en gastos, aunque yo, modestamente, creo que es un desperdicio. A fin de cuentas, nadie, excepto yo, puede visitarla y no soy lo que se dice un buen creyente.

—Es fabuloso y de gran belleza... Entonces, ¿este era el tesoro por el que todos suspiraban?

—En efecto, ¿o qué pensaba?

—No sé, creí que se referían a otra cosa. He oído tantas historias que...

—No debió hacer caso de los chismes de ese desarrapado de Antonio.

—No hable usted así de él. Era el...

—El tío de Nicola... Prácticamente su suegro, ¿no?

—¿Qué? No sé de qué me habla.

—Vamos, Aurora, no se haga la tonta conmigo. ¿Por quién me toma? Ni por un momento creí ese camelo de la escritora en busca de un argumento romántico. Solo quise saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar, pero veo que se ha vuelto razonable y ha decidido marcharse.

—Entonces, ¿por qué me ha traído hasta aquí?

—Digamos que he querido ser generoso con usted, para que no se fuera con un mal sabor de boca y también para preguntarle por el paradero de algo que me pertenece. Pensé que, si veía esto con sus propios ojos, dejaría de pensar cosas poco juiciosas y se marcharía en paz.

—¿En paz dice?... Ahora es usted el que me subestima. Sabía que intentaría camuflar la verdad enseñándome la patita; una pequeña muestra de la verdad que esconde. Bien, ¿por qué no ponemos las cartas boca arriba y descubrimos la jugada? A fin de cuentas, a eso precisamente hemos venido, ¿no?

—Tiene razón, la subestimé. Veo que es más tozuda de lo que pensaba y es una pena...

—¿Eso es una amenaza?

—Ni mucho menos, querida. Quiere la verdad, pues la va a tener, aunque no sé si le compensará el precio que deba pagar por ella.

—¿Sabe? No le tengo miedo. Además, aunque sea una mujer, todavía tengo arrestos para medir mis fuerzas con un tipo como usted.

—Se cree muy lista, pero un tipo como yo, bajito y poca cosa, siempre toma sus precauciones... ¡Francesco!

Al oír su nombre, Aurora se estremeció. Nunca hubiera imaginado que, quien apareciera detrás del cortinaje del altar, fuera la persona de la que se había enamorado tan perdidamente.

—¿Sorprendida? —dijo don Orazio.

Durante unos segundos, Aurora no pudo articular palabra. Su tez se quedó lívida al verlo empuñar un arma que encaraba hacia ella y tragó saliva como el que traga una purga pero, al mismo tiempo, dejó salir un exabrupto que le salió del fondo de su alma.

—Así que no eres más que su esbirro... Debí imaginarlo. ¡Qué tonta he sido! Todo ha sido una treta.

—No, te equivocas, Aurora... —dijo Francesco—. Lo del otro día fue de verdad. No hubiera querido que esto sucediera pero...

—Pero te importan más las migajas que te ofrece este hombre, ¿no es así?

—Bueno, bueno... Siento interrumpir este diálogo de tortolitos... —dijo don Orazio—. Francesco, por favor, puedes guardar el arma, no creo que la señorita vaya a hacernos nada malo... Ahora, si tiene la bondad de acompañarnos.

Palatucci tomó el pequeño candelabro con su mano y recorrió el grueso cortinaje de terciopelo que había detrás del altar, para que todos pasaran a la sala contigua. Era una pequeña estancia, en la que se amontonaban tétricas figuras y objetos religiosos que no tenían cabida en la capilla pero, con la tenue y titilante luz de las velas, parecía una cámara de los horrores. Francesco se adelantó para abrir una portezuela al final de la sala. Detrás, una gruta dejó entrar el aire húmedo y viciado en forma de una bocanada malsana, que les dio la bienvenida.

—¿Qué es esto? ¿La cueva de Alí Babá? —dijo Aurora con sarcasmo.

—Ahora lo verá, querida, ahora lo verá. —contestó don Orazio.

Palatucci se adelantó con unos cuantos pasitos y se situó en el centro de la oquedad. Aurora necesitó un rato hasta que se le acostumbró la vista para descubrir lo que allí había. Cuando las pupilas se dilataron lo suficiente, el refulgente brillo de las joyas comenzó a salir de unos baúles como el genio de su lámpara.

—Acérquese, por favor —dijo don Orazio—. Compruebe usted misma que no le engañan sus ojos.

Aurora se agachó para hundir sus dedos entre cientos de collares, diademas y anillos, que se amontonaban al tuntún como en el botín de un pirata.

—Así que era verdad. Este es el famoso tesoro del que me hablaron. Por esto murió Nicola.

—Eso no es del todo cierto —dijo don Orazio—. Nicola no tenía que haber muerto, no si no se hubiera llevado algo que me pertenecía.

—¿Qué se llevó? ¿Unas migajas de su botín? Aquí tiene más de lo necesario; más de lo que podrá gastar en toda su vida.

—Veo que no ha entendido nada, Aurora. Si Nicola me hubiera pedido algo, yo se lo hubiera dado sin dudar. Aquí hay más que suficiente para alguien como yo, como usted dice, pero no me lo pidió y con ello cometió el peor de los crímenes, el de la traición. Yo confiaba en él, es más, lo traté como a mi propio hijo. Todo esto hubiera ido a parar a sus manos algún día, cuando yo muriera y él ocupara mi lugar. Para eso estuve formándole, para que fuera el nuevo Palatucci.

—¿Sabe qué?... Me resulta patético. Con todo su poder, solo había una única cosa que era incapaz de tener: un hijo y hasta eso lo quiso comprar, pero el cariño de una persona no se compra ni con todo el oro del mundo. No quiero justificar que lo que hizo Nicola estuviera bien; no debió llevarse lo que no era suyo pero, de ahí a matarlo...

—Compréndame, tuve que hacerlo. Si lo hubiera dejado ir sin más, ¿cómo podría impedir que otros hicieran lo mismo? En poco tiempo, todo se hubiera esfumado.

—Le comprendo perfectamente. Sin todos esos tesoros, usted pronto dejaría de ser el Rey de Tremore; perdería todo el control que tiene sobre su gente.

—No, no, no... Precisamente soy yo quien garantiza que la gente viva bien aquí, que sus vidas transcurran tranquilas como siempre ha sido. ¿Qué sería de ellos si el turismo hubiera hincado el diente en el pueblo? Todo hubiera sido diferente, habrían tenido que vender sus casas; mudarse para que hoteles y restaurantes las ocuparan como ha sucedido en el resto de la *Costiera*. Hubieran dejado de vivir aquí para marcharse a quién sabe dónde, quizá a algún suburbio de Nápoles donde la delincuencia campa a sus anchas... Ahora, querida Aurora, solo deseo recuperar lo que es mío. Quiero que me

diga, exactamente, dónde está el dinero que Nicola me robó.

—Así que, al final, todo era eso. Lo único que quería averiguar es lo que hizo con lo que se llevó, ¿no es así?... Siento amargarle la fiesta, pero Nicola fue mucho más listo y se dedicó a camuflar el rastro para que nadie lo encontrara, incluida yo. Ni siquiera la policía española tiene pistas fiables. No sabe las peripecias que he pasado desde que lo mataron. Hoy vivo en una casa que ni me pertenece, embargada por el juzgado.

—Ahora veo que sí tiene ciertas dotes para el drama, querida. Tal vez debería replantearse su vocación y dedicarse a la literatura. ¿Cree que diciendo que no sabe nada la voy a creer y dejar que se vaya sin más?

—Haga lo que quiera, pero le he dicho la verdad. No sé dónde está ese dinero.

—¿Recuerda el libro que le regalé? ¿Aquel en el que aparecía la figura de la Quimera?... Resulta que existe de verdad y usted ha tenido la mala fortuna de cruzarse en su camino. Ha querido engañarla, incluso seducirla, pero no sabe lo amargo que puede resultar un beso de la Quimera. Solo ha conseguido enfurecer a la bestia y no va a tener piedad de usted.

—¡Basta de chácharas! —interrumpió Francesco con un grito que dejó absortos a los dos—. Está claro que ella no va a decirnos dónde se encuentra el dinero; quizá sea verdad que no lo sepa, Nicola era un tipo listo.

—Tienes razón, Francesco, máatala. Desaparecerá como tantos otros que quisieron tomar lo que no era suyo —dijo don Orazio.

—¡Cállate, viejo chocho! —contestó Francesco con mayor rotundidad—. Ella tiene razón. Todo esto es demasiado para un viejo como tú. Durante mucho tiempo, Nicola y yo tuvimos que aguantar tus impertinencias, tus ideas trasnochadas sobre lo que le convenía o no a la gente de Tremore. Le hiciste creer que, algún día, todo esto iba a ser para él y que podría poner en marcha muchos proyectos que hubieran traído prosperidad al pueblo, pero todo era mentira. Poco antes de que se fuera, averigüé la verdad. Todo esto se lo ibas a dejar a tu primo Michelle, el tonto, como tú lo llamas en tono despectivo; alguien mucho más tirano que tú. Nunca confiaste en él, pero era de la familia y con eso te bastaba, ¿no es así?

—Yo, yo... ¿Cómo lo averiguaste? —dijo don Orazio farfullando.

—Entre idas y venidas al notario, cosas que se escuchan en la casa y conociéndote, no fue difícil atar cabos. Al principio, Nicola se resistía a

creerlo; siempre fue tu perro fiel, pero yo lo convencí de que, tarde o temprano, le darías la patada y juntos ideamos el plan para robarte. Aun así, solo nos llevamos un ápice de tus tesoros, cosas que pudimos colocar bien en el mercado negro sin levantar sospechas. Queríamos empezar una nueva vida lejos de Tremore y lejos de ti.

—Entonces, ¿estabais compinchados? —dijo Aurora, absorta con aquellas revelaciones.

—Solo al principio... Decidimos que era mejor que yo me quedara al servicio de Palatucci para poder controlar sus movimientos. Él se escondió en Milán durante algún tiempo, pero luego le perdí la pista.

—¿Y pensaste que te la había jugado? —dijo Aurora.

—Sí, pero imaginé que lo habría hecho para estar más seguro. Estuve esperando meses y meses, haciéndome cargo de esta escoria, pensando que podría ser feliz lejos de aquí, que al fin realizaría mis sueños... Pero, un buen día, se puso en contacto conmigo. ¡Estaba en España e iba a casarse! La vida le sonreía, mientras yo me pudría aquí.

—¿Qué hiciste?

—Tenía que averiguar dónde estaba, hablar con él, por eso le brindé mi ayuda para conseguir los papeles para la boda. Había cambiado de nombre, Andrea decía llamarse, y yo tenía contactos en Nápoles que me facilitaron la falsificación de los documentos. Me habló de que estaba multiplicando nuestro dinero y que, con inversiones convenientes, había conseguido blanquearlo hasta borrar las huellas de su procedencia, pero que ahora era imposible disponer de él; no hasta que todo estuviera conforme quería. Me pidió paciencia. ¡Paciencia! ¿Te das cuenta, Aurora? Como si no hubiera tenido la suficiente. Mientras, Nicola disfrutaba de los placeres de su vida en España al lado de su esposa.

—Fuiste tú quien lo mataste, ¿no? —dijo Aurora mientras sus ojos se arrasaban con lágrimas que intentaba contener.

—No tuve más remedio. Le dije a don Orazio que había conseguido localizarlo y que me dejara a mí ocuparme de todo. A este bastardo —dijo señalando a Palatucci—, le pareció bien con tal de que regresara con su dinero y emprendí la marcha a España. Se buscó un buen escondrijo. ¿Quién iba a buscarlo en una ciudad pequeña como Teruel?... Cuando contacté con él, reconozco que tuvo mucha alegría al verme, hasta quiso presentarme a su

mujer; supongo que seguía pensando que hacía lo correcto pero, cuando me puse firme pidiendo mi parte, discutimos. Fue muy desagradable y llegamos a las manos; él era más fuerte y me endosó varios golpes. Yo, ofuscado, saqué el revólver para intimidarlo, aunque no tenía intención de matarlo pero, al forcejear, se disparó el arma y eso fue todo.

—¡Mientes! —gritó Aurora—. No eres más que un vulgar asesino. La policía dijo que habían sido tres disparos y uno fue certero al corazón.

—Está bien, Aurora, yo solo quería dulcificar el relato, pensé que así no te sentirías tan mal... Sí, disparé varios tiros. Estaba harto de sus mentiras y de que me diera largas. Me dijo que, si lo mataba, jamás iba a saber dónde se encontraba el dinero, pensando que así lo iba a dejar en paz. Se equivocó. No me gusta que me tomen el pelo y no iba a volver humillado. Si tenía que volver con don Orazio, debía demostrar que era digno de su confianza.

—Me das asco —le espetó Aurora.

—Tú a mí no. Reconozco que disfruté poseyendo algo que antes fue de Nicola. Fue mi pequeña venganza.

—¿Cómo supisteis quién era yo realmente?

—Gracias a tus preguntas y al buen saber hacer de Luca, el capitán. Al principio tuvimos serias dudas. Nunca llegamos a saber cómo te llamabas ni cómo eras, pero luego todo fue fácil, aunque casi consigues dárnosla con queso con la historia de la escritora. Con un poco de tacto y un poco de cariño, poniendo los cebos adecuados, tú misma revelaste tu identidad.

—¿Qué vas a hacer conmigo y con Palatucci?

—Tuviste tu oportunidad de marcharte, pero te pudo más la curiosidad. Palatucci quería saber dónde estaba su dinero y entonces lo vi claro, era mi oportunidad, la que siempre había estado esperando. Sin Palatucci, jamás hubiera tenido acceso a este sitio, así que montamos este paripé para hacerte desaparecer si no cantabas dónde estaba el dinero, aunque yo tenía preparado otro final muy distinto.

—¿Y qué final es ese?

—Si quieres, podemos compartirlo juntos... Nos deshacemos de ese cerdo y nos llevamos todo el botín, ¿qué te parece?

—Ni lo sueñes. Jamás me iría con un tipo como tú...

—Tú te lo pierdes, querida. Así, no tendré más remedio que mataros a los

dos. Para cuando encuentren los cadáveres, yo ya estaré muy lejos. A ti te culparán de su muerte; una ladrona que se hacía pasar por escritora... Resultará muy convincente.

—Por favor, Francesco, sé razonable... —dijo don Orazio suplicándole por su vida—. ¿Qué quieres? Puedes llevarte lo que quieras pero, por favor, no me mates. ¿Qué ganas tú con eso?

—¿Que qué gano, viejo?... ¡Todo! Voy a conseguir un pasaporte a mis sueños. Es el precio por haberte aguantado tantos años. ¿Por qué conformarse con algo si me lo puedo llevar todo?

—Eso es... Llévatelo todo, pero no me mates. —dijo al borde del llanto.

—¿Tanto crees que vale tu vida? Además, ni siquiera te has ganado esta fortuna. Tus antepasados se lo robaron a esos tiranos borbones y yo te lo robo a ti. Ya sabes lo que dicen, quien roba a un ladrón...

En aquel momento, Francesco sacó su arma apuntando directamente a la cabeza de Palatucci. Don Orazio intentó echarse atrás, pero tropezó con uno de los baúles y, perdiendo el pie, dio con sus huesos en el suelo. Aurora contemplaba la escena atónita, como en una película. Estaba paralizada entre el miedo y el orgullo para que no la viera suplicante como aquel tipo que escurría su trasero intentando escapar del cañón del revólver.

—Ha llegado tu hora, encomiéndate a algún santo si es que sabes rezar...

—¡Detente! ¡No hagas una locura! —gritó en vano.

Palatucci cerró los ojos y juntó sus manos en un último acto para pedir clemencia, pero Francesco, impasible, descerrajó dos tiros que impactaron en su cabeza. Manó un hilo de sangre que comenzó a teñir las gemas desparramadas, convirtiéndolas en rubís sangrientos, mientras Aurora se abalanzaba sobre aquel cuerpo en un frustrado intento de socorrerlo.

—¡Eres un miserable! ¿Por qué tenías que matarlo? ¿Por qué tuviste que matar a Nicola? —dijo Aurora llorando, librada a la desesperación.

—Vamos, querida, simplemente me he deshecho de una inmundicia. El mundo no se acabará con su muerte. Respecto a Nicola, tú misma dijiste que habías dejado de amarlo, que solo fue un sueño. Tarde o temprano te hubieras dado cuenta de quién era. Yo solo aceleré el proceso.

Para Aurora, el mundo dejó de importarle. Se abrazó llorando al cuerpo inerte de Palatucci, no porque le tuviera aprecio, sino porque le recordaba a

Nicola. Lo meció como no pudo hacerlo con su marido, al que no le dejaron ver más que su cara. Francesco hablaba y hablaba justificando, con cada palabra, un acto que no se atrevía a ejecutar, pero Aurora solo oía su débil corazón roto. Con los ojos cerrados, esperó el atronador sonido que precedía a la nada, a la paz perpetua y no sintió miedo. En una fracción de segundo se despidió de sus padres, de la escuela y hasta de Antonio y el inspector Quiroga y fue este quien se le quedó grabado en el último instante. Francesco dejó de hablar; era el momento y Aurora se dejó llevar.

De repente, gritos desgarrados, ruido de puertas rotas y pisadas a la carrera. Aurora abrió los ojos; no era la clase de estruendo que esperaba. Francesco bajó el arma y miró hacia la entrada de la cueva. Una voz familiar para ella le devolvió la esperanza.

—¡Alto, deténgase! —dijo Adolfo Quiroga empuñando su arma.

En vano Francesco intentó apuntar al inspector. De un certero tiro cayó abatido sin saber quién era el que le disparaba. Una bala le rompió el corazón lleno de avaricia, juntando su sangre con la de Palatucci. La Quimera se había cobrado su última víctima.

—¿Estás bien, Aurora?

—Sí, sí... Pero, ¿qué haces aquí? —preguntó Aurora anonadada.

—Sabía que algo no andaba bien. Llámalo intuición profesional...

—¿Cómo habéis llegado? Era prácticamente imposible que supierais...

—Ha sido todo gracias a Antonio; él me trajo al fiordo.

Antonio entró como una exhalación, apresurándolos como si no hubiera tiempo que perder.

—¡Vamos, vamos! Hay que salir de aquí cuanto antes. Ya lo tengo todo preparado.

—Pero, ¿qué sucede? —dijo Aurora preocupada.

—Tenemos que irnos, Antonio quiere dinamitar la entrada de la cueva. —contestó el inspector.

—¿Dinamitarla? ¿Para qué?... ¿Y todo esto?

—No hay tiempo, ¡Vamos!

Adolfo y Aurora corrieron hasta alcanzar la salida. Bajaron las escaleras y corrieron a la pequeña playa donde permanecía varado el bote de Antonio junto a la lancha de Palatucci.

—¡Subid a mi bote, yo os alcanzaré con la lancha! —les gritó desde las escaleras.

Una vez desencallado, Adolfo comenzó a remar tan deprisa como le permitían sus fuerzas, hasta que salieron a mar abierto. Aurora se quedó mirando atrás. Estaban a salvo, pero todavía temían por Antonio, por si algo salía mal, y aguardaron a unos cuantos metros de la entrada del fiordo.

Una explosión ahogada y seca les encogió el corazón. Luego, solo quedó el ruido de las olas estrellándose contra el acantilado, como si la naturaleza hubiera decidido borrar toda huella de lo que había pasado. Tras unos minutos de angustia, apareció de entre las rocas la lancha capitaneada por Antonio, hasta que se reunió con ellos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aurora.

—Ahora solo queda deshacerse de esta lancha —contestó Antonio. —Una pequeña explosión y ¡boom! Todo el mundo pensará que Palatucci ha muerto en su propia embarcación. Al no encontrarlo, creerán que ha sido devorado por los peces.

—¿Y qué hay de la cueva?

—Ya no hay cueva —dijo Antonio—. No se preocupe, la gente de aquí no hará preguntas. Son demasiados años de silencio para que ahora les preocupe qué ha pasado allí.

—¿Y Francesco?

—Se olvidarán de él como hicieron de Nicola. Pensarán que se marchó como mi sobrino.

Antonio rasgó parte de su camisa y abriendo el depósito de combustible, introdujo en él parte del paño, improvisando una especie de cóctel molotov que haría explotar la motora. Le prendió fuego y saltó rápidamente al bote tomando los remos.

—Déjeme a mí —le dijo a Adolfo—. Soy viejo, pero mis brazos todavía están acostumbrados a remar. Ahora, agáchense, ese trasto no tardará en estallar.

Remó con fuerza hasta que se alejaron prudencialmente, cuando la explosión lanzó los pedazos de la embarcación en todas direcciones, cayendo con estrépito al mar, tan cerca que a punto estuvo de alcanzarles. Luego, solo un rastro de fragmentos y manchas de fuel quedaron como señal, hasta que las

olas comenzaron a barrerlos contra la escarpadura rocosa. Aurora levantó la cabeza y se abrazó a Adolfo, que la rodeó con sus brazos dándole un beso en la frente. Todo había acabado y el mar, testigo eterno, guardó silencio.

CAPÍTULO 19

Antonio no quiso despertarlos cuando, a la mañana siguiente, el molesto graznido de las gaviotas invadió las calles de Tremore. Sabía que, cuando se despabilaran, le asaltarían con multitud de preguntas. Hizo café y, a su olor, comenzaron a oírse ruidos por las habitaciones. El primero en salir fue el inspector, con el pelo desaliñado y la incipiente barba de dos días que empezaba a dominar su cara.

—Buenos días, Antonio. Veo que ha preparado café —le dijo entre mímicas y su italiano de ir por casa.

—No se esfuerce, inspector, no lo hablo muy bien, pero entiendo perfectamente el español. De joven estuve enrolado en un pesquero andaluz... ¿Qué? ¿Aún duerme? —dijo, preguntando por Aurora.

—Creo que sí. Ayer tuve que suministrarle un sedante para que se durmiera; estaba muy afectada, pero será mejor que la despierte.

—Déjela un poco más; le hará bien. Mientras, charlamos un poco... Supongo que se marcharán pronto, ¿no? —dijo Antonio mientras le servía una taza de café.

—Así es. No vine en misión oficial, ni siquiera avisé a las autoridades italianas. Solo saben que estoy aquí mis superiores de la comisaría y les dije que tan solo quería cerciorarme de que Aurora regresaba sana y salva.

—Entonces, ¿no va a dar parte a los carabineros?

—Sería muy engorroso tener que explicar lo sucedido, ¿no cree?

—Me deja más tranquilo, sobre todo porque el capitán de los carabineros de Tremore es mi propio sobrino Luca y ya le comenté el aprecio que sentía por el señor Palatucci. Por un momento creí que se ceñiría a las ordenanzas y cumpliría con su cometido.

—Pensé que era una locura, cuando me propuso dinamitar la cueva y todo lo demás, pero ahora veo que fue lo más conveniente... Son demasiadas preguntas para las que todavía no tengo respuesta pero, dígame, ¿cómo supo que Aurora podía estar en peligro?

—Ese tipo, Francesco, no era trigo limpio. Cuando Aurora me insinuó que

se habían estado viendo, enseguida sospeché de él... Trabajando para don Orazio, blanco y en botella... Si usted no llega a estar aquí, no habiéramos podido salvar a Aurora.

—Llámelo intuición pero, cuando noté ese cambio de actitud en ella, no me quedé tranquilo y decidí coger el primer vuelo.

—Fue una suerte que se dejara guiar por su instinto...

—El verdadero golpe de fortuna fue que los viera dirigirse hacia el embarcadero.

—Estoy acostumbrado a madrugar y aquí, en tierra, no hay muchas cosas que pueda hacer un marinero jubilado como yo, salvo asomarse por la ventana para contemplar el mar o fumarse un pitillo en la puerta de casa. Cuando vi marchar, a primera hora, a don Orazio y a Francesco con la motora, me pareció raro, pero más todavía cuando Palatucci regresó sin su hombre de confianza, fue entonces cuando le desperté. El resto ya lo sabe, agazapados en la ventana, usted mismo vio salir a Aurora con don Orazio rumbo al fiordo.

En aquel momento apareció ella en el patio, con los ojos a medio abrir y bostezando.

—Disculpadme... Me costó dormirme, pero esta mañana no conseguía despertar.

—Será mejor que tomes un café mientras te desperezas, hoy nos espera un largo camino de vuelta.

—¿Acaso nos vamos?

—Te lo dije ayer, ¿recuerdas? —dijo Adolfo—. Aunque creo que no tenías la cabeza para oír mis monsergas.

—Perdona, todavía estoy aturdida. Me he pasado casi toda la noche con pesadillas: el fiordo, don Orazio muerto y la famosa Quimera a punto de devorarme... Es raro, pero en todos esos sueños no aparecía Francesco.

—¡Ni falta que hace! —dijo Antonio—. Además, seguro que esa Quimera de la que hablas, es el mismo Francesco, ese malnacido que mató a mi Nicola. Solo espero que su alma nunca pueda descansar.

—Al fin obtuvo lo que tanto ansiaba. No pudo tener el tesoro en vida, pero ahora podrá disfrutarlo por toda la eternidad —dijo Aurora con resignación—. ¿No les parece que es un desperdicio haber dejado esa fortuna enterrada? Quién sabe la de cosas que se hubieran podido hacer con todo ese dinero.

—El mal, querida Aurora, el mal —replicó Antonio—. Tanta riqueza solo lleva a corromperse, a desear más y más; nunca hay suficiente. Créeme, es mejor que permanezca allí, formando parte de la leyenda, como ha creído toda la gente de Tremore.

—Tal vez tengas razón, Antonio. Ahora solo queda olvidar lo que vivimos ayer en el fiordo... Si me disculpáis, tengo que subir a casa, a por mis cosas. Todavía tengo las maletas sin hacer.

—Te acompaño —dijo Adolfo sin dudar un instante.

Antonio se sonrió. El inspector no le había dicho nada pero, un viejo lobo de mar como él, supo captar al vuelo el interés real que Aurora despertaba en Adolfo.

Fueron dando un paseo hasta la casa de Aurora. Adolfo no estaba acostumbrado a las cuestas de Tremore, a su eterno zigzaguo, y le costó seguirle el paso.

—¿Se cansa inspector?

—La verdad es que estas calles son endiabladas, eso, o que me estoy haciendo viejo.

—¿No lo dirá en serio? ¡Vamos! Si es muy joven todavía... ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta y siete? ¿Treinta y ocho?

—Cuarenta y uno... Y por favor, ¿por qué no nos tuteamos de una vez? Ya te lo pedí una vez...

—Tienes razón, pero no me acostumbro... ¡Ah! y que conste que, con cuarenta y un años, no me pareces para nada un viejo. Todavía estás de muy buen ver.

—Vaya, gracias. No todos los días te hace un cumplido una chica tan guapa como tú.

—No todos los días le salvan la vida a una... Bueno, ya hemos llegado. —dijo Aurora cuando se paró delante de la puerta.

Sacó el manojito de llaves y abrió la cerradura para dar paso a un Adolfo que llegaba sin resuello.

—Allí está la cocina —le indicó con la mano—. Sírvete lo que quieras mientras empaqueto mis cosas. No tardaré mucho.

Adolfo se sirvió una copa de vino mientras se oía a Aurora trastear por la habitación. Merodeó por el salón dando un repaso a todos los rincones de la

casa, hasta tropezar con un cuadro que se escondía detrás de unos sillones. Lo tomó entre sus manos y lo acercó a la ventana para contemplarlo mejor.

—Aurora, ¿quién te hizo este retrato? —gritó para que Aurora lo escuchara desde arriba.

Aurora bajó hecha toda una furia, haciendo retronar los tacones en los escalones.

—¡Tira es cuadro ahora mismo!

—¿Por qué? No está mal. ¿Quién te lo hizo?

—Francesco.

—¿Posaste para él?

—Es una larga historia que ahora no me apetece desempolvar. Dejémoslo así... Trae, lo tiraré por el acantilado.

Tomó el cuadro como si quemara en sus manos y subió decidida a la terraza. Adolfo la siguió, pero no pudo impedir que lo lanzara al vacío. Aurora se sujetó a la barandilla y comenzó a respirar ansiosa hasta verlo caer al agua. En pocos segundos, el mar se encargó de hacerlo trizas, hasta desaparecer entre la furiosa espuma que se batía contra los escollos. Adolfo la abrazó y ella estalló en un llanto que llevaba contenido demasiado tiempo. Él no hizo ninguna pregunta, sabía que, detrás del cuadro, había mucho más y no quiso ahondar en su pena. La dejó llorar hasta que se relajó, enjugando el llanto con su mano.

—Lo siento —dijo Aurora—. Me he comportado como una estúpida.

—Tranquila, no pasa nada. ¿Ya lo tienes todo?

—Sí. Si quieres, ya podemos irnos. Tengo ganas de dejar esta casa. Tenías razón, jamás debí venir aquí.

Adolfo la ayudó con el equipaje y bajaron hasta el puerto. Fue la última vez que se oyó el traqueteo de las maletas refunfuñando contra los adoquines. Antonio les aguardaba para despedirse, antes de que se subieran a una lancha que les llevara hasta Positano, para tomar allí el ferry de Nápoles.

—Ya es la hora, Antonio —dijo Aurora antes de subir—. Te echaré mucho de menos.

—Aurora. Yo, quería decirte algo antes de despedirnos. Sé que no fui del todo amable cuando llegaste, ya sabes, mi carácter es así y no puedo evitarlo, pero he comprendido porqué Nicola te eligió para ser su mujer. Eres una gran

chica y espero que, algún día, vuelvas para visitar a este viejo.

—Gracias, Antonio —le dijo abrazándolo—. Yo también te he tomado mucho cariño, *papá*.

Aquellas palabras emocionaron a un Antonio que, por primera vez, dejó caer las lágrimas de sus ojos sin sentirse cohibido. Adolfo le dio la mano y la pareja se subió a la lancha. En pocos minutos, no eran más que un pequeño punto blanco en el horizonte.

—¿Volveremos? —preguntó Aurora.

—No lo sé, quizá algún día... —dijo Adolfo—. De lo que sí estoy seguro es que lo haremos como turistas. Me voy de aquí sin conocer nada de la zona y eso que dicen que es la mejor costa del mundo.

—Sin duda. Es difícil olvidar un sitio como este cuando se ha estado a punto de perder la vida en él.

—No me gustaría que te quedaras con esa sensación.

—No lo digo con resquemor. Comprendo el apego que le tiene Antonio a su tierra y no me hubiera importado formar parte de ese paisaje, incluso haber acabado aquí mis días, a los pies de un mar tan poderoso. Es una sensación un poco extraña; no sé si me habituaré al volver a España.

—Ahora ya no tendrás que esconderte de nadie, lo sabes, ¿no?

—Eso no es lo que me inquieta. Después de haber vivido una aventura tan intensa, tengo miedo de que la vida me sepa a poco en un lugar tan tranquilo como nuestra ciudad.

—No tan tranquilo... No sé si recuerdas que todavía sigo siendo inspector de policía. Te sorprenderías de la cantidad de casos que tengo que resolver a diario.

—¿Por eso estás ahora conmigo? —le dijo Aurora sonriendo.

—Es que este era un caso muy especial... En él estabas tú.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse tras el horizonte, dejando el cielo salpicado de tonos anaranjados, la lancha puso rumbo al puerto de Positano. Cientos de gaviotas vinieron a recibirlos, graznando mientras describían arriesgadas piruetas aéreas sobre sus cabezas. Aurora se acurrucó, recostando su cabeza en el pecho de Adolfo, que la abrazó tiernamente. Su pelo, con los reflejos dorados del atardecer, brillaba como el fuego y él, acercando su cara, lo besó. Olía a heno fresco, a naturaleza viva, a hogar y se sintió feliz de

tenerla entre sus brazos, protegiéndola y amándola en silencio. No era hombre de verbo fácil, máxime cuando tenía que dar rienda suelta a sus sentimientos y prefirió que su cuerpo, que se estremecía con el roce, hablara por él, que transmitiera lo que sentía con los impulsos de la sangre que corría por sus venas. Ella tampoco dijo nada, pero no se despegó de su lado. Quizá solo necesitaba seguridad, pero allí estaba, sin moverse. Cuando volvieran a España, tendría que descubrir si el amor que sentía por Aurora era correspondido.

CAPÍTULO 20

Eran casi las doce de la mañana de un caluroso día. No había nadie en la ciudad; casi todos se habían marchado a pasar las vacaciones a la costa o pululaban de pueblo en pueblo, ebrios de fiesta, por la cercanía de la Virgen de Agosto. Aurora le había pedido a Laura que le echara una mano con la mudanza; había decidido irse de aquella casa que ni siquiera le pertenecía. Desde que volvieron, apenas había visto a Adolfo, enfrascado en darle carpetazo al caso y, a pesar de que le pidió paciencia, estaba determinada a pasar página en su vida.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le preguntó Laura mientras colocaba libros en una caja.

—Totalmente. Tengo que empezar de nuevo en un sitio que no esté tan cargado de recuerdos —dijo Aurora.

—Desde que has vuelto, te noto cambiada. Todavía no me has contado lo que pasó en Italia...

—Nada, simplemente averigüé quién era realmente mi marido y...

—Y no te gustó, ¿no es así? Yo, todavía no me acostumbro a llamarle Nicola...

—Anda, date prisa con esas cajas. Es casi mediodía y el calor es insoportable. Si terminamos pronto, tal vez podamos acercarnos al pantano y alquilar uno de esos patines de agua. Fíjate, en el tiempo que estamos y todavía no nos hemos puesto morenas.

Laura se puso a empaquetar los objetos que adornaban el despacho. Sobre la mesa, llena de objetos de escritorio, había una caja de taracea, decorada con figuras hechas con delicadas piezas de marfil.

—Qué caja tan bonita. ¿Te la regaló Nicola?

—Seguramente. Me hizo tantos regalos, que no había reparado en ella pero, si te gusta, te la puedes quedar.

—¿En serio? Aunque, siendo un regalo, quizá no deberías desprenderte de él.

—Tengo muchas cosas. De verdad, me gustaría que te lo quedaras como

recuerdo.

—Está bien, gracias.

Laura, absorta en su contemplación, empezó a manipularla, pero no consiguió abrirla.

—Aurora, ¿tienes la llave de la caja?

—No, ni siquiera sabía que necesitara una llave.

—El caso es que no parece tener cerradura. No sé, no estoy segura, pero creo que podría tratarse de una caja húngara.

—¿Una caja húngara, dices? En mi vida había oído hablar de eso.

—Sí, son cajas «mágicas» para guardar secretos. Tienes que ir desplazando distintas piezas hasta que queda visible la cerradura y se libera la llave... Es divertido.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tuve un novio al que le encantaban los trucos de magia. Coleccionaba trastos de estos... Decía que era relativamente fácil abrirlas, una vez das con el mecanismo, pero que también las hay infernales, como las japonesas.

—¿Y tú? ¿Sabrías abrirla?

—¡Ni hablar! Esto, como los rompecabezas, siempre se me ha dado muy mal.

—Pues estamos arregladas... En fin, terminemos con lo que estábamos y luego veremos cómo coño la abrimos.

Para cuando acabaron, ya no les quedaban fuerzas ni para ir al pantano de San Blas como tenían pensado. Se desparramaron en el sofá mientras devoraban un sándwich de jamón. Estaban tan exhaustas que no tuvieron tiempo para dedicarle a esa diabólica caja de secretos. En aquel momento, sonó el timbre de la puerta. Era el inspector Quiroga, que subió los escalones de dos en dos como si tuviera prisa.

—Hola, inspector —dijo Laura cuando le abrió.

—Laura, Aurora... Veo que os habéis afanado en empaquetarlo todo pero, a lo mejor, no hubiera sido necesario todo este trabajo.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Aurora.

—Sí. Precisamente he venido por eso. He estado toda la mañana en el juzgado, hablando con el juez del caso. Era muy reticente, pero he podido convencerle cuando ha leído mi informe.

—¿De qué le has convencido? Si puede saberse —preguntó Aurora.

—Todavía tiene que hacer un requerimiento a Italia pero, si su legítimo heredero, Antonio, no se opone y teniendo en cuenta los antecedentes y que tú colaboraste en su compra y mantenimiento, está de acuerdo con que te quedes con la casa.

—¿Has oído eso, Aurora? No tendrás que marcharte... —dijo Laura entusiasmada.

—Te doy las gracias, Adolfo, pero, el caso es que ya lo tenía decidido. Buscaré un sitio más pequeño y tranquilo donde instalarme. Luego, si es verdad lo que dices, venderé la casa. No me vendrá mal el dinero.

—Como quieras —dijo Adolfo—. Bien, también he venido para entregarte el resultado final del informe. En él se detalla todo pero, resumiendo, da por concluido el caso. La muerte de Nicola Greco se debió a un ajuste de cuentas, sin que pueda determinarse la autoría del crimen. Al no existir móvil aparente, quedan anuladas las medidas de protección que recaían sobre tu persona y, hasta que aparezcan indicios o pruebas al respecto, se cierra el caso.

—Entonces, todo ha terminado, ¿no?

—Creo que sí y ahora tienes que retomar tu vida anterior.

—Siempre es un alivio... —dijo Aurora sin demasiada convicción.

—Inspector...—interrumpió Laura—. Hemos encontrado una caja un tanto especial, pero no sabemos cómo abrirla. Tal vez usted podría ayudarnos.

—¿Qué caja? —preguntó Adolfo.

—Es una caja húngara, de esas que se utilizan para guardar secretos, pero que no hemos podido abrir.

—¿Me dejáis verla? —dijo Adolfo intrigado.

Laura se la acercó y Adolfo comenzó a darle vueltas, intentando descubrir el mecanismo para poder abrirla.

—Es endemoniado este artilugio —dijo mientras se devanaba los sesos para encontrar un resquicio.

—A ver, dejádmela ver... Esos dibujos... —dijo Aurora que, por primera vez, se mostró interesada en ella.

Aurora reconoció lo que adornaba la tapa. Nunca se había fijado en aquel objeto; se le había pasado por alto la figura que representaba, distraída por el fino trabajo de filigrana que desfiguraba el dibujo.

—¿No es eso una Quimera?

—¿Quimera, dices? —preguntó Laura.

—Sí, uno de esos monstruos mitológicos de varias cabezas.

—Yo solo veo una especie de león con unas volutas que parecen alas o algo así —dijo Laura.

—Sí, tal vez sea lo que dices —dijo Adolfo—. Pero, ¿qué importancia puede tener eso?

—¡Toda! Son demasiadas coincidencias... El fiordo, la cueva, el tesoro... La figura de la Quimera siempre ha estado ahí...

Adolfo enseguida comprendió que, tal vez, esa caja pudiera contener algún secreto revelador y se encaró con Laura para pedirle, diplomáticamente, que se fuera.

—Laura, ¿sería tan amable de dejarnos un momento a solas? Me gustaría hablar con Aurora sobre algo del caso...

—Claro, cómo no... Bueno, Aurora, me marchó a mi casa. Si me necesitas, estaré allí.

—Gracias Laura, te llamaré luego.

Aurora no se tomó demasiado bien que Adolfo invitara a salir a su amiga, pero estaba intrigada por lo que tenía que contarle.

—Has sido algo grosero con Laura. No hacía falta que la echaras, a fin de cuentas es mi amiga.

—Estabas hablando más de la cuenta. Has mencionado lo del tesoro y la cueva y sabes que he tenido que cerrar en falso el caso, sin mencionar que tuve que matar a Francesco y no dimos parte a las autoridades...

—Está bien, tienes razón... ¿Satisfecho?

—Solo en parte. Estaré más tranquilo cuando descubramos lo que hay dentro de la caja, si es que hay algo.

—¿Y cómo piensas abrirla?

—Es de madera, ¿no?... Por favor, trae un martillo.

—¿Vas a romperla?

—¿Qué si no? No tengo tiempo para adivinanzas. No te preocupes, te compraré otra.

Aurora le alcanzó el martillo mientras Adolfo la colocaba

convenientemente en el suelo. Le asestó un certero golpe y las piezas del mecanismo se desperdigaron en distintas direcciones, dejando al aire el interior del cofre. Dentro, solo había un papel plegado.

—¿Qué es eso?

—No sé, parece simplemente un papel. Veamos si tiene escrito algo.

Adolfo lo desplegó con sumo cuidado y en su interior aparecieron escritas varias cifras: 966655432—1.

—¿Qué significa? —preguntó Aurora.

—No lo sé, pero quizá haga referencia a un número de cuenta o algo así.

—¿No revisaron su ordenador? ¿No hallaron nada parecido?

—Si es como me temo, quizá Nicola hubiera camuflado el dinero en una de esas cuentas numeradas que tienen algunos bancos que operan en paraísos fiscales. ¿Recuerdas que te dije que, salvo una pequeña cantidad, todo el dinero que manejaba parecía haberse evaporado?

—Sí, pero solo con ese número, ¿cómo vamos a averiguar a qué banco lo transfirió?

—Para que se pierda la pista de una cuenta numerada, esta debe estar en el mismo banco. Si lo hubiera mandado a otro, hubiera dejado rastros. Hoy en día casi nadie se la juega con el tema de los paraísos fiscales.

—¿Y qué banco era ese?

—El *National Sealand*, una entidad de las denominadas *offshore*, que opera en la Isla de Man.

—¿*Offshore*? ¿Qué diablos significa eso?

—En resumidas cuentas, son corporaciones que están situadas en países con una legislación más laxa, donde reciben un tratamiento fiscal muy conveniente para inversionistas que no suelen residir allí.

—¿Y hay alguna manera de acceder a esa cuenta? —dijo Aurora.

—Es posible. ¿Tienes a mano el portátil de Nicola?

—Sí, un momento. Creo que estará dentro de aquella caja. Hoy mismo lo hemos guardado.

Adolfo se sentó en la mesa del despacho y conectó el portátil. Aurora se situó de pie, detrás de la silla, y observó asombrada cómo accedía a la aplicación desde la cual, Nicola controlaba todas sus cuentas. Era complicado manejarse en un ambiente bancario que a Aurora le chirriaba, pero Adolfo

conocía bien los entresijos de aquel programa desde que intentara averiguar lo referente a las cuentas del italiano.

—Vamos a ver, ahora solo falta colocar los números y... *Voilà!*

Ante ellos apareció el monto completo de una fabulosa fortuna. Ocho millones de dólares.

—No puede ser, Adolfo. ¿Estás seguro de que no le sobran ceros a esa cantidad?

—No querida, tu marido, sin lugar a dudas, era un halcón de los negocios: fondos buitre, mercados de futuros, trusts... No había negocio imprudente al que no le hincara el diente. Podía haberlo perdido todo, pero tuvo suerte. Claro que, como el dinero no era suyo, pudo arriesgarse a la tremenda.

—Entonces, ¿somos ricos?

—Querrás decir que eres rica. Todo esto te pertenece ahora, pero gracias por hacerme partícipe, aunque solo sea por tu lapsus.

—¿No pretenderás que me quede con todo ese dinero?

—Nadie tiene porqué enterarse. La cuenta está a nombre de una fundación privada que, casualmente, lleva tu nombre.

—¿Qué dices? Eso es imposible, yo no...

—Andrea Martini, el titular de la primera cuenta, constituyó, por lo que se ve, una sociedad privada con tu nombre, señas y demás datos que te pertenecen... Fue listo el tipo. Así, nadie, legalmente, podría reclamarlo en nombre de Nicola Greco si le pasaba algo.

Sin dudarle, Adolfo transfirió toda la cantidad a la cuenta bancaria de Aurora que, en un instante, se convirtió en una mujer fabulosamente rica.

—Seguramente, mañana mismo te llamarán los del banco; no todos los días se ingresan esas cifras de escándalo. Yo de ti me buscaría un buen asesor fiscal y un abogado que sepa manejar estos trámites. Durante un tiempo intentarán buscarte las cosquillas con toda clase de preguntas sobre la procedencia de tantísimo dinero, pero Andrea lo dejó todo muy bien atado, por lo que parece.

—Estoy aturdida, jamás hubiera sospechado un final como este... Pero, sin duda, Andrea hubiera querido que, una parte de ese dinero, fuera para mejorar la vida de Tremore y sus habitantes, ahora que Palatucci ya no está para dirigir sus destinos.

—Tranquilízate, tienes mucho tiempo para decidir qué quieres hacer con esa fortuna. Ahora, sería mejor celebrarlo, ¿no te parece? ¿Qué tienes para beber?

—Pensaba que los policías no bebáis cuando estabais de servicio...

—En estos momentos ya no lo estoy y siendo la ocasión y la persona tan especiales, podría hacer una excepción, ¿no te parece? —dijo Adolfo insinuándose.

Aurora fue a por hielo y puso un par de *whiskies*. Se sentaron en el sofá y brindaron por aquel giro inesperado de los acontecimientos.

—Bueno, Aurora —dijo Adolfo—. ¿Ahora qué piensas de esta casa? ¿Vas a marcharte?

—Como tú dices, es pronto para pensarlo, pero sí, buscaré algo más cómodo. Total, ya lo tengo todo empaquetado. Y por lo demás, creo que seguiré dando clases, es lo que verdaderamente me gusta.

—Eso está bien y respecto a tu vida, ¿qué piensas hacer?

—¿A qué te refieres?

—No sé si habías pensado en rehacerla, ya sabes, darle otra oportunidad al amor...

—Creo que, aparte de traerme el informe del caso, tú has venido a decirme otra cosa, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Yo, hace tiempo que deseaba decirte algo. Aunque no lo parezca, estas cosas se me dan fatal y esperaba que te hubieras dado cuenta de que...

—Lo sé y estoy de acuerdo contigo, abrir tu corazón no es una de tus especialidades. Verás, he vivido unos meses trepidantes y, salvo lo de hoy, no he tenido demasiadas alegrías que digamos. Me apetece descansar, tomarme un tiempo para pensar y saber lo que realmente quiero hacer. Pecaría de frívola si ahora te diera esperanzas. Sé lo que sientes por mí, lo intuía desde hace bastante tiempo, incluso antes de marcharme a Italia.

—Entonces, no quiero insistirte más... Será mejor que me marche.

Adolfo dejó la copa a medio acabar encima de la mesa y se fue cabizbajo hacia la puerta. Hubiera esperado que, después de la emoción de su hallazgo y de todo lo que había tenido que luchar por darle un final feliz a la historia, ella hubiera caído rendida a sus pies, pero tenía razón. Aurora se merecía un

tiempo de tregua, un poco de espacio para poner en orden sus ideas y no podía hacer otra cosa que concedérselo, pero eso no aminoraba su decepción.

Cuando ya estaba en el rellano de la escalera, a punto de cerrar la puerta, Aurora lo llamó con voz potente.

—¡Espera, Adolfo! No te marches todavía.

Adolfo volvió a entrar y se quedó a mitad de camino del salón y de la entrada.

—¿Acaso me he olvidado de algo? —preguntó con cara de resignación.

—Sí, creo que te has olvidado de lo más importante.

Aurora se levantó y se acercó a él, le rodeó el cuello con sus brazos y le estampó un beso que, naturalmente, fue correspondido cuando Adolfo la agarró por la cintura.

—¿Y esto? —preguntó Adolfo sorprendido.

—Que necesite tiempo, no significa que no me gustes y que tengas que tirar la toalla conmigo. Esta vez quiero hacer las cosas bien, sin cometer locuras ni arrebatos. Ya que voy a quedarme en esta ciudad, tendremos tiempo de conocernos mejor y ¿quién sabe? Tal vez me guste casarme de nuevo...

—¡Aurora, me haces el hombre más feliz del mundo! —dijo exultante—. Yo, yo...

—Otra vez vuelves a atascarte. Te recomiendo que, si algún día te decides a pedir mi mano, vayas buscando las palabras o te quedarás para vestir santos.

—Te quiero, Aurora —le dijo mientras la volvía a besar.

—Vale, vale... Todavía no te he dicho que sí, solo te he dado permiso para que me frecuentes y, si hay algo más, ya se verá... Hasta mañana, Adolfo.

Él se marchó brincando las escaleras y ella se quedó dentro, con la espalda apoyada en la puerta. Sabía que esta vez no iba a cometer una estupidez entreabriendo la puerta de su corazón. Estaba segura de Adolfo y de sus intenciones; se lo había demostrado con creces durante todo el tiempo que duró su pequeño calvario. Había estado a las duras y a las maduras, procurando que nada le faltase, incluso la había convertido en una mujer rica, pero ahora debía purgar, con prudencia, los errores que ella había cometido. Podía pecar de injusta, pero quería que, una vez que diera el sí definitivo, no hubiera más sorpresas en su vida. Esta vez no tendría miedo de hacer las preguntas necesarias para llegar a conocer al hombre de su vida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi querida amiga y colega, Luisa Berbel, por su maravillosa introducción que enriquece esta novela y, en general, gracias a todos mis lectores, cuyo número va creciendo día a día. Espero que esta novela no defraude las expectativas que han depositado en mí.

Un especial reconocimiento a todos los maestros, que realizan la maravillosa labor de formación de nuestra infancia.

Mi agradecimiento a Xàtiva, ciudad de acogida, donde pasé mi niñez y juventud; en especial a mis compañeros del CEIP Taquígrafo Martí, con los que todavía guardo contacto, amistad y cariño.

Gracias a la ciudad de Teruel, que ha servido de marco para algunas de las escenas de esta novela y a la que me une un gran cariño y vínculos familiares. También un especial agradecimientos a los miembros de «Ocio-Aventura Pantano de Teruel» (Jesús y Maribel, Jesús, Ángel y Rocío, Mario y Vanesa), por hacer del Pantano de San Blas un lugar maravilloso donde disfrutar del verano.

Una mención especial al pequeño pueblo de Furore, en la Costa Amalfitana, que bajo otro nombre (Tremore) ha puesto paisaje a esta novela, convirtiéndose en un personaje más de la misma.